

CLAUDIO HERNÁNDEZ

BILOGÍA

NADIE MÁS
QUE TÚ

LOS CRÍMENES MÁS PERTURBADORES QUE SOLO UN
INSPECTOR PECULIAR PODÍA RESOLVER

Bilología
Nadie más que tú

Claudio Hernández

Primera edición eBook: marzo, 2020.

Título: Biología Nadie más que tú.

- © 2017 Claudio Hernández
- © 2020 Corrección : Sheila Maldonado
- © 2020 Diseño de cubierta: Higinia María

Código Safe Creative: 2003213366794

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Yaquí estoy de nuevo... Pero en esta segunda edición existe una persona muy importante para mí, y ella es Sheila, quien ha leído todas mis obras, y en esta ocasión-como en muchas-se ha encargado de corregir todo el manuscrito.. Ya mi padre Ángel, que desde el cielo me está cuidando....

Introducción

El destino había elegido a un peculiar inspector llamado Andrés López, cuyas formalidades estaban lejos de ser su mejor arma para las investigaciones criminales. Empedernido fumador y de piel curtida por un sol cabreado con él mismo, este hombre de gabardina oscura y extremadamente larga, tiene sus propias formas o maneras para descubrir a los asesinos en serie. El personaje está inspirado en una persona real de mi entorno. Un familiar, y es así.

Los asesinos o asesinas se basan todos en un desorden mental, pero el curtido inspector tiene sus manías...

Claudio Hernández 2020

Siete libros Siete pecados

Había elegido el modo tradicional para enviar su manuscrito. Un par de manos temblorosas dejaron sobre el mostrador de Correos el paquete de cuatrocientas páginas impresas. Era su primera novela. El funcionario de Correos estampó con un fuerte golpe el matasellos en el paquete, envuelto en papel marrón ruidoso y perfectamente alisado. Una cuerda, como las primeras líneas de una tela de araña, envolvía el paquete, que pesaba más de un kilo. El funcionario, sin levantar la vista del envoltorio, le devolvió un formulario sellado. Y eso fue todo.

Podía haber enviado su manuscrito por correo electrónico, sí, pero él era muy meticuloso para sus cosas, y demasiado desconfiado. Tampoco le gustaría sentarse delante del editor, en caso de que aceptaran su novela. Él ya había pensado cartearse. Tampoco utilizaría el teléfono, porque su voz temblorosa lo delataría.

Un mes después, el inspector de policía, Andrés, tuvo que ver —mientras su estómago se revolvía— todos aquellos pedazos de carne clavados en la pared, bajo una inscripción escrita con la sangre de la víctima que decía: <Yo no soy el primero ni el último>. Debes descifrar el mensaje para seguir mi pista y conocer el nombre de la siguiente víctima”

Esta última palabra estaba escrita junto a una oreja. Un poco más allá estaba la mano clavada con un enorme clavo. La cama, teñida toda de rojo, servía de reposo para restos de vísceras y un manuscrito ensangrentado. Descansaba sobre el colchón, con un lazo rosa y una nota. Eran las dos únicas pistas de las que disponían para tratar de descifrarlo.

Andrés López había llegado de Madrid alrededor de las tres de la tarde, en un Talgo ligero y con fragancia a lejía. Su reloj iba siempre atrasado diez minutos. Él era uno de los inspectores de policía de una unidad especializada en asesinatos sin resolver. El nuevo cuerpo, especializado en estos casos, se nutría de la amplia experiencia de la Guardia Civil y la Policía Judicial. Estos eran los más experimentados y podían actuar en todo el territorio español sin dar explicaciones a la Policía Local, fuesen cuales fuesen las competencias de estos.

Se apeó en la estación de Gerona, bajo el ruido de la máquina locomotora del Talgo que resoplaba como una enorme bestia, respirando por unas tráqueas invisibles que lanzaban al aire frío de aquel invierno los halos de vapor que se difuminaban en el cielo, como el humo de un cigarrillo.

Sus ojos claros trataban de esconder unas inquietantes ojeras. Llevaba el gris cabello cortado con una pequeña melena. Su nariz era prominente; y sus labios, secos y finos. Tenía la piel

oscura, curtida y áspera, como castigada por el constante bombardeo del sol —que no tomaba en absoluto—, y siempre iba bien afeitado. En sus labios no faltaba nunca un cigarrillo encendido, como una diminuta luciérnaga roja. Aspiraba el alquitrán y después lanzaba el humo por las dos fosas nasales, como hacía a la vez la máquina del Talgo.

No le gustaba mostrar sus insignias ni seguir las directrices del cuerpo de policía en la forma de vestir; por eso, rebelde él, llevaba siempre unos pantalones vaqueros ajustados y una camisa abierta a medio pecho. Encima de esta llevaba su eterna gabardina larga, oscura y desgastada por el tiempo. Su calzado favorito eran los mocasines que acababan en puntera. Tenía sus rarezas. Y no, no creía en Dios, y la falta de su padre —su ser más amado— le había convertido en un ser arisco y de semblante serio. No reía nunca. Afortunadamente, su madre estaba viva todavía.

Le hubiera gustado lucir un *Rolex* pero su sueldo no le daba para tanto, así que tenía que conformarse con el *Festina* que llevaba. En el dedo meñique de su mano derecha llevaba un sello de oro, que perteneció a su padre y que él cogió cuando este estaba dentro del ataúd. No llevaba alianza, porque no estaba casado ni comprometido. Aunque sí echaba sus polvos, tan necesarios cuando no pides nada más a cambio.

Sin equipaje, con su cartera de piel en un bolsillo y dos paquetes de *Winston* en el otro, echó a andar por el andén con grandes zancadas y el cuerpo ligeramente ladeado, hacia las escaleras que le llevarían al interior de la estación de tren.

Ya dentro de ella, situada bajo las vías, buscó con la mirada el tradicional kiosco de prensa. La gente iba y venía en un trasiego constante, dentro del enorme edificio de suelo liso y recién encerado. Vio una caseta de cupones, otra de chucherías, y el cogote de un anciano que se interpuso entre su mirada y el kiosco, que estaba situado al final de la fila de las casetas.

No sonrió, ni movió un ápice la forma de sus labios, que sostenían lo que quedaba del cigarrillo. Empezó a andar entre la multitud cargada de maletas, abriéndose paso entre ellos. A sus espaldas quedaban las taquillas de Renfe. Caminó con pasos ruidosos durante varios metros por la... (en comparación con la de Sant de Barcelona o Atocha de Madrid) mediana estación. Aun así, era enorme.

Estaba al lado del kiosco que se escondía en un rincón, a la izquierda, cuando apuró el cigarrillo y lo tiró al suelo. Sus ojos se fijaron en las portadas de los periódicos que estaban colgados, inertes, tras el cristal del mostrador.

—¿Tiene el periódico local? —preguntó Andrés con su voz rasgada. Su mirada era impasible.

El quiosquero, un obeso hombre joven (al contrario que Andrés, que era todo tendón y piel) le mostró su más estúpida sonrisa y le señaló uno de los periódicos.

—*Avui*. Es el periódico local —dijo sin apartar de su cara esa estúpida sonrisa.

—¿Y eso qué coño es?

—El periódico de Girona —explicó el quiosquero, agrandando más su sonrisa.

—¿Qué significa *avui*?

—*Hoy*. Está en catalán. Es el periódico local por excelencia.

Andrés lo miró de soslayo con su semblante serio, y sintió ganas de empezar un nuevo cigarrillo.

—A mí me das un periódico que yo entienda, pero que tenga noticias de la región —dijo Andrés carraspeando esta vez.

La estúpida sonrisa del quiosquero se borró de inmediato.

—Tenga, señor. —El quiosquero le mostró la portada de un periódico mucho más grande en cuanto a proporción de tamaño—. Es la Vanguardia. Es más generalista y toca toda la comunidad de Catalunya. ¿O prefiere el Periódico?

—Yo necesito que salgan noticias de aquí, de Gerona. —La garganta de Andrés estaba áspera y carraspeó otra vez. Tosió y pensó que aquello ya estaba empezando mal.

—Cualquiera de los dos te mencionarán noticias regionales. —La estúpida sonrisa del quiosquero regresó a su cara—. Sobre todo, los accidentes de tráfico o los asesinatos.

—Bien chico, me has dado una alegría. Asesinatos.

El quiosquero dejó de sonreír y abrió espantosamente sus ojos, tan blancos como una bola de billar.

Andrés cogió la Vanguardia y el Periódico de las manos del quiosquero, que seguía anonadado.

—Los sucesos vienen en la parte final, señor —dijo el chico.

—¿Alguien te ha preguntado?

La cara rechoncha del quiosquero se volvió roja ahora, y sus labios se sellaron con forma de ano.

Andrés fue pasando páginas de ambos periódicos, apoyándolos sobre las demás revistas del mostrador bajo un hueco parecido a una ventanilla. Las releyó todas mientras una anciana, con un paraguas colgando de su raquítico brazo, hacía gestos con la cadavérica cabeza.

—Son dos euros, señor —dijo el quiosquero con el entusiasmo esfumado como una nube de polvo.

Andrés rebuscó en su gabardina y sacó un monedero. Sus dedos se introdujeron en ella tras abrir la cremallera y palpó una moneda de dos euros. La sacó entre los dedos índice y pulgar y se la mostró al quiosquero. Este abrió la mano.

—Cóbrame —dijo Andrés y se dio la vuelta, abandonando allí los dos periódicos abiertos, mostrando al techo las esquelas del día.

La moneda de dos euros descansaba sobre una de las páginas.

—¡Señor, se deja los periódicos!

Andrés estaba ya a tres metros de distancia, tratando de sacar un nuevo cigarro del cajetín de tabaco mientras daba largas zancadas con los faldones de la gabardina ondeando. Solo le faltaba tener un sombrero.

—¡Límpiate el culo con ellos!

La anciana esmirriada se llevó la mano a la boca y el quiosquero se quedó sin palabras.

Andrés se llevó el cigarro a sus labios secos y rebuscó en sus bolsillos pensando dónde demonios estaría el mechero. Siempre cambiaba de sitio. Finalmente lo encontró y ya estaba ante la puerta corredera de salida. Una de esas que zumban cuando se abren y casi tan transparente que crees que está abierta y entonces te estampas con la cara en el cristal, ante la mirada de todos.

Encontró el mechero.

Se detuvo en medio de la puerta, que permanecía abierta, y la chispa de la piedra del mechero encendió una pequeña llama que acercó a un extremo del cigarro. Aspiró lenta y profundamente, y el cigarro se encendió como los propios ojos del diablo. Un segundo después, el humo escapó de las fosas nasales hacia arriba y hacia los lados, dejando un aroma inquietante en el aire a alquitrán quemado.

El frío le golpeó la cara como un guantazo con la mano abierta. Se cerró la gabardina.

Ante él, tras dar un paso más, estaban los taxistas en fila india, esperando a un nuevo cliente. Se dirigió al principio de la cola compuesta por cinco coches con letreros que decían “Libre” o “*Lliure*”. Se fijó en el color verde que las iluminaba.

—A la calle Albéniz —dijo Andrés mirando el reloj de su muñeca—. Vamos a la escena del crimen.

—¿Qué? —preguntó aturdido el taxista.

Y Andrés no contestó.

2

Necesitaba verlo. La calle, la gente, la localización. Buscaba pistas interesantes antes de ver la escena del crimen. Era intuitivo y rara vez se equivocaba.

—Señor, la calle Albéniz no existe. Será el cine Albéniz. Este estaba situado en la *Plaça de la Independència* —explicó el taxista mientras su dedo índice pulsaba el temido botón del taxímetro—. Ahora es un centro de cines llamado *Cinemes Albéniz Centre* y está en la parte posterior al antiguo cine Albéniz.

Cuando acabó la perorata, Andrés se dio cuenta de que las cosas habían cambiado mucho

en Gerona, lugar donde se crió y al que, por causa de su trabajo, volvía treinta años después. Pero le daba la sensación de que todo había cambiado de forma drástica. Y que se había olvidado del catalán.

—Usted me lleva al edificio donde estaba el cine Albéniz en los años ochenta —dijo Andrés, ya sin su cigarrillo en los labios. Estaba prohibido fumar dentro del taxi.

—A la *Plaça de la Independència*, pues —dijo el taxista, metiendo primera y acelerando suave.

Andrés frunció el ceño desde la parte de atrás del coche.

—Hay que joderse —susurró, pero el taxista le escuchó.

—¿Qué?

—Nada. Siga conduciendo.

Sintió la necesidad de encender otro cigarro.

3

Marta estaba encorvada sobre el teclado de su portátil, intentando descifrar una frase encriptada con el código Enigma, el mismo que los alemanes habían utilizado en la Segunda Guerra Mundial. Desde que Alan Turing descifrara la primera versión de la máquina Enigma, esto ya no era un secreto. Servía para escribir largos y extensos libros de suspense que giraban en torno a esta máquina de cifrado de mensajes y texto. Ahora era un juego al alcance de todos.

Era buena, realmente se las sabía todas. Los sistemas de cifrados DES, IDEA, AES, RSA y un largo e interminable tipo de sistemas criptográficos eran un juego para ella.

Pero Marta no había olvidado su pasado y por qué empezó a utilizar mensajes cifrados con la más simple de las ocurrencias: desplazar las letras tres posiciones del texto original y cambiarlas por la que le correspondía en la tabla del abecedario. Su hermano también sabía; ella le había explicado cómo hacerlo.

Eso fue al principio, cuando su seboso padre le daba palizas a su madre y después la tocaba a ella, a la temprana edad de doce años. Él sacaba la lengua y sus ojos giraban como un centrifugado dentro de sus cuencas. Siempre sudoroso, acercaba su cara a la de ella y le lamía la mejilla, bajo un apestoso aliento de alcoholizado.

Hasta que llegó la hora de forzarla.

La primera vez, había entrado en su habitación, sin camiseta, en un caluroso verano, chorreando sudor tan negruzco que parecía alquitrán. Tenía el miembro viril empalmado como una barra de metal y sobresalía del calzoncillo, aunque su desprendida barriga lo tapaba.

Ella se despertó nada más oler aquel olor inolvidable, y se abrazó a su almohada como si aquello fuera su salvación. Tenía trece años y ya estaba desarrollada.

Entonces, su padre la agarró con fuerza por sus delgaduchos brazos y la arrastró fuera de la cama violentamente. El cuerpo de ella sonó como un golpe carnosos al tocar el suelo y entonces él, bajo la mezquina luz de la bombilla, le arrancó el camisón, que se rasgó en dos en mitad de la noche.

Mamá estaba tirada en el sofá, en el comedor, con un ojo hinchado, bastante azulado, y los labios ensangrentados. Había perdido el conocimiento.

Los pechos de Marta se movieron como dos flanes pequeños y sus pezones apuntaron a los ojos de su padre. Este, con una sonrisa de locura, abrió la boca y sacó su áspera lengua, de un aspecto realmente feo. Tenía la lengua blanca. Y empezó a lamer sus pezones, una y otra vez.

Marta empezó a chillar y a gritar, pero allí no había nadie más. Su hermano mayor se había ido de acampada con unos amigos. Él le bajó las bragas con furia y recibió una patada en las pelotas, recibiendo un agudo dolor. Aun así, la puso boca abajo y le abrió sus lánguidas piernas. Y entró dentro, lenta y dolorosamente, y la sangre empezó a manchar el suelo.

Marta nunca olvidaría esa primera vez.

Después, hubo una segunda y una tercera. Hasta que descubrió lo de los mensajes en papel, escritos de forma ininteligible, que su padre leía sin comprender nada y tiraba al suelo de la cocina, tras pegar de nuevo una paliza a su mujer, por la que no tenía ningún interés sexual.

Su hermano mayor, Jordi, tras leer y guardar todas aquellas notas encriptadas, fue directo a la Guardia Civil y las entregó mientras realizaba la denuncia.

Ahora, su encanijado padre, tras perder más de cuarenta kilos en la cárcel, se estaba pudriendo lentamente por un cáncer en los testículos.

Su madre murió de un infarto cerebral cuando ella cumplió los veinte años.

Pero Marta no podía olvidar, y siguió jugando a descifrar *Enigma*. Había cambiado. De ser una niña risueña, se había convertido en una joven con semblante serio y algunas cicatrices en su cuerpo.

Todavía iba al psiquiatra.

El taxi se detuvo frente al edificio donde antaño estaba el cine Albéniz. Ahora, donde antes había un largo pasadizo, estaba el *Lapsus Café*, un bar tan escandaloso y luminoso como un club de putas.

—Cinco euros con setenta —dijo el taxista tras pulsar el tan temido botón del

taxímetro.

—¿Qué?

Le pareció caro y, por eso, su voz fue más grave de lo normal. El taxista recibió la indirecta.

—Son casi diez minutos de camino.

—¡Hay que joderse! —vociferó Andrés, rebuscando de nuevo en su monedero lleno de monedas de céntimo.

Sus largos dedos jugaron con las monedas que iba sacando una a una, y poniéndolas en la palma de la mano. Estuvo largo rato contando las monedas de euro y céntimos, en el más absoluto silencio, solo roto por el tintineo de las monedas.

—Señor...

—¡No me haga perder la concentración! —La voz de Andrés era ahora un poco más elevada que de costumbre. Su semblante serio y sus ojos casi cerrados delataban que estaba cabreado. Andrés era ciertamente algo ahorrativo y, por ende, un poco agarrado.

El taxi estaba ronroneando y escupiendo halos de humo que se elevaban hacia el cielo y después desaparecían. Cuatro luces amarillas intermitentes arrojaban un mezzquino reflejo sobre el asfalto.

Estaba parado en la Calle *Plaça de la Independència* y, para más inri, como si las neuronas no dieran para más, dicha calle bordeaba la *Plaça de la Independència*. Las cuatro calles que la bordeaban mantenían el mismo nombre.

—Señor, llevo mucho tiempo parado —se quejó el taxista.

—¿Quiere cobrar?

El taxista enmudeció y desvió la mirada hacia la ventanilla recubierta de vaho.

La última moneda de cinco céntimos tintineó en la palma de la mano de Andrés. Levantó la mirada y extendió todas las monedas hacia el taxista.

Este, con gesto compungido, las cogió con sus menudos dedos.

La radio carraspeó en ese momento con una voz quejumbrosa y cascada.

—Necesitamos un taxi que esté cerca de la *Avinguda Ramón Folch*.

El taxista, tras depositar todas las monedas en un soporte de plástico que estaba sobre la guantera, cogió el micrófono de la radio, casi tan grande como una caja de cigarrillos y se lo llevó a la boca. Arrastró con él un cable negro y enroscado como una serpiente.

—Aquí taxi número sesenta. Estoy cerca. Voy a por el cliente.

Andrés tiró de la portezuela y la empujó hacia afuera, sin haber mirado antes por el cristal.

Un perro sujeto a una cuerda roja, que parecía que estaba arrastrando a su dueña, se dio con el canto de la portezuela y soltó un alarido, asustándose y saliendo despavorido de allí.

Se subió a la acera.

La mujer, de unos veinte años, soltó un impropio en catalán. Andrés no entendió nada de lo que decía y pensó que, realmente, se había olvidado de su primera lengua aprendida. Aun así, le pidió disculpas a la mujer.

Esta volvió la mirada al frente mientras el perro, de color blanco, con un gran pelaje, seguía dando extraños saltos al final de la correa.

El motor del taxi rugió bajo el capó y salió de allí disparado como un proyectil. Las ruedas habían resbalado en el húmedo suelo.

Y Andrés sintió de nuevo la inmensa necesidad de fumarse un cigarrillo.

Y así lo hizo.

El frío le abofeteó de nuevo la cara, pero la primera calada le hizo sentirse bien. Aspiró profundamente y soltó el humo junto a una bocanada de aire expulsado por sus maltrechos pulmones.

No supo distinguir el uno del otro.

El Sargento de la Guardia Civil, según la Ley de Enjuiciamiento Criminal, debía estar presente en el escenario del crimen. Antes habían estado la Policía Local y los Mossos d'Esquadra.

La ley era un tanto larga y, a veces, difícil de comprender. Primero se presentaba la Policía Local de esas competencias territoriales. Después, la unidad especializada de la Guardia Civil y, por último, la Policía Judicial. A veces, y así venía sucediendo en los últimos años, no siempre se actuaba de la misma forma. También estaba la Policía Judicial del Cuerpo Nacional de la Policía. En resumidas cuentas, todo dependía de la diversidad de criterios de la delegación en funciones.

Andrés sabía muy bien qué era toda esta porquería de burocracia, y siempre se quejaba del trato prestado y del galimatías que se estaba formando en los casos de asesinato más severos. Por suerte ahora, en la nueva ley, el orden había cambiado y más o menos seguían la misma línea en todos los casos.

Primero, después de realizar la llamada a la Guardia Civil, se desplazan al lugar de los hechos las Patrullas de Seguridad Ciudadana. Se encargan de preparar la documentación para la posterior llegada de la Policía Judicial, recogiendo pruebas, fotografías, y haciendo un breve

croquis. Este era, en definitiva, el primer contacto con la escena del crimen.

Después acude el Equipo Territorial de Policía Judicial, integrado por el Cuerpo Nacional de Policía y la Guardia Civil. Ellos recogen toda la documentación para establecer las pautas de actuación.

Y después se procede al acordonamiento de la zona del crimen. Y aquí existe otro galimatías, ya que, en principio, solo pueden pasar a la escena del crimen las Patrullas de Seguridad Ciudadana, que deben recoger información y preservar la escena para dar paso a la Policía Judicial.

Tras esto, y solo cuando la documentación está en poder de la Policía judicial, ya se permite la entrada a los demás cuerpos de seguridad y al personal autorizado necesario. «Otra prerrogativa», pensaba Andrés siempre.

La cosa no acaba ahí. Falta la actuación de La Comisión Judicial, encargados del levantamiento del cadáver y de llevar a cabo toda la investigación, para ponerla a disposición de la Autoridad Judicial.

Y aun hay más.

Toca el turno del médico forense y del juez y, como si no lo supiera nadie ya, certifican la existencia del cadáver o cadáveres y su defunción.

Y, finalmente, se acaba con la presencia de la Policía Judicial, realizando funciones de Policía Científica, como la identificación del cuerpo o la recogida de las pruebas que faciliten la resolución del crimen: miembros amputados si los hay, material fotográfico detallado de las lesiones, y recogida de muestras como tejidos, fibras, sangre o cabello, que se añadirán a la autopsia. Fin de la historia.

Después, tenían la última opción. El equipo de investigación de crímenes sin resolver, compuesto por Policías Judiciales. O dicho de otra manera: la Unidad Central Operativa, conocida con las siglas UCO, con sede en Madrid.

Andrés era, a fin de cuentas, el último eslabón.

Pero que conste que el que vomitó primero fue Iñaki, Sargento de la Guardia Civil.

Andrés caminó lentamente mientras apuraba el cigarrillo, hacia la puerta de cristal del Lapsus Café. Antes de tirar la colilla ante un letrero rojo de “Prohibido fumar” expulsó el grandioso humo por sus fosas nasales y la fragancia del tabaco llenó de nuevo sus pulmones.

Una esmirriada anciana, que pasaba justo en ese momento por al lado de Andrés, se llevó la mano enfundada en un guante de lana blanca a la boca, y aceleró la marcha en un repiquetear de

tacones.

Andrés no pudo evitar mirarla de reojo mientras carraspeó aclarando su garganta.

Se volvió hacia la puerta en silencio y empujó la empuñadura hacia adentro. La puerta de cristal cedió con suma facilidad y una ráfaga de aire caliente le sesgó la cara. Era agradable. Andrés no cambió el semblante de su cara. Sencillamente, se limitó a ir hacia la barra, donde una muchacha joven, con pelo moreno cortado hasta el cogote, estaba secando una copa no con muchas ganas.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Andrés mientras trataba de desabrocharse la gabardina.

La chica levantó la cabeza y le miró a los ojos, y vio en ellos tristeza y un azul celeste precioso.

—Samtara —dijo, moviendo sus labios pintados de rojo sangre. Había dejado de secar la copa.

—¿Qué nombre es ese?

La chica menuda se encogió de hombros bajo su peto rojo, del mismo tono que sus labios. Su mirada era alegre y sus ojos brillaban, tan oscuros como el rímel de sus pestañas.

Andrés se llevó la mano hacia la cajetilla de *Winston*.

La chica le señaló un letrero en el que había un cigarrillo atravesado por una línea roja. Estaba a sus espaldas, junto a la máquina de café.

—Lo siento.

Andrés dejó la cajetilla de cigarrillos en el bolsillo de la gabardina.

—La gente se muere de cáncer si fuma —dijo la chica cogiendo ahora otra copa, que brilló por un instante bajo la luz.

—¿Qué extraña eres, no?

Andrés arrugó la frente y pronto recordó que no había entrado allí para mantener una cháchara con una joven, quizá, treinta años menor que él.

—No crea. Mis amigos me adoran.

Andrés enarcó ahora las cejas.

—Bueno, dejando de lado tus rarezas... —La voz resquebrajada de Andrés hizo que la chica se parara de nuevo y dejara la copa sobre el paño—. ¿Sabías que aquí había un cine llamado Albéniz, hace treinta años? ¿Y que esto era un pasillo lo más parecido a un túnel que te llevaba al fondo del edificio? Al lado, antes de esa entrada, había una puerta que te permitía subir al edificio número 3 de esta calle.

Samtara lo miró con un gesto compungido, impropio de ella. Tendría que haber puesto cara

de querer decir: “Yo estaba en las pelotas de mi padre en esos años, así que no tengo ni puta idea de lo que me está hablando”

Pero no lo hizo. Solamente dijo:

—El cine Albéniz es ahora un complejo de cines y está detrás de esta calle. Y, en cuanto a ese túnel, como verá, lo estamos ocupando ahora nosotros. Si sale de aquí y camina por el lado izquierdo, verá la nueva entrada.

Andrés se quedó gratamente sorprendido.

La chica —*que estaba en las pelotas de su padre hacía treinta años*— se había explicado bastante bien.

—Gracias, es todo lo que necesitaba saber —contestó Andrés, echando mano a un taburete forrado de tela de terciopelo rojo, como los de los antiguos asientos del cine Albéniz—. Prepáreme un café, por favor. Con poco azúcar.

7

A pesar de estar en el mes de Enero, y con el viento helado golpeando el cristal de su ventana como un martillo, Marta solo vestía unas braguitas y una camiseta.

Sentada en el suelo, con los pies separados y unos calcetines rojos, Marta seguía tecleando en su portátil. Las letras incomprensibles desfilaban por la pantalla como un galimatías sin resolver, pero estaba a punto de lograrlo.

Y de pronto sucedió.

Su sonrisa se dibujó como muy pocas veces solía hacerlo. En la intimidad, bajo la presión del frío y con el trasero helado, la solución que mostraba la pantalla era toda la terapia que necesitaba.

El mensaje decía: “¿Tienes las bragas puestas?”

Marta frunció el ceño y su sonrisa se hizo más grande.

Contestó pulsando el botón de encriptar.

Al otro lado de la maraña de la red de Internet estaba Xavier, tratando de descifrar el mensaje.

Ella le había puesto: “¿Y tú, llevas calzoncillos?”

Pero Xavier nunca pudo descifrarlo, de modo que el texto cifrado con una trama de letras incomprensibles, viajó por la red de forma absolutamente cifrada.

Entonces Marta recordó al cabrón de su padre, con los dedos abiertos, contando un mes

por cada uno de ellos. Éste era el tiempo de vida que, con suerte, le restaba a ese desgraciado. Recordó aquella primera vez y la sangre que derramó tras la forzada penetración. Solo tenía trece años.

Se acordó que tenía cita con el psiquiatra, pero antes buscaría en Google imágenes de crímenes no resueltos. Eso la excitaba, porque le hacía soñar con la posibilidad de que su padre fuese uno de esos cuerpos mutilados.

¿Y si ella, a los trece años, le hubiese abierto la cabeza a su padre con un hacha?

Tenía el trasero helado y fuera la temperatura descendió todavía más. El sol se apagaba tras las nubes oscuras y descomunales que cubrían todo el cielo.

8

El café estaba amargo, tal y como le gustaba a Andrés. Bebió un último trago de su pequeña taza y respiró hondamente. Era agradable estar con la calefacción puesta y sentir cómo le sudaba la espalda debajo de la camiseta, pero era el momento de salir a enfrentarse, de nuevo, al frío.

—¿Cuánto es?

La chica menuda de los labios rojos seguía estando ahí, detrás del mostrador, erguida, con la cabeza gacha, observando cada una de las copas que estaba secando. De inmediato levantó la vista.

—Un euro con cincuenta céntimos.

Andrés se la quedó mirando con sus profundos ojos azules y su semblante serio. Reinó, durante lo que pareció una eternidad, un silencio ominoso que fue roto por un bufido de él.

—¿Parece que han cambiado mucho las cosas por aquí últimamente, no? —Carraspeó levemente y la chica se lo quedó mirando con cara de asombro.

No había entendido el mensaje.

—¿Qué?

—Nada.

Andrés se llevó la mano derecha al bolsillo de su gabardina y rebuscó en la oscuridad, con sus finos dedos, el monedero de la calderilla.

Samtara siguió secando copas con un ligero tintineo de cristales mientras esperaba con impaciencia los céntimos que estaba contando Andrés en la palma de su mano.

Tras lo que pareció de nuevo una eternidad, Andrés soltó la chatarra encima del mostrador metálico. Arrugó los labios y empezó a abrocharse los botones de la gabardina aun estando

sentado. El taburete chirrió cuando bajó de él.

La chica miró todos aquellos céntimos reluciendo bajo la luz y siguió secando copas. No quiso contarlos.

Andrés, sin despedirse y volviendo la cabeza, se dirigió hacia la puerta, arrastrando los zapatos sobre el suave y resbaloso suelo recién encerado. La empuñó y tiró hacia dentro, mientras esta cedía en completo silencio. El frío le dio un guantazo, mandando al traste su temperatura corporal, que aun guardaba gracias al último trago de café.

Como un portero, se quedó quieto entre el bar y la calle, y rebuscó en el bolsillo la caja de cigarrillos. Con suaves golpes al cajetín, sacó el extremo de uno de los cigarrillos, que atrapó con sus finos labios. La llama del mechero apareció en mitad del frío. Encendió el cigarro y aspiró hondamente, sintiendo el humo llenar sus pulmones.

Era una tarde perfecta, pero estaba de mal humor por lo caro que era todo en la ciudad.

La chica le había dicho que la nueva entrada estaba a la izquierda. Vio el caudal del río Ter, que fluía hacia la derecha, mientras escuchaba el correr del agua al bajar, de forma constante y con fuerza, lamiendo los costados de las casas que se habían construido a un lado del río. «Eso no había cambiado», pensó Andrés, nostálgico, mientras el humo del cigarrillo seguía saliendo por su nariz y su boca. Dio tres pasos y se topó con ella.

Era una puerta negra de forja, con los hierros retorcidos, formando extrañas figuras. A un lado, arriba y a la derecha, había un pequeño letrero de metal carente de brillo con el número 3. Tras esa puerta, había otra de cristal por la que podías ver un largo y extenso pasillo que discurría hasta el fondo.

La llovizna se convirtió en lluvia, pero él estaba protegido por el suelo del primer piso, que hacía las veces de techo a lo largo del túnel. Según guardaba en su memoria, tenía una longitud de cien metros. Recordó también que el crimen había sucedido en el tercero B. Vio el portero automático levemente iluminado, con las letras desgastadas, pero se distinguían perfectamente los números.

El piso estaría ahora acordonado, ya que el crimen había sucedido el día anterior. Pero él quería verlo antes de que le soltaran la perorata. Su instinto le decía que tenía que ver primero la escena del crimen, cualquiera que fuese su estado, y allí sentiría esa sensación extraña de hormigueo, tras la cual vendrían los flashes que daban vida a su intuición.

Necesitaba silencio.

Andrés estaba tentado a pulsar cualquier botón del portero automático. Pensó en hacerse pasar por un funcionario de Correos o por un repartidor de publicidad para que le abriesen la puerta, pero no hizo falta.

El hombre, de edad avanzada, estaba enfundado en una gabardina gris a cuadros. Tenía el pelo blanco y en el cuello, como una estola, tenía enroscada una bufanda de color blanco. Llevaba guantes de color negro, de un material parecido a la piel. Lo miró de soslayo y se quitó uno de los guantes. Una mano agrietada y con grandes venas azuladas emergió de él y, después, la metió en el

bolsillo derecho de su gabardina.

Andrés escuchó el característico tintineo de unas llaves.

El septuagenario, alto y delgaducho, sacó ahora un enorme pañuelo de color blanco. Se lo llevó a su nariz enrojecida y se sonó los mocos con un ruido estruendoso. Después, lo arrugó y se lo guardó en el bolsillo, mientras los labios le temblaban.

La lluvia era persistente ahora y las gotas de agua rebotaban en el asfalto. Andrés, con las manos enfundadas en su gabardina, estaba de pie, al lado de la puerta de forja. Se había desplazado un poco hacia la derecha nada más verlo venir.

El hombre, con sus zapatos negros y brillantes bajo el cielo encapotado, empezó a toser. Segundos después, introdujo la llave en la cerradura. Se escuchó un *clic* y se corrió el seguro. Un chirrido metálico indicó que la puerta de forja estaba abriéndose y, después otro ruido de llaves que abrió la segunda puerta. Andrés se adelantó a ayudar al hombre.

—Deje que le ayude, buen hombre —dijo empujando la puerta de cristal.

El señor le dedicó una mirada oscura y tenebrosa.

—¿Vive usted aquí? —interrogó frunciendo el ceño.

—Mi madre vive aquí —contestó Andrés, entrando ya en el pasillo. Pero no dejó mostrar ni siquiera una sonrisa cínica.

—¿Su madre?

El hombre mayor arrugó los labios.

—Entre, no vaya a ser que coja un resfriado, buen hombre —dijo Andrés con su voz grave. No le cogió del brazo.

—¡Ya estoy resfriado! —rezongó el anciano, y entró en el pasillo que se perdía en la oscuridad.

Andrés escuchó el *clic* del interruptor que le dio luz al pasillo, y vio cuán largo y ancho era. Al final, a la derecha, estaban el ascensor y las escaleras.

—Gente fina vive aquí —susurró Andrés bajando la cabeza, para que el hombre no viera el movimiento de sus labios.

—¡Ah! ¡Y no puede fumar aquí! —vociferó el abuelo, mientras su dedo índice se posaba sobre un botón iluminado de color rojo.

Andrés aspiró la última calada de su cigarrillo y lo escupió en dirección a la calle. La colilla rebotó en el suelo y se quedó quieta en mitad de la acera. Después, un joven con los cascos puestos y la mirada perdida en su teléfono móvil puso un pie sobre ella.

El humo desapareció fugazmente.

Andrés volvió la cabeza y no le dijo nada al otro hombre. Pero lo miró de reojo apretando

los labios.

Finalmente, un ruido sordo y un *clanc* indicaron que el ascensor ya estaba en el lugar adecuado. El hombre abrió la puerta y entró en el ascensor, no sin antes dedicarle a Andrés una gélida mirada.

Este caminó hacia las escaleras.

9

—Tengo cita con la psiquiatra Verdagner—dijo Marta a la recepcionista, apoyando sus dedos finos y largos sobre la mesa blanca.

La mujer, que vestía una bata blanca con su nombre escrito en la parte superior, empezó a teclear en el ordenador.

—¿Eres Marta?

—¡Vaya! Pero si ya me conoces —dijo cínicamente. Por lo menos hacía diez años que iba al psiquiatra y, a pesar de ver desfilar tras esa misma mesa a muchas recepcionistas, esta llevaba ya más de cuatro años ocupando el puesto.

—Sí, claro —dijo la mujer rubia, ligeramente sonrosada—. Siéntese un momento, por favor. Pronto le atenderá la doctora.

Marta no dijo nada. Se dio la vuelta y se dirigió a una fila de sillas. Todas estaban ocupadas, menos una. En una de ellas había un joven babeando con la cabeza cabizbaja, como si le pesase una tonelada. Otra mujer, que superaría los cincuenta años, tenía la mirada perdida y los ojos muy abiertos. Un hombre barrigón estaba hablando solo, quejándose de la tardanza de su turno. Tenía el pelo rapado y una barba rala. Marta se sentó al lado de él y se dio cuenta de queapestaba.

La cara le cambió por completo. En el ambiente se respiraba un perfume agrio. Apretó los labios y cruzó las manos, entrelazando sus dedos.

Marta era delgada y tenía el cabello negro, con el flequillo cortado entre la frente y las cejas. Tenía media melena y el pelo era lacio. Sus ojos eran marrón oscuro y sus labios eran tan finos como un lápiz. Era delgada y, de normal, vestía pantalones vaqueros y chaqueta negra agujereada, con cadenas y extrañas figuras de plata. No llevaba pendientes, y si alguna vez se ponía, eran tan pequeños que apenas se veían. No llevaba *piercings*. Le gustaba la ropa interior blanca y siempre llevaba calcetines, incluso en el verano. Las deportivas oscuras eran su calzado favorito. Medía un metro sesenta y ocho. Aunque estaba flaca, su pecho era bastante grande. Tenía veintidós años.

Mientras esperaba a que llegara su turno, se entretuvo con su móvil mirando su cuenta de Facebook, en la que no aparecía ninguna foto de ella; sino rostros de encapuchados con caras

ocultas por alguna sombra. Tenía esa cuenta para contactar con amigos que, sin embargo, no lo eran. Leía sus muros y si le parecían adecuados los mantenía en su lista de amigos. Hasta el día de hoy todos le habían salido ranas y los había eliminado. Buscaba sexo sin compromisos. Se hacía llamar Tamara en su perfil, en el que no tenía agregada a ninguna mujer. Buscaba amigos que se pasasen horas investigando crímenes y códigos cerrados.

Por eso, a menudo se introducía en los sistemas de la Guardia Civil y la Policía Judicial y veía cosas. Le gustaba ver la sangrienta escena del crimen y los maltrechos cadáveres.

10

Andrés subió las escaleras, lenta y pausadamente y, mientras lo hacía, su mano derecha se introdujo en el bolsillo de su gabardina. Las yemas de sus dedos rozaron una esquina de la cajetilla y tiró de ella hasta sacarla. Dio un golpecito con el canto de esta en la mano izquierda y el cigarrillo asomó como un gusano de la manzana.

Se detuvo un momento.

Estaba en el segundo piso y la luz se apagó.

En el rellano, un piloto rojo le indicaba el sitio en el que se encontraba el interruptor, pero eso ahora no le importaba en absoluto. Sacó el mechero y su dedo pulgar hizo girar la rueda dentada. La chispa se convirtió en una pequeña llama que iluminó el extremo del cigarrillo, que ya estaba en sus labios, y sus ojos vieron algo de luz. Aspiró con ansias y el humo llenó el rellano.

Subió los dos escalones que le faltaban y, por fin, le dio al botón de la luz, que volvió a iluminar la escalera. Andrés se sintió mucho mejor.

Continuó subiendo sin hacer ruido.

Y entonces lo vio todo.

11

—¿Marta? —La voz de la señora con gafas sonó quebrada y ronca. Tenía el pelo negro y rizado, cortado hasta la nuca. Era extremadamente delgada y aquella potente luz dejaba ver sus rosados labios. Tenía puesta una bata blanca, y sobre su bolsillo superior se podía leer su apellido: Verdager.

—¡Sí! Aquí estoy —dijo desganada Marta, levantando levemente el dedo índice.

El hombre que babeaba con la cabeza agachada seguía estando en la misma posición y para él el tiempo no pasaba.

—Entra, Marta. —La psiquiatra hizo un gesto con la mano a la vez que mostraba una sonrisa cínica.

Marta se guardó el teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta y se levantó de la silla haciendo un ruido ligero por el roce con el plástico. Ella misma lo escuchó y se volvió, para asegurarse de que no había roto la silla.

Verdaguer se dio media vuelta y abrió la puerta, esperando a Marta con su amplia sonrisa y un brillo en los ojos.

Marta atravesó la sala arrastrando los pies, como quien no quiere llegar nunca a su destino y finalmente cruzó la puerta. La cerró con un golpe seco.

Dentro, las dos tomaron asiento.

—Dime, Marta, ¿cómo te encuentras? —preguntó la psiquiatra cruzando sus dedos sobre la mesa de color beige.

Marta levantó la cabeza y la miró con una mirada cargada de dolor y tristeza.

La psiquiatra se repantigó en su silla.

La cinta amarilla estaba delante de la puerta manchada de sangre, impidiendo la entrada al piso precintado.

Andrés aspiró la nicotina, y miró la cinta amarilla y el precinto de papel pegado en un borde de la puerta. Dejó caer lo que restaba del cigarrillo que cayó humeando hasta el suelo. Rebuscó en el bolsillo y encontró su tarjeta de crédito, que nunca utilizaba para comprar, sino para abrir puertas. Su intuición le dijo que aquella oscura puerta no tenía echada la llave.

Con la mano izquierda arrancó la cinta amarilla que se rompió tras estirarse como un chicle, cayendo inerte al frío suelo.

Con la tarjeta rompió el precinto.

Se estaba saltando las normas, pero Andrés era así. Él tenía su propia forma de actuar y lo respetaban, porque era jodidamente bueno en su trabajo.

La tarjeta de crédito se introdujo en la fina hendidura entre la cerradura y la jamba. Hizo unos movimientos calculados y el resbalón cedió, dejando la puerta abierta.

Andrés sabía que siempre se olvidaban de cerrar con llave todas las malditas puertas en la escena de un crimen. Una cinta de plástico y un papel con sello estampado siempre eran las únicas protecciones que dejaban los últimos en abandonar la escena.

La puerta se abrió con un chirrido de goznes y la luz de la escalera se apagó de repente.

—Todavía me acuerdo del hijo de puta de mi padre —Marta se calló por un momento—. Aquel cabrón que me violó. Y ni sus sermones ni sus pastillas me van a quitar todo eso.

La psiquiatra la miró desconcertada.

¿Qué llevaba de tratamiento? ¿Casi diez años? No comprendía cómo no podía empezar una nueva vida.

—¿Ves o escuchas cosas que no existen? —preguntó Verdaguer, volviendo en sí. Tenía los ojos húmedos tras los cristales de sus gafas.

—Sí. Lo veo a él y escucho sus gemidos y vuelvo a sentir el intenso dolor en mi entrepierna.

La psiquiatra enarcó una ceja.

—¿Por qué quieres contarme siempre lo mismo? —inquirió Verdaguer, llevándose la capucha del bolígrafo a la boca. Sus dientes blancos atraparon la capucha azul y la mordisquearon.

—Me olvidaré de todo cuando lo vea más tieso que una mojama —sentenció Marta, con el cuerpo echado hacia adelante.

La psiquiatra se acomodó todavía más en su silla.

—Te interesa mucho la muerte, ¿es así?

Marta la miró con semblante serio.

—Me excita —dijo de pronto Marta, sin soltar sonrisa alguna. Su rostro mantenía los rasgos serios y tristes de siempre.

La psiquiatra abrió la boca en una O mayúscula perfecta.

—¿Algo más que debiera saber? —insistió Verdaguer, dejando de mordisquear el bolígrafo. Marta se relajó al verla, ya que ese gesto la ponía histérica.

—Me gusta descifrar mensajes encriptados, palabras y frases ininteligibles que trato de poner en orden.

La psiquiatra empezó de nuevo con la capucha del bolígrafo.

—¿Y eso qué es?

—Eres tonta —susurró Marta agachando la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. Hablaba sola.

—¿Lo haces a menudo?

La estaba poniendo al filo de un precipicio, a punto de saltar al vacío.

—¿Quieres que te explique lo último que he visto? —Marta estaba a punto de cambiar de conversación.

14

Encendió la luz de la entrada y esta se iluminó con dos lámparas sujetas al techo, como arañas paralizadas. En el rellano del piso solo había dos puertas: Tercero A y Tercero B.

Andrés cerró la puerta, evitando así los ojos escrutadores que asomaban por la mirilla del vecino.

Sonó un golpe seco y acolchado a la vez. Un ruido sordo que se confundía con la lluvia fuerte que caía en el exterior. Que el ruido llegase a sus oídos, tan claramente, se debía a que la ventana del comedor estaba abierta. Andrés vio varios guantes de látex y un par de colillas en el suelo. Y también vio algo más:

Un trozo de cuerda muy fino de color marrón.

Se agachó y el borde su gabardina barrió el suelo. Cogió la cuerda y la observó largo y tendido. No tenía nada de especial: se trataba de una cuerda muy utilizada para atar paquetería. Al lado había dos gotas de sangre: secas, oscuras y pisadas.

Acarició la sangre con la yema de los dedos y notó su consistencia. Ahora estaba rasposa. Se llevó los dedos a la nariz y reconoció el dulce olor que emanaba. Eran ya muchos años de investigación y su olfato se había adaptado al olor de la sangre. Tanto, que Andrés sabía casi con exactitud que la sangre que acababa de oler era del grupo RH positivo. Era un don que poseía.

Tanto como a la intuición. Ese fenómeno extraño que surgía dentro de él. Una obsesión compulsiva gracias a los años de dedicación.

Se puso en pie, guardándose el trozo de cuerda en el bolsillo. Él sabía que era una pista. Sus dedos tocaron con el borde del cajetín de cigarrillos. Unos segundos después, el cigarrillo humeante bailaba entre sus labios secos.

Encendió la luz del comedor y dos grandes lámparas con varias bombillas iluminaron esa parte de la casa. No había ninguna sombra. En el suelo había más sangre y, alrededor de ella, un trazado con una tiza de forma irregular.

La moqueta estaba limpia, pero lo vio allí tirado.

Había otro trozo de cuerda.

La documentación no estaba completa sin estos dos complementos. El trabajo se había hecho mal y habían dejado ahí dos posibles pistas.

El sofá estaba tapado con un gran plástico transparente que dejaba ver unas grandes manchas oscuras. Evidentemente, era sangre cuajada y seca.

El ruido del plástico hizo que el pajarillo que estaba en la repisa de la ventana echara a volar. Andrés lo vio y se volvió hacia el sofá. Sus ojos se posaron sobre todas aquellas manchas.

Con las yemas de sus dedos acarició aquellos surcos oscuros. Después, se las llevó a la nariz. No era la misma sangre. No pertenecía al mismo grupo sanguíneo. Ya habían cometido tres errores imperdonables.

La sangre era del grupo Rh negativo.

Era escasamente menos dulce, con un ligero sabor a cobre.

Se guardó el trozo de cuerda en el bolsillo mientras apuraba su cigarrillo y vio cómo el humo se deslizaba por la corriente de aire que procedía de la ventana abierta. Con pasos lentos, se acercó a ella y la cerró. Vio muchas marcas de dedos pegados en el cristal recio.

Andrés arrugó los labios y casi parte en dos el cigarrillo.

Después, volvió al sofá para poner el plástico sobre la mancha de sangre seca.

Con las luces encendidas, se encaminó hacia el pasillo. Él recordaba que el crimen había sido en la habitación de matrimonio. El Sargento de la Guardia Civil, Iñaki, se lo había explicado por teléfono en un primer contacto. Al encender la luz del pasillo, observó que todas las puertas de las habitaciones estaban abiertas.

Vislumbró al frente una gran cama de matrimonio, cubierta de papelitos y cartones de color amarillo, con un número escrito a un lado. Tenía una vista de lince.

Y en la pared había escrito todo un poema con sangrantes letras.

—Sí, me interesa saber lo que has visto últimamente —dijo la psiquiatra.

Marta se recostó en su silla bastante incómoda. El respaldo se le clavaba en las costillas.

—Para mí es algo trivial, pero esta vez ha sido diferente. —Tenía una forma muy propia de explicar las cosas—. Había sangre por toda la pared. También había clavos, y cada uno de ellos sujetaba una parte del cuerpo de la víctima. Una mano, un antebrazo, un muslo, un pie y la cabeza estaban sobre la cama, con un lazo de cuerda marrón, liado como si fuera un paquete. Tenía la boca abierta, mordiendo a la fuerza un puñado de folios...

—¡Basta! —vociferó Verdaguer levantando las manos. Sus ojos se cerraron fuertemente—.

Tendré que aumentarte la dosis del *Abilify*...

—¡No! ¡Basta ya! —gritó Marta—. No estoy loca. Se lo puedo demostrar.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó el teléfono móvil. Desplazó su dedo fino sobre la pantalla táctil y buscó una foto. La agrandó hasta que ocupó toda la pantalla.

Después se la mostró a la estirada de la psiquiatra. Esta abrió inquietantemente los ojos, pero no pudo mirar más de dos segundos aquella horrible fotografía.

—¿De qué película has sacado esta foto?

Marta se puso de pie.

—¡No es ninguna película! Pertenece a los archivos de la Policía Judicial. —. Se balanceó como una niña y añadió—. Me metí en sus ordenadores.

Los ojos de la psiquiatra se abrieron como platos.

16

Andrés estaba parado delante del escenario del crimen. Por supuesto, todo era sangre seca y marcas rotuladas con números. Pero él estaba tratando de leer lo que había escrito en la pared, probablemente con la sangre de la víctima. Era una escritura irregular y sesgada, que deja entrever el nerviosismo del asesino.

El mensaje decía: "Yo no soy el primero ni el último. Debes descifrar el mensaje para seguir mi pista y conocer el nombre de la siguiente víctima". Después, letras al azar sin ningún sentido.

Andrés supo que aquello era un mensaje cifrado. Había tenido que estudiar mucho sobre el tema en la escuela de la formación, pero nunca consiguió descifrarlos. Él no era especialista en esa materia, solo conocía los términos, y por ello sabía que aquel mensaje utilizaba un formato de sustitución de palabras. Quizá algún encriptado antiguo. O quizá, uno creado por el propio asesino.

Todas las letras estaban escritas con sangre. Andrés había visto muchas veces sangre en el lugar de los crímenes, pero nunca algo así: había charcos en el suelo y en las paredes, como manos deslizándose por la superficie rugosa.

De momento, el café le estaba sentado bien, pero el cigarrillo le estaba sabiendo a poco. Escupió la colilla al suelo frío y desnudo, aplastándola con el pie derecho.

Estaba saltándose todas las normas.

Sacó otro cigarrillo.

Sobre la cama había varios trozos de plástico, numerados y al lado de unos pequeños

papeles con algo escrito.

Leyó “*heces*” y “*tripas*”.

Su arrugada frente se convirtió en un mar de dudas.

Y entonces lo vio todo.

17

—Es un manuscrito y tiene un lazo rojo —explicó Marta sentada en la incómoda silla, que chirrió al ponerla junto a la mesa—. Y había una nota que decía: está encriptado.

—¿Qué significa *encriptado*? Lo dices habitualmente.

—Significa que está cifrado, es decir, codificado de tal forma que el texto es ininteligible a simple vista. Hace falta una clave para descifrarlo, es decir, para obtener el mensaje.

La psiquiatra enarcó las cejas y dejó escapar un ruido leve.

—Necesito encontrar pistas y dejar mis descubrimientos en los ordenadores de quienes proceda.

—Pero sabes que eso es ilegal, ¿no?

—Lo sé. ¿Y sabe? Me importa un pimiento. Lo hago muy a menudo.

—Normalmente, las personas con ese tipo de afición se maquillan mucho, llevan pelos de colores y ropa extravagante —dijo la psiquiatra, apoyando su pequeña mano sobre la mesa. Había dejado de lado el puñetero bolígrafo.

—Eso no es así —dijo Marta.

—¡Ah!

—¿Me puedo ir ya a casa?

Verdaguer no contestó mientras la observaba a través de sus gafas.

18

—Trozo de oreja, mano derecha, pie izquierdo. —El dedo de Andrés acarició todas las notas y se imaginó la escena del crimen. Vio los clavos sobre el colchón bañados en sangre seca. En la pared, agujeros negros como pequeñas mirillas.

Y de pronto, sintió náuseas.

Ahora más que nunca necesitaba fumar un cigarrillo y acabar con el escozor que sentía en el estómago.

19

—Deberás aumentar la dosis del *Abilify*. Te receto unos 15 miligramos, en lugar de los 10 que estás tomando actualmente.

Marta la miró con desprecio.

—¿Usted cree que estoy loca?

—No, claro que no. Solo intento que se encuentre mejor.

—¡Pues ya lo veo! Solo me está inflando a tomar pastillas.

La doctora Verdaguer no sabía que no se las tomaba; ni siquiera un calmante cuando le bajaba la regla.

La psiquiatra tecleó algo que parecía interminable en el ordenador, y en el despacho solo se escuchaban las teclas viejas del maltrecho teclado.

Finalmente, la impresora rezongó y empezó a escupir una hoja de tratamiento en medio de un zumbido que se escuchaba aun por encima del sonido de la lluvia.

Verdaguer cogió la hoja con sus dedos largos y se la extendió a Marta, que permanecía incómoda en la silla. Había guardado el teléfono móvil.

Ella extendió su mano y tocó el folio. Lo atrapó y lo dobló en dos.

—Sufres un fuerte trastorno de personalidad, debido a lo que te pasó —dijo por primera vez Verdaguer—. Quizá sea un trastorno de personalidad paranoide.

Marta abrió más los ojos, pero no dijo nada.

Se levantó de la silla, que chirrió como una bestia al ser empujada hacia atrás, y se dirigió hacia la puerta de salida.

Con un golpe seco, Marta salió de la consulta sin despedirse. Algo común en ella.

20

Antes de salir de la escena del crimen, Andrés cogió un folio escrito con letras indescifrables. Estaba ante otra prueba ignorada por la Policía Judicial. Lo encontró debajo de la cama, cuando las gotas de la lluvia golpeaban con fuerza el cristal de la ventana, produciendo un estremecedor ruido.

Y había algo más.

Otro trozo de cuerda.

Marta no pidió una nueva cita a la recepcionista. Sencillamente, se fue de la consulta. Lo hacía muy a menudo y eran ellos siempre los que tenían que llamarla por teléfono para darle la siguiente cita, que era cada dos meses.

Bajo el repiqueteo de la lluvia de esa tarde, Marta caminaba por debajo de los balcones de la Calle Passeig José Canalejas, paralela al río Ter, que estaba a unos escasos cinco metros. Esquivando los charcos y las canaletas que vomitaban agua sobre la acera.

Trataba de mojarse lo menos posible, pero a veces le reconfortaba sentir cómo las gotas frías de la lluvia le resbalaban por la piel. Un olor a tierra húmeda se apoderó del ambiente y Marta respiró, lenta y profundamente, deteniéndose a contemplar la lluvia.

El cielo estaba encapotado y la luz de las farolas iluminaba la calle, pero se reflejaba pobremente sobre el asfalto. Eran como grandes cerillas encendidas que no fluctuaban.

Cuando entró en la esquina de la Calle Plaça de la Independència, justo en la puerta de la taberna Catalano, sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta adornada de gotas de agua y sus dedos finos empezaron a moverse sobre la pantalla con gran rapidez.

Unos dos metros más adelante se encontraba el Restaurante Dolce Vita Gerona. Era el número cinco y, en ese preciso momento, Andrés salía del número tres de la misma calle.

Se había guardado la hoja encriptada en uno de los bolsillos de su gabardina, que ahora rozaba el suelo húmedo de la acera. También tenía los tres trozos de cuerda. Una vez más, cuando el frío le azotó de nuevo en la cara, tuvo la necesidad de aspirar un poco más de esa mierda llamada nicotina.

Andrés no sentía remordimientos de lo que había hecho. Formaba parte de su carácter saltarse las normas y llegar sin previo aviso. Solo trabajaba mejor. Le repugnaba estar rodeado de policías y demás cuerpos del Estado, que revoloteaban a su alrededor como moscas cojoneras.

Había decidido ir a la comandancia de la Guardia Civil para conocer al Sargento Iñaki. La fortaleza estaba situada en la Calle d'Emili Grahit, y una gran puerta, como la de un castillo viejo,

marcaba la entrada. Encima, unas grandes letras que decían: Guardia Civil. Debajo, el escudo de España.

¿Y dónde puñetas se encontraba?, se preguntó en voz alta. Él recordaba la ubicación de la Policía Nacional, ya que en su juventud fue trasladado allí por conducir sin carnet. Y, según recordaba, estaba muy cerca de allí.

La llama del mechero encendió un cigarrillo más y el humo recorrió sus bronquios antes de ser expulsado al aire como si de una olla de vapor se tratase.

De todas formas, tenía el teléfono del Sargento Iñaki y no pensaba gastarse ni un céntimo más en un taxi. Cuando parara la lluvia, cosa que no sucedería en toda la tarde, iría caminando. O bien preguntaría a la gente; o bien le diría al Sargento Iñaki dónde se encontraba para que fuesen a recogerlo.

Mientras Andrés pensaba todo esto, Marta estaba enfrascada en la pantalla del teléfono móvil, observando la foto que le había mostrado a la psiquiatra y, de pronto, se arrepintió de haberlo hecho.

Había sangre por todas partes y la imagen ocupaba toda la pantalla del móvil.

De pronto, sus pasos se cruzaron con los pies de Andrés y tropezó dando un salto extraño, mientras sus ojos se agrandaban.

Un sudor frío y repentino le subió desde el estómago hasta la tráquea y vio cómo el teléfono móvil volaba por los aires. Andrés había extendido un brazo y la había agarrado de la chaqueta, evitando que se cayera al suelo. «Realmente pesaba poco», pensó Andrés, sin dejar de aspirar de su cigarrillo.

—¡Mi teléfono!

El golpe sonó casi estruendoso, amortiguado por el sonido de la lluvia. El teléfono móvil rebotó en el suelo y se desplazó varios palmos, resbalando como una piedra sobre el agua. Cuando se detuvo, la pantalla táctil tenía el dibujo de una tela de araña, aunque la imagen seguía estando ahí, de manera visible para todos los que caminaban, sin inmutarse, alrededor del teléfono.

Andrés dejó de sujetarla y Marta se tiró, literalmente, al suelo, hincándose de rodillas, para coger su teléfono móvil. Sus ojos asustados observaron la pantalla y se inyectaron en sangre.

Se volvió hacia Andrés y lo miró con furia en los ojos. Él permanecía quieto, mirándola a ella. Sus ojos azules vieron algo rojo en la pantalla del móvil.

Marta se levantó con el teléfono móvil bien sujeto entre las dos manos y, como si fuera un conejillo, se lo mostró al hombre de la gabardina negra y el semblante serio.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Marta, mostrándole la parte de la pantalla, casi sin darse cuenta, con ambas manos haciendo de cuenco.

Andrés reconoció la imagen que allí se mostraba.

Había sangre por todas partes y un mensaje escrito en la pared.

—¿De dónde has sacado esa imagen? —le preguntó Andrés, cerrando sus labios finos.

Marta sintió un intenso escozor en su interior y apreció que empezaba a sudar bajo aquel frío de enero.

—¿Esto? —Su voz temblaba y ahora tapó la pantalla con una mano—. No es nada.

—¿Para quién trabajas? —El humo del cigarrillo acariciaba la piel áspera de la cara de Andrés.

—Yo no... —Marta estaba titubeando y sus ojos enrojecidos se volvieron blancos. Un fino rictus de inconfundible miedo se dibujó en sus labios—. No es nada.

Su cuerpo delgado se dio la vuelta y echó a correr, escapándosele de nuevo el teléfono móvil de su mano. Ahora el golpe fue menor, pero cayó de nuevo con la pantalla encendida, apuntando hacia el techo de aquellos balcones.

Andrés caminó lentamente hacia el teléfono móvil. Se agachó para cogerlo y lo vio.

Era la imagen de la escena del crimen.

Salvo que esta estaba completa:

La cabeza sobre el colchón y, entre los dientes, un manuscrito atrapado por una boca abierta.

Sí, había sido recogido por un cabo de la Guardia Civil en su flamante Nissan verde y blanco. En ambas partes lucía el escudo de la Guardia Civil. No se había detenido como en las películas: con las luces azules, que llevan encima del vehículo, encendidas.

El cabo, un hombre joven que no alcanzaría los treinta años, se apeó del vehículo, ante la atenta mirada de los transeúntes, y lo bordeó hasta llegar a la acera.

Andrés se guardó el teléfono móvil en el bolsillo de la gabardina, que ahora estaba desabrochada. La lluvia casi había cesado y apenas caían varias gotas, como si un gato orinase desde algún tejado.

Él había llamado al sargento Iñaki con su propio teléfono móvil, uno de esos de teclado, sin cámara de fotos y operativo desde hacía más de diez años. Para hacer llamadas le bastaba, no necesitaba más. Tampoco era uno de esos empollones que se pasaban todo el día delante de un ordenador reuniendo piezas. Su método de investigación era hincar el codo sobre la mesa y empezar a rumiar mientras aspiraba un cigarrillo detrás de otro.

—¿Señor Andrés? —preguntó el cabo de la Guardia Civil, con su traje verde impoluto.

—¿Has pensado mucho?

—¿Qué?

—Nada.

Andrés se dirigió al Nissan con el cigarrillo humeante sujeto entre sus labios. Ahora hacía más frío que antes.

El cabo se volvió y, con la mirada ceñuda, se encogió de hombros.

Regresó al coche patrulla.

Se escucharon los golpes sordos de las dos portezuelas al cerrarse.

—Señor, no puede fumar aquí dentro. —La cara del cabo se desdobló en dos y su mirada era ahora de justificación y algo de vergüenza—. Lo siento.

Andrés abrió un poco la portezuela y dejó caer al suelo lo que quedaba del cigarrillo. El agua lo apagó completamente.

Diez minutos, después estaba frente al sargento Iñaki.

23

De regreso a casa, Marta se hizo una sopa caliente: que consistía en agua hirviendo, un poco de sal y un puñado de fideos. Después de esto, se tomó un vaso de leche frío.

Esto descolocaba a cualquiera, pero así era ella. Vivía sola, rodeada de ordenadores y televisores y con una gran cantidad de tareas que hacer en casa. El sofá estaba cubierto de un manto de ropa, y las sábanas de su cama estaban enrolladas y arrugadas. La puerta de la lavadora —siempre abierta— estaba vacía. En el comedor, un televisor de cerca de cincuenta pulgadas estaba sintonizado en un canal de pago que, por supuesto, no pagaba. La radio también se escuchaba a medio volumen en otra de las habitaciones; y en el suelo tenía el portátil, sobre una alfombra llena de pelos de su gato Churchill. Extraño nombre para un gato gris con las pelotas más grandes del mundo, que se pasaba toda la noche maullando.

Un ordenador con el sistema operativo *Windows XP* estaba siempre encendido, conectado a una red global que buscaba la clave de un algoritmo de una asociación que intentaba localizar extraterrestres.

Disponía de otro ordenador con *Windows 7 Profesional* que arrancaba cuando le daba la gana. El portátil tenía instalado *Windows 10*. Y ahora se había quedado sin su teléfono móvil.

Su trabajo era cambiar el dinero de una cuenta bancaria a otra o enviar un *Ransomware* para pedir un rescate por descifrar los archivos del ordenador infectado.

Disponía de bastantes ahorros que le habían dejado los seguros de vida de su madre. Uno

le había dejado el piso pagado; y el otro, un buen dinero que le permitiría vivir varios años haciendo lo que le pareciera.

Y, como era normal, contaba con una conexión de Fibra Óptica.

Fuera, la oscuridad se había adueñado de las calles y lamía con sus sombras todos y cada uno de los rincones de Gerona y Salt, donde ella vivía.

24

Las fotografías estaban sobre la mesa de metal verde, como si se tratasen de cartas mostrando sus mejores combinaciones en una partida de Póker.

Andrés había tomado asiento en una silla incómoda, totalmente metálica; y el Sargento Iñaki, rechoncho, se había recostado en su silla. Su enorme culo, afectado de hemorroides, era inseparable de ella.

—Yo no puedo verlas —dijo el sargento mostrando su cara redonda—, todavía tengo el olor de toda aquella sangre pegada en el culo.

Andrés levantó la vista y lo miró con su eterno semblante serio.

El sargento no estaba bromeando.

La presentación, al verse por primera vez, había sido de todo menos efusiva. Un apretón de manos, ninguna sonrisa y un par de golpes en la espalda de Andrés.

Este sacó un paquete esmirriado de tabaco, en el que quedaban solo dos cigarrillos.

—Aquí no se puede fumar, señor Andrés —le anunció el sargento, levantando la mano en un gesto instintivo.

—Lo siento, sargento Iñaki.

El cajetín de tabaco aplastado regresó al bolsillo.

Las fotografías seguían sobre la mesa, en formación, como una baraja de cartas.

Andrés reconoció una de ellas. Era la que estaba en el teléfono móvil de la chica que había salido huyendo.

Tuvo la tentación de contarle esto al sargento de gran mostacho oscuro y enrojecida nariz, pero al final desistió. Sabía que lo estaba haciendo bien. Al menos, él así lo creía.

—Es la primera vez que se comete un crimen de este tipo —explicó Iñaki, moviendo la mano derecha sobre las fotografías—. Esto es más propio de una película como Seven que de la realidad. —Hizo una pausa y preguntó—. ¿Ha visto Seven?

—Sí, quién no.

—Eso sí que era terrorífico. Como esto.

—Pero el asesino no descuartizaba los cuerpos.

Ahora parecía que la intensidad de la luz que pendía sobre el techo bajaba de potencia, y el sargento se sintió un poco avergonzado.

—Es verdad, ¿en qué película el asesino descuartizaba los cuerpos?

—Hay muchas —contestó Andrés sin apartar la vista del sargento. Tenía los ojos oscuros y se tocaba el bigote con los dedos de forma constante.

En su pecho había todo tipo de medallas clavadas como alfileres.

—Bueno, no estamos aquí para hablar de películas. Solo trataba de entender algo. ¿Qué me dice del mensaje escrito en la pared? —Señaló una de las fotografías.

Andrés sabía perfectamente de lo que le estaba hablando.

—¿Podría ser un mensaje cifrado? —le sorprendió Andrés.

El sargento se encogió de hombros.

—No sé lo que es eso...

—¡No me diga! —Y Andrés casi muestra una sonrisa mezquina en sus labios secos. Casi —. Es un mensaje en clave.

—¡Ah! —El sargento se sintió algo incómodo con la situación—. Bueno, para eso está usted aquí y, además, disponemos de la Brigada de Investigación Tecnológica dentro de la Policía Nacional.

El sargento recuperó su confianza en sí mismo.

—¿Me está diciendo que todas estas fotografías irán a parar a manos de esos tipos a los que se les cuelan toda clase de virus en sus ordenadores?

—Bueno, a veces pasa, pero siempre están detrás de algún pedófilo.

—Pero aquí no estamos detrás de un pedófilo, sino de un asesino con problemas mentales.

—¿Cómo sabe eso usted?

Andrés no respondió, al menos de momento. Sabía que algo sospechaba el sargento. Tan idiota no parecía ser.

—¿Tiene algo que decirme?

—Estuve en la escena del crimen.

—¡¡¡Joder!!! —La palma de la mano del sargento golpeó con estruendoso ruido la mesa y,

acto seguido, se levantó de la silla—. ¿Cómo ha podido hacer eso? ¿Sabe que está en contra de la ley?

—Lo sé.

—¡Pero lo hizo! —La voz del sargento se escuchaba en todo el pasillo de la comandancia.

—Trabajo así.

—¡Vaya! Nos ha salido un grano en el culo.

Andrés sacó el cajetín de cigarrillos arrugados. Cogió uno de ellos y se lo llevó a la boca.

—¡Y le he dicho que aquí no se puede fumar!

De nuevo, la palma de la mano del sargento golpeó como un martillo la superficie de la mesa. Tenía la mano enrojecida y las fotografías se movieron ligeramente.

—No voy a encenderlo.

—¡¡¡Joderrrr!!! —La voz aguda del sargento se elevó como el sonido de una sirena de uno de sus coches.

Andrés lo miró fijamente, con total tranquilidad.

Estaba dispuesto, incluso, a encender el cigarrillo.

25

Las manos del asesino estaban sobre la mesa de madera. Quieto, pensando y esforzándose en sacar nuevas ideas para su próxima novela. Quizá la última. Escribió seis de ellas en la máquina Olivetti de color rojo. Una máquina de escribir bastante pequeña, pero muy eficaz.

Estaba en calzoncillos y tenía la calefacción puesta a tope. Su cuerpo estaba sudoroso y su frente arrugada. Sentía los latidos de su corazón en las sienes. Al lado y sobre la mesa, había dos periódicos. Una esquila informaba de la muerte de Àngels Puig. Sesenta años. No había ninguna información de las causas de su muerte. Era la editora de la Editorial *Romeu Lletres*.

Sus manos estaban temblando, y tenía puesta la televisión a mucho volumen. Solo la encendía para ver las noticias; y, ahora, por el momento, no le interesaba nada de lo que decían. Tampoco le interesaban los demás canales de televisión generalistas.

En ciertas ocasiones, cuando la musa se le aparecía, ponía música Heavy Metal muy alta mientras aporreaba con sus dedos largos la máquina de escribir, y la hoja en blanco se llenaba de sombras y manchas de tinta.

En otro extremo de la mesa, tenía apilados seis manuscritos que habían sido enviados, en los meses anteriores, a todas las Editoriales de la provincia de Gerona. Enviaba sus manuscritos

incluso a las grandes Editoriales de Barcelona.

Por el momento solo había obtenido cartas de rechazo y los manuscritos devueltos. Pero él habría sido más rápido contestando a su manera:

Sacrificándolos a todos ellos.

26

Cuando las aguas volvieron a su cauce, el sargento Iñaki y Andrés estudiaron con detenimiento el contenido de las fotografías tomadas el día anterior en la escena del crimen.

—Había sangre por todas partes y el cuerpo había sido descuartizado en pequeños trozos que se habían clavado en la pared, justo debajo de todas aquellas extrañas letras que no significaban nada a primera vista. Salvo las primeras.

Andrés asintió con la cabeza. El cigarrillo estaba húmedo entre sus labios, como si fuera un palillo. Saboreaba el tabaco.

—La cabeza se encontró casi entera...

—¿Casi entera? —preguntó Andrés. Algo se le había escapado en aquellas fotografías y en la que mantenía en el teléfono móvil de Marta. Ya sabía su nombre, lo había visto en la agenda de contactos.

—Sí, le faltaban la lengua, las orejas y los ojos. Aunque conservaba todos los dientes, tenía metido en la boca un buen puñado de folios escritos con una máquina de escribir, con interminables textos sin sentido y sin espacios en blanco entre ellos.

—Los sistemas de cifrado no dejan espacios en blanco nunca —explicó Andrés, todavía sentado en la silla incómoda.

El sargento lo miró atónito, pero continuó con la perorata.

—Sabemos el grupo sanguíneo de la víctima y su nombre. Era una editora de libros. Se llamaba Àngels Puig y su familia no tiene constancia de que tuviera ningún enemigo; ninguna disputa con sus compañeros de trabajo; ningún roce con algunos de sus escritores de catálogo. Ella se encargaba de publicar los libros que le parecían buenos, pero la lectura de los manuscritos la hacían los llamados *lectores cero*. Cuando estos le decían que el libro era bueno, entonces ella lo leía y daba el vistazo final. Hasta ese punto, todo entra dentro de la normalidad.

—¿Han descubierto algo más, aparte de esta información barata?

El sargento se quedó sin palabras, bajo la lúgubre luz de su oficina.

—Bueno, no tenemos ningún pelo del asesino, ni manchas de sangre ni sabemos con qué herramienta descuartizó a la víctima. Hay muchas dudas al respecto.

Andrés recordó los tres trozos de cuerda y el sabor de la sangre Rh positivo.

—O sea, que no tienen ni puñetera idea de por dónde empezar.

El sargento se encogió de hombros.

—La Policía Judicial está en las mismas condiciones que nosotros.

—¿Hubo autopsia?

El despacho se sumió en un silencio profundo durante largo rato.

—No, creo que no —contestó al fin el sargento, con la frente sudorosa.

Había cometido otro error, según Andrés.

27

Sus dedos habilidosos escribían ahora sobre un papel, lápiz en mano, una serie de caracteres imprecisos que trataban de descifrar el mensaje. No dio resultado, pero una cosa estaba clara: el asesino había utilizado una encriptación del texto que se basaba en la sustitución de palabras.

Era conocido como *cifrado de transposición*: se movían del alfabeto una, dos, o quizás tres palabras: como en el sistema de cifrado *César*.

Marta conocía muy bien este tipo de cifrados dentro del mundo Criptográfico, ya que eran las más básicos y simples; pero hacerlo a la inversa, sin conocer el número de palabras desplazadas, era una tarea bastante difícil. Pero nada imposible para ella.

Por ejemplo, Marta sabía que el sistema de cifrado *César* (utilizado en la antigua Roma) establecía las parejas de sustitución desplazando tres posiciones el orden del alfabeto en el texto. Y sabía que, cuando se acababan las letras por el final, se empezaba por el principio. Por tanto, en castellano la letra "A" se sustituye por la D; la letra B, por la letra E. Y así sucesivamente. Pero el asesino podría haber utilizado cualquier otra combinación; o, simplemente, una mezcla de todas ellas.

De una cosa estaba segura: no se había complicado lo suficiente la cabeza para cifrar el mensaje y tampoco era un experto en Criptografía. Eso le daba un margen a Marta. Sin embargo, la noche la venció y el sueño se apoderó de ella antes de que diese con el proceso inverso para esclarecer el mensaje que había escrito en la pared.

Además, descubrió que el asesino escribía directamente el mensaje cifrado de memoria o calculando en tiempo real el orden de las palabras del abecedario. Todo un prodigio.

Su cuerpo delgado se tumbó sobre la alfombra y Churchill se enroscó justo al lado de su pecho, ronroneando toda la noche como una pequeña locomotora.

Andrés estaba hospedado en el hotel Ultonia, lugar donde antaño estuvo el cine homónimo, y le vinieron a la memoria varias buenas películas que disfrutó allí. Ahora estaba cerrado, pero el hotel había mejorado bastante el edificio.

La nostalgia lo invadió, una vez más, mientras observaba algunas fotografías que había dejado sobre la cama. Era el momento de investigar y no había sitio para los recuerdos. Los dejaría para después.

Su ubicación ahora estaba muy cerca del lugar del crimen y él había sido trasladado por el mismo cabo de la Guardia Civil, en el mismo vehículo; pero esta vez con las luces azules encendidas, como si fuese un coche de feria para niños.

Tenía el teléfono móvil de la chica. De Marta. Lo había leído en varios mensajes de *WhatsApp*. Dudó mucho sobre si realmente este sería su nombre de pila o un seudónimo utilizado para ocultar su identidad. Sabía que, con la ayuda del teléfono móvil, podría encontrarla y hacerle varias preguntas que pugnaban por salir de su estómago. Aunque también pensaba, a ciencia cierta, que ella no era la asesina.

Tenía abierta la aplicación de *Facebook* y podía ver todo lo que había subido en su muro. Todo estaba relacionado con la muerte y las letras ininteligibles.

Dejó el teléfono móvil sobre la cama, justo al lado de las fotografías que le había prestado el sargento Iñaki, y se fue al cuarto de baño a fumarse un cigarrillo mientras vaciaba sus tripas. Allí dentro y ya sin gabardina, dejó atrás por un rato todos los pensamientos que había acumulado durante el día. Encorvado hacia adelante, dejaba que la ceniza del cigarrillo cayera inerte al suelo mientras el humo se escapaba hacia el techo como una serpiente de niebla.

Estuvo así algo más de cinco minutos y un calambre repentino le recorrió desde la pierna hasta el tobillo. Después, sintió un ligero hormigueo que le lamía todo el pie y el culo entumecido sobre la taza del váter.

Decidió que ya era hora de limpiárselo.

Pensó de nuevo en las fotografías y en la rareza de aquellas palabras. Y llegó a una conclusión: no habían sido copiadas ni escritas al azar, sino directamente: con una lengua dominada.

Tiró de la cisterna y miró su reloj, en el que las manecillas marcaban las doce menos diez: lo que quería decir que era medianoche. Con el gorgoteo del agua, se esfumó el olor a heces, pero persistió el del cigarrillo.

Sus manos, con la piel áspera y oscura, se cubrieron de agua fría al principio; y de tibia, después. Se secó las manos y dio por finalizada la tarea del baño.

Ahora se quitaría la ropa y se daría una buena ducha: siempre pensando en aquel complejo mensaje.

Si hubiese estudiado lo suficiente en la academia....

Pensó en Marta.

29

El próximo era Miquel Roca, editor de la pequeña Editorial *Martín Esqueu Edicions*.

El asesino había cambiado, por esa noche, las teclas de la máquina de escribir por una sierra en una mano y un hacha en la otra. En el bolsillo llevaba un trozo de lazo rojo y una cuerda marrón para atar paquetes. En la mochila, que colgaba de su espalda, llevaba un manuscrito: el segundo de ellos. Caminaba bajo la noche fría, que lo cubría con un manto helado; y, aunque no podía ver el reflejo de la luna, él sabía que estaba en algún lugar sobre su cabeza.

Sus deportivas, manchadas de sangre, se deslizaban sobre la calzada de forma errante. No había nadie en la calle, salvo el frío y el agua que reposaba sobre el asfalto. Los semáforos arrojaban sus frías luces amarillas. Un gato blanco cruzó la calle con el rabo apuntando al oscuro cielo mientras, de su boca abierta, asomaban sus afilados colmillos, dejando escapar un maullido largo y quebrado.

El sudor, a pesar del frío de la noche, le lamía la frente y las enrojecidas mejillas. Respiraba con cierta inquietud y el halo caliente de sus pulmones se volvía visible en el aire: difuminándose, poco después, un metro por encima de su cabeza.

Se acercó hacia su coche de color amarillo y abrió la puerta con una llave vieja. Un ruido metálico le indicó que la puerta estaba abierta. Había dejado el hacha en el suelo. Abrió la portezuela del coche bajo un chirrido sonoro y la volvió a coger.

Dejó las armas sobre el asiento agujereado del copiloto y se sentó con la mochila puesta. Giró la llave del motor y este rezongó en medio del silencio, que se vio roto por un par de explosiones del tubo de escape que dejó salir una nube de humo azul. Las luces de posición se encendieron bajo la luz mezuquina de las farolas que adornaban su calle.

Metió primera y empezó a maniobrar para salir del aparcamiento. Un golpe fuerte le indicó que había dado marcha atrás. El coche, finalmente, avanzó escupiendo humo en aquella fría noche de enero.

30

Patrullas de los Mossos d'Esquadra, Policía Nacional y Guardia Civil mareaban la perdiz

en el escenario del crimen, paseándose de un lado para otro, bajo el reflejo de luces de todos los colores. Un nuevo escenario: tan macabro y con tantas similitudes al anterior que desde un primer momento se pensó en un asesino en serie.

La voz de alarma la había dado el señor Josep, un anciano de casi noventa años enfundado en una bata de rayas y con las manos resguardadas en sus bolsillos que no paraba de hablar. Que si escuchó un ruido como si estuvieran serrando algo, que si un gritito por aquí, que si le parecía extraño que Miquel Roca no hubiera dado el portazo a las siete de la mañana...

Al parecer, Josep lo tenía vigilado por la mirilla. A sus noventa años, llevaba entre los labios una gran pipa de fumar negra, que humeaba como una chimenea.

El hombre no paraba de hacer preguntas, al tiempo que alargaba su cuello rígido para ver lo que sucedía dentro del piso de Miquel. Sus ojos estaban abiertos como platos; y sus labios, fruncidos, denotaban demasiada curiosidad.

Los hombres de uniforme marcaron territorio, delante de la puerta de la casa de Miquel, con una cinta de plástico amarillo en la que se leía “Policía. No pasar”, en lugar de “Escena del crimen. No pasar”.

—¿Está muerto? —preguntó Josep a uno de los hombres con vestimenta roja.

—Sí —contestó el hombre de la ambulancia.

—Entonces, ¿para qué vienen ustedes?

El hombre del traje rojo enmudeció.

—Señor, haga usted el favor de entrar en su casa —dijo el policía al hombre mayor, que seguía fumando como una chimenea.

—Era mi mejor amigo.

—Todos dicen lo mismo.

—Pero... —El cuerpo del anciano se movió dando extraños saltitos, todavía con las manos enfundadas en los bolsillos de la bata—. ¿Ha sufrido mucho?

El policía lo miró de reojo.

—¿Eso le importa a usted mucho? Entre en su casa. Llegado el momento, la Policía Judicial ya le hará a usted todo tipo de preguntas; y no al revés.

Josep arrugó los labios hasta hacerse daño con la pipa. Su piel, envejecida, dibujó nuevas dunas bajo la luz mezquina del rellano de las escaleras, donde había tres puertas que lo compartían. La tercera estaba cerrada; sin embargo, parecía que la mirilla tuviese vida.

Unos minutos después, sonó el teléfono móvil de Andrés.

La lengua áspera de Churchill recorría la mejilla de Marta, que empezaba a abrir los ojos con gran desgana, teniendo el cuerpo aletargado. Un maullido ínfimo le recordó que su gato tenía hambre.

Le mesó la cabeza y le preguntó:

—¿Tienes hambre?

Churchill maulló de nuevo, como si hubiese comprendido algo.

La televisión seguía encendida. Marta miró la pantalla de reojo y vio cómo un tren había descarrilado a las seis de la mañana en un país lejano.

Se arrodilló en el suelo, observando cómo el portátil se había apagado; y, con gran esfuerzo, se puso en pie. Su piel desnuda acarició el frío suelo de camino a la cocina, donde abrió la puerta del armario y sacó un cartón de leche.

Churchill se lamió sus diminutos labios oscuros mientras la observaba con la cabeza erguida.

Marta abrió otro armario y sacó un cazo oxidado. Vertió en él la leche y encendió el fuego, pulsando el botón de gas de la placa encimera. Sonó una chispa eléctrica. Las llamas azules arrancaron con un bufido repentino y lo puso a fuego lento. Colocó el cazo sobre el fuego y esperó mientras su boca se abría en un exagerado bostezo.

32

—¿Andrés?

—¿Sí?

—Ha vuelto a suceder.

Andrés dejó la llama del mechero suspendida en el aire y el extremo del cigarrillo temblando. Su semblante serio afloró todavía más, y sus ojos azules otearon durante un momento interminable todos los rincones de la habitación, como si estuviese buscando algo interesante que se escondiese allí.

El sargento Iñaki todavía estaba hablando cuando pulsó el botón de colgar.

33

Ahora estaban todos, excepto Andrés y la Policía Judicial. Andrés era parte de este último grupo, pero él estaba destinado a esclarecer un caso específico y ahora se encontraba con dos. Él era el último eslabón.

Josep había hecho varias llamadas de teléfono y el resultado de ellas fue la presencia de varios periodistas en la puerta del edificio.

Los Mossos d'Esquadra les invitaron a abandonar el lugar. Uno de los periodistas, un joven con media melena, se quejó sobre los derechos a la libertad de información y al respeto de su trabajo.

El agente agachó la cabeza, pero no dijo nada.

El cielo seguía encapotado como el día anterior y amenazaba con llover. El frío era insoportable y todos los miembros de la Policía, excepto el cuerpo de Guardia Civil, llevaban los guantes puestos.

Esta vez había sucedido en Salt (una pedanía de Gerona) por lo que también había acudido la Policía de aquel distrito.

En la calle, los coches, con las luces encendidas, estaban aparcados de cualquier manera. La gente, con los ojos hinchados por la hora tan temprana, caminaba errante hacia sus trabajos. Por delante de la Calle Teixidores.

Unos grandes edificios marrones abarcaban dos calles consecutivas y disponían de dos garajes subterráneos con entradas independientes.

La puerta del bloque número cinco estaba abierta. El culo seboso de uno de los agentes hacía de tope sosteniendo la puerta, que estaba rota.

La víctima no vivía en un barrio de lujo, sino todo lo contrario. Era un barrio humilde que en sus inicios estaba ocupado por lugareños, pero que con el paso del tiempo se convirtió en un lugar habitado por inmigrantes marroquíes y senegaleses.

Con ellos vinieron los problemas de convivencia, pero ninguno era hoy sospechoso debido a las características del crimen. El *modus operandi* era el mismo que el del crimen perpetrado hacía solo dos días.

O, al menos, eso es lo que había dicho el sargento Iñaki.

Por si no hubiese pocos coches de todos los cuerpos llegó, con las luces encendidas, un nuevo coche de la Guardia Civil: rápido como un torpedo. Las ruedas se bloquearon y la gran masa de metal patinó varios metros sobre el asfalto. El motor se caló en una sacudida y, por el tubo de escape, se escapó un chorro de humo que se extinguió dentro de la corriente de aire que azotaba esa mañana.

La portezuela del lado del copiloto se abrió lentamente y tras ella asomó un zapato brillante de color negro.

Después, el borde de una gabardina lamió el suelo mojado; y, en un charco —como un

disparo— impactó una colilla.

Por la parte superior de la puerta, asomaba una hilera de humo ascendente. Por el lateral asomaron cuatro largos dedos, de piel oscura y nudillos marcados, con las uñas a ras de la carne.

—¿Siempre hay tanta gente? —preguntó Andrés, buscando nuevamente en su bolsillo. No lo encontró—. ¿Tiene usted tabaco, cabo?

El cabo lo miró disimuladamente. Su cara lo delataba. Finalmente habló.

—Sí —su voz temblaba—. Tengo algo.

—Pues démelo —dijo Andrés moviendo la mano, bajo lo que empezaba a ser una llovizna. Las gotas diminutas de agua caían heladas como copos de nieve, cubriendo la palma de su mano—. Necesito fumar; si no, no puedo concentrarme.

El cabo esbozó una ligera sonrisa. Ya estaba acostumbrándose a él, a pesar de que esas habían sido las primeras palabras que intercambiaban.

Regresó al asiento del conductor y se encorvó buscando bajo el sillón. Tocó el paquete y lo cogió. Después, se dirigió hacia Andrés.

—Tenga, señor —dijo el cabo, detrás de su espalda. En sus tenía un paquete de Marlboro.

—Todas las rubias son iguales —dijo Andrés, y cogió la cajetilla que estaba sin empezar. Le quitó el precinto y le dio unos golpecitos contra el canto de su mano. Un cigarrillo asomó por un borde. Andrés lo atrapó con sus labios.

—Quédese con toda la caja —dijo el cabo, apartándose ligeramente de él.

Andrés lo miró fríamente, sin ninguna expresividad en sus ojos. Sus compañeros de Madrid le preguntaban que si es que estaba cabreado todo el día. Él nunca contestaba a eso.

—Gracias —dijo Andrés, acercando la llama del mechero al extremo del cigarrillo—. Vayamos al asunto.

Se abrió paso entre la gente agolpada y separada por los agentes de Policía; y entró en el edificio, que olía a rancio. El agente estaba todavía apoyado en la puerta.

Andrés advirtió unas pequeñas gotas de sangre seca en el suelo, en la misma entrada, y una huella de sangre en el buzón de Miquel Roca, que estaba situado a la izquierda. El ascensor quedaba a la derecha, pero Andrés prefirió subir las escaleras. Al fin al cabo, solo era una docena de escalones hasta el entresuelo.

Uno de los Mossos d'Esquadra, que estaba apoyado en la pared, le dio el alto con una mano abierta.

—No puede pasar, señor.

Andrés aspiró una calada de alquitrán y nicotina que recorrió sus pulmones.

—Soy inspector de la Policía Judicial.

El joven, enfundado en una indumentaria azul, frunció el ceño y no dijo nada.

—¡Andrés! —exclamó una voz conocida. Era el sargento Iñaki—. ¿Qué cojones haces ahí parado?

—No lo sé. Dímelo tú —dijo Andrés, cogiendo con sus dedos lo que quedaba del cigarrillo.

—¡Es el inspector Andrés, idiota! —vociferó el sargento con la cara arrugada.

El joven agachó la cabeza y se apartó, apretando su espalda contra la pared y notando su rugosidad.

Andrés siguió subiendo las escaleras lentamente y, cuando pasó junto al uniformado, lo miró de reojo con sus penetrantes ojos azules y su semblante serio.

—Gilipollas —susurró Andrés y le tiró la colilla a los pies. Por su nariz se escaparon dos chorros de humo que acariciaron la cara del joven.

—Estoy otra vez ante el mismo tipo de crimen con un mensaje nuevo —explicó el sargento mientras Andrés observaba las pequeñas gotas de sangre que habían en el suelo.

—¿Han analizado estas gotas de sangre?

—Todavía no.

—Pues es una prioridad. —Hizo un alto y añadió— ¿Han encontrado algún trozo de cuerda, como un hilo recio?

—¿Por qué preguntas eso?

—Por nada. — Andrés tocó los extremos de las cuerdas que tenía en el bolsillo.

Alcanzó la entrada del entresuelo. Además de muchos disparos de flashes de las cámaras de fotos, que convertían el comedor en una gran fogata, había un buen número de gentes criminalistas así como policías judiciales, reuniendo información y marcando distintas zonas del comedor con sus particulares objetos amarillos.

Había un gran revuelo y, en una de las esquinas, un agente vomitando: con una mano apretándose la barriga y la otra apoyada en la barandilla del balcón.

El comedor estaba al final del pasillo —de metro y medio de longitud— que hacía de entrada. Desde esa posición se podía ver la cristalera de la terraza y, más al fondo, la barandilla.

En mitad del comedor había una enorme mesa de nogal, pintada de caoba y redonda. Sobre ella, estaba el cuerpo decapitado y sin manos de la víctima. Tampoco tenía pies, y sus pantorrillas estaban atadas a la silla con una fina cuerda ensangrentada.

El mismo tipo de cuerda que Andrés había encontrado en el primer escenario del crimen. A la derecha, de espaldas al muerto, había letras escritas con sangre en la pared.

La primera frase decía: "*Yo soy el segundo. Debes descifrar el mensaje para seguir mi*

pista y conocer el nombre de la siguiente víctima". A partir de ahí, solo había letras desorganizadas, carentes de sentido. Sin duda alguna, se trataba de un nuevo mensaje cifrado, escrito de la misma manera que en el crimen anterior.

La cabeza del que fue Miquel Roca estaba sobre una silla, sin ojos ni orejas, ya que estaban clavadas con clavos en la pared, debajo del mensaje, así como las manos y los pies.

La boca estaba abierta, probablemente con la mandíbula rota; y, entre sus dientes apretados, había un gran fajo de folios, manchados de sangre, con un mensaje: «*Descíframe*».

Sin lugar a dudas, Andrés estaba ante una repetición del anterior crimen, cometido por el mismo autor.

—¿Quién era este hombre? —preguntó Andrés mientras rebuscaba otro cigarrillo.

—Es...—Hubo una pausa para rectificar, en la que los labios del sargento Iñaki se arrugaron inquietantemente—. Era Miquel Roca, editor de la *Editorial Martín Esqueu Edicions*, ubicado en Barcelona.

—¿Y vivía aquí? —le cortó Andrés mientras contemplaba la pequeña llama del mechero.

—Sí. Que sepamos, no tenía segunda vivienda en Barcelona. Solo su despacho.

—¿Y estaba casado?

—No. ¿Por qué lo dice?

—Por nada. Solo estoy recabando datos.

El sargento estaba apartado de la mesa y empezaba a sentir náuseas. Por un momento, creyó que iba a echar el café de la mañana delante de todos.

—Se repite la misma historia y no hemos encontrado nada que no perteneciera a Miquel Roca.

—Sí, el manuscrito que tiene en la boca. —Señaló Andrés, aspirando su cigarrillo.

—Es un editor de libros. Este manuscrito puede pertenecer a cualquiera de sus autores publicados.

—Pues ya tenemos una pista.

—¿Qué pista?

—El asesino escribe libros.

Andrés soltó el humo del tabaco y la fragancia de la nicotina se mezcló con el olor a cobre producido por la sangre.

—Aquí no se puede fumar —dijo el sargento moviendo el mostacho sobre sus labios carnosos.

—Lo sé.

—¿Y cómo ha llegado a la conclusión de que el asesino es escritor? —La panza del sargento, abultada, empezó a emitir extraños ruidos que, afortunadamente, solo él podía escuchar.

—Es evidente. —Andrés se guardaba varias cartas en la manga: el teléfono móvil de Marta, los trozos de cuerda y el olor de la sangre del grupo Rh positivo.

34

Los dedos del asesino tecleaban sobre la máquina Olivetti, como si cada letra escrita fuese la última. En el fregadero había dejado la sierra y el hacha, sin molestarse en limpiarlas. La sangre estaba ya seca en los filos de las dos herramientas. Su mochila ahora estaba vacía y con la cremallera abierta. Se había quitado las deportivas.

Llevaba puesto un chándal oscuro con capucha y con una cuerda que le cruzaba el cuello, como la estola de un párroco. Las llaves del coche, manchadas de la sangre de las dos víctimas, reposaban sobre la mesa en la que estaba escribiendo, enganchadas a un llavero con forma de rueda de coche.

Recordó cómo le había puesto el lazo rojo a la cabeza —todavía caliente entre sus manos — tratando de meter un extremo del paquete de folios escrito en clave. Recordó lo difícil que le había resultado poner derecha la cabeza sobre la silla.

Sus labios se estiraron como un chicle y siguió escribiendo letras —seguidas unas de las otras— sin espacios y sin significado aparente.

Estaba escribiendo su novela cifrada.

35

La chispa se iluminó y las letras empezaron a leerse claramente. El mensaje estaba cifrado según el formato de sustitución de palabras de César: tres letras a la derecha. Marta descifró el mensaje, que decía lo siguiente:

“Este ha sido el primer libro rechazado cruelmente. El próximo en morir será Miquel Roca, el editor estúpido de la Editorial Martín Esqueu Edicions. Si has llegado hasta aquí, es que ya conoces las reglas del juego. Hay siete libros”.

Marta sonrió ante la atenta mirada de Churchill.

36

A mediodía, ya habían retirado el cadáver (las partes que quedaban de él) y habían precintado el piso. La gente seguía agolpada en la puerta del edificio y comentaban cosas acerca de lo sucedido: Una muerte. Pero no podían ir más lejos, ya que todo se había realizado de forma cautelosa y con discreción absoluta.

La Policía Judicial había tomado las muestras para analizarlas y había colocado muchos identificadores en los puntos estratégicos, sin llegar en un principio a ninguna conclusión.

Andrés, antes de marcharse y en un descuido, se agachó y rozó las gotas de sangre del suelo de la entrada. Se llevó los dedos a la punta de la nariz y aspiró. Sabía que era del mismo grupo sanguíneo: Rh positivo.

—Necesito saber el grupo sanguíneo de la víctima —le había dicho Andrés al sargento Iñaki—.

Necesitaba saber también a quién pertenecía la huella hallada en el buzón que solo él había visto.

El sargento se rascaba el cogote.

Minutos después, el cabo de la Guardia Civil, su chófer, le estaba esperando en el coche, pero Andrés le dijo que se marchara. La llovizna se había convertido en una lluvia constante y el frío iba en aumento. Andrés sintió deslizarse los primeros mocos de su nariz junto al humo del cigarrillo que se estaba fumando.

—Puedes marcharte. —Andrés había hecho una pausa esperando una respuesta.

—Cabo Toni, señor.

—Lo de Toni está bien, pero deja lo de *señor* para otro —le había dicho Andrés, con el cigarro entre sus dedos.

El cabo se había quedado mudo.

—Lo siento, señor —había dicho al fin, bajo la lluvia que repicaba sobre la chapa del vehículo.

—Andrés, prefiero que me llames Andrés.

La cara de Toni fue todo un poema.

—Sí, Andrés.

—Ahora quiero que te vayas al cuartelillo a aguantar alguna puerta que no cierre. Yo volveré andando al hotel. He visto que no está muy lejos de aquí y, además, está en línea recta siguiendo la acera, una calle tras otra.

El cabo asintió con la cabeza.

De modo que, unos segundos después, el rugido del motor del vehículo rompió la magia de

la lluvia y bramó al salir de allí pitando. Andrés se lo quedó mirando seriamente, mientras el cigarrillo jugueteaba ahora en sus labios secos.

Miró el reloj, que marcaba las doce y veinte. En realidad eran las doce y diez. Al parecer, todo había sido demasiado rápido, y estas cosas no se pueden tomar a la ligera. Sospechó que, quizá por esta razón, no resolvían nada esos estúpidos de uniforme.

La lluvia amainó un poco durante casi un cuarto de hora y después empezó a apretar con más intensidad. Los ríos de agua se deslizaban por los bordes de las aceras y morían en las bocas de las alcantarillas.

La calle Teixidores estaba desierta.

Andrés escupió lo que quedaba del cigarrillo y lo vio flotar hasta desaparecer como un barco a la deriva. Y observó que, por aquella calle, justo al final, había un río.

El agua, que había adquirido un color marrón, bajaba en abundancia e iba en dirección hacia Gerona.

El de la funeraria no había perdido el tiempo, y ya había estampado allí la esquila del difunto. Andrés se preguntó en qué momento la habría pegado al lado de la puerta.

Andrés lo miró de reojo y entró en el edificio de nuevo, con las manos enfundadas en los bolsillos de la gabardina y el pelo mojado. El agua fría de la lluvia le había mojado el cuello y la espalda.

—Joder, ¿siempre llueve aquí? —refunfuñó por lo bajo, casi tan suave que el marroquí que salía en ese momento del portal no lo escuchó. Los ojos blancos del hombre se habían fijado en Andrés con cierto miedo. Se fue de allí pitando.

Andrés se acercó al buzón y tocó con la punta de la nariz la huella de sangre seca. Y sí, era del grupo Rh, como la del suelo. Pero: o mucho se equivocaba o esta vez la víctima tenía el mismo grupo sanguíneo que el asesino. No encontró ningún trozo de cuerda más.

Se echó mano al bolsillo derecho de la gabardina mojada y tanteó el paquete de cigarrillos que le había dado el cabo, mas otro que había comprado en el bar de enfrente. Allí había permanecido en silencio, observando sin tomar nada.

El camarero le estaba mirando mal mientras fregaba los vasos y las tazas de café.

—¿No le apetece un café? —le preguntó con una sonrisa estúpida.

Andrés se había limitado a levantar la mano.

Ahora estaba subiendo las escaleras, de nuevo, hacia el piso.

La cinta amarilla estaba pegada con dos precintos de papel, a ambos lados de la puerta de madera. En el suelo había un guante de látex enroscado y muerto, que permanecería allí hasta que algún crío se lo llevara pegado en sus zapatillas.

Sacó la tarjeta de crédito y la acercó a uno de los precintos. La introdujo por uno de los

bordes y el papel se rasgó en dos, produciendo un ligero chasquido.

Después, llevó la tarjeta de crédito a la cerradura.

—Verás si se han olvidado de echar la llave de nuevo —pensó en voz alta y, de pronto, el resbalón de la cerradura hizo un clic muy conocido para él. No sonrió, pero supo que había abierto la puerta.

Empujó la puerta con la puntera de su zapato derecho y el olor dulce de la sangre le invadió de nuevo, como una fragancia. Al menos, esta vez no olía a mierda.

En el otro extremo del pasillo del rellano, se escuchó un golpe seco casi inexistente; pero él sabía que allí, detrás de la puerta, había unos ojos mirando por la mirilla. Cerró la puerta detrás de sí, sin más.

Se habían dejado la cristalera de la terraza abierta y las gotas de agua se colaban en buena parte del comedor. Se había levantado algo de viento.

Sobre la mesa no había nada, y la silla, retirada un metro de ella, estaba encharcada con sangre coagulada, pero que, por una razón extraña, parecía que todavía estuviera fresca.

Andrés acarició la superficie de la mesa en silencio, rumiando y proyectando en su pantalla imaginaria lo que allí podría haber sucedido. «La cabeza sobre la silla con un paquete de folios atrapados en su boca». «¿Cuándo hizo eso? ¿Antes o después de cortarle las manos y los pies?»

Era evidente que las letras de la pared las habían escrito después de desangrar a la víctima. Pero «¿cuándo clavó las manos y los pies? ¿Antes o después de escribir con su propio dedo? ¿O era el dedo de la mano de la víctima? ¿Por qué no escucharon los martillazos los vecinos?»

Había muchos interrogantes en el aire y ninguno de ellos estaba en boca de la Policía Judicial. Solo tenían fotografías y un buen montón de papeles, escritos con un pulso tembloroso, que contaban muchas tonterías.

Andrés se llevó la mano al bolsillo y sacó el teléfono móvil de Marta. Aunque no fuera muy mañoso con las nuevas tecnologías, era intuitivo. Tenía que ponerse en contacto con ella para hacerle un par de consultas. Pero antes necesitaba sacar varias fotografías del mensaje cifrado de la pared.

No le costó mucho descubrir cómo funcionaba la cámara de fotos del teléfono móvil y disparó dos veces hacia la pared, quedándose guardadas ambas imágenes.

“*Yo soy el segundo*”, leía una y otra vez y, mientras, se encendía un nuevo cigarrillo. «¿Cuántos más serían?» pensó frunciendo el ceño. El olor fuerte a nicotina le embargó y le relajó mientras su mente proyectaba sugerencias e ideas.

Solo el asesino lo sabía.

Pero Andrés sabía que el asesino era escritor y que, de alguna manera, todo giraba en

torno a sus novelas. Su intuición se lo decía. De modo que buscó el muro de Facebook de Marta en su teléfono móvil. Él sabía que si dejaba un mensaje allí, tarde o temprano Marta lo leería.

Su dedo tocó la pantalla táctil del teléfono y abrió el perfil de Facebook. La fotografía de la silueta que aparecía no era la de Marta. En su muro principal, desfilaban fotografías de películas que mostraban a un asesino con motosierra y todo salpicado de sangre; un zombi comiendo algo que parecían intestinos; una pared manchada de sangre; un dibujo que mostraba a un ser horrible, y muchos textos sin sentido: Letras en cadena, mensajes cifrados.

Esto le advirtió a Andrés que Marta entendía de criptografía y que le sería de gran ayuda.

Pulsó en el espacio que decía: “*¿Qué estás pensando?*” y empezó a escribir mientras se consumía el cigarrillo.

“Sé que no has sido tú, pero te necesito”

Después de escribir esto, se guardó el teléfono móvil en el bolsillo. Todavía tenía mucha batería y había tiempo, que se consumía a la vez que sus cigarrillos.

El asesino estaba escribiendo la página treinta y seis cuando sonó el portero de su vivienda, explotando en un sonido ululante que chocó en todas las paredes.

Sus manos se detuvieron al instante y su sudorosa frente se arrugó. Tenía el pelo sucio y aplastado, como si llevase puesta gomina. Sus ojos oscuros miraron hacia la entrada.

¿Estaba esperando algo?

Lentamente, se levantó de la silla y esta chirrió sobre el suelo pegajoso.

Arrastrando las deportivas manchadas de sangre y con los cordones sueltos, se encaminó hacia el telefonillo, que estaba justo detrás de la puerta de entrada. Oculto, como una enorme cucaracha que espera en sigilo para no ser descubierta.

Lo descolgó con las manos temblorosas.

—¿Sí? —Su voz tembló.

—El cartero —dijo una voz conocida al otro lado del portero automático.

El asesino dejó escapar un resoplido, como una máquina vieja de taladrar.

El dedo índice del asesino pulsó el botón azul y sonó como una especie de chicharra en ambos extremos.

Escuchó cómo el cartero empujaba la puerta y el golpe de esta tras cerrarse a sus espaldas.

El asesino deslizó el cerrojo bajo un fuerte ruido metálico. La llave, que seguía puesta en la cerradura, giró dos veces mientras se escuchaban los pasos del cartero subiendo las escaleras.

El asesino vivía en un entresuelo y desde la puerta del portal hasta la suya solo había diez peldaños.

Abrió la puerta con un quejido de goznes y la mantuvo así hasta que el cartero alcanzó el rellano.

El hombre de pelo canoso, ataviado de amarillo y azul, llevaba en las manos un sobre grande.

El asesino abrió un poco más la puerta.

El cartero, que llevaba gafas de montura de hueso, le mostró una amplia sonrisa mientras le extendía el sobre. El asesino lo cogió y supo de qué se trataba, incluso sin abrirlo.

Era otra de sus novelas rechazadas.

Cuando el cartero se dio la vuelta y desapareció de su vista, el asesino dejó caer el sobre al suelo, que sonó como una bomba.

Apretó sus puños hasta hacerse sangre con las uñas en las palmas de sus manos. Una gota resbaló y cayó al suelo.

Marta estaba en bragas, sentada en el suelo, con las piernas abiertas y el portátil entre ellas. Churchill estaba enroscado junto a ella.

Entró en su perfil de Facebook y leyó el mensaje.

Un sudor frío le acarició la frente y, después, le recorrió la espalda. Sus manos empezaron a sudar también. Marta tenía la certeza de que el mensaje había sido escrito por el hombre alto que vestía una gabardina negra.

Recordó que, cuando tropezó con él, su mirada era distante mientras miraba la fotografía. Después, había echado a correr y él se había quedado su teléfono.

Eso lo sabía. Lo que no sabía es quién era ese hombre.

Y, por un largo y tenso momento, mientras las gotas de lluvia se estrellaban contra el cristal de su ventana, pensó que aquel hombre era un asesino.

Ahora tenía que tomar la más difícil decisión de su vida.

—Los de la Brigada de Investigación Tecnológica dicen haber encontrado un patrón en los mensajes que deja escritos el asesino —dijo la voz rasposa del sargento al otro lado de la línea.

—¿Qué clase de patrón? —preguntó Andrés, sentado al borde de la cama de su habitación. Estaba mirando varias fotografías de las dos escenas del crimen, buscando diferencias.

—Que los mensajes están enci..., ¡no sé qué! —Había alterado el tono de su voz en esta última parte.

—Se conoce como cifrado o encriptado, o también como codificado. Es decir, el mensaje no está abierto.

Hubo un largo y ominoso silencio en la línea telefónica.

Finalmente, la voz del sargento volvió a ser clara y audible.

—Está claro que quiere decirnos algo, pero no sabemos qué. —Se le notaba algo desconcertado, como si todo aquello le viniera demasiado grande—. También tengo novedades sobre el tipo de sangre. No hay ni rastro alguno de otro tipo de sangre que no sea el de las víctimas.

Andrés se acercó el cigarrillo a la boca.

—¿No han encontrado ningún otro tipo de sangre además del de las víctimas? —inquirió Andrés aspirando, cómo no, nicotina.

—No, solo la sangre de las víctimas. Bueno, sí, había una muestra distinta. —Se hizo el silencio por un instante—. Era la sangre de una mosca.

Y Andrés se imaginó el resto con una gran sonrisa dibujada de oreja a oreja. Se reía a carcajadas mientras tapaba el micrófono del teléfono.

—Sí que son precisos ustedes, ¿no?

La línea se quedó en silencio de nuevo.

A lo lejos un rayo estalló, iluminando el cielo.

—Bueno, eso parece. —La verdad es que el sargento Ñaki no sabía qué decir exactamente—. Los de la Brigada de Investigación Tecnológica me han soplado que los textos usan eso que dice usted, cambiando las letras de un lado a otro. Es por eso que no se entienden, ni tienen espacios en blanco. Pero desconocen el método que emplea el asesino. Ni tampoco sabrían decir si se ha utilizado el mismo método en ambos casos.

A Andrés todo eso le sonaba a perorata barata.

—Sí, es normal. Están estancados —dijo con toda la sinceridad del mundo, recordando el mensaje que había escrito en el oscuro y siniestro muro de Facebook de Marta.

De nuevo, el silencio en la línea.

—Parece que hoy las comunicaciones no andan finas, ¿eh? —El sargento Iñaki estaba perdido. Andrés se lo imaginaba pasándose el pañuelo por la frente.

—Parece que nuestra comunicación no está dirigida en el mismo sentido —dijo Andrés, y aspiró más nicotina que llegó hasta sus negros pulmones.

La habitación apestaba a tabaco y afuera el olor a tierra húmeda llenaba la noche.

Un destello que lo iluminó todo precedió a una explosión exagerada que se escuchó a varios kilómetros a la redonda. Las gotas de agua de lluvia, ahora, eran como nueces, y caían violentamente al suelo y sobre los vehículos aparcados en las calles, que tenían que soportar violentos golpes.

Algunas lunas se rajaban como viles telarañas.

Finalmente, se escuchó de nuevo la voz del sargento, que había permanecido en silencio largo rato tratando de buscar un final a esa conversación.

—Andrés, seguimos en contacto. En cuanto tenga novedades se lo diré.

Y la voz dejó espacio a un silencio que indicaba que se había cortado la comunicación.

Andrés dejó caer el teléfono móvil sobre el edredón de la cama. No hizo ningún ruido, simplemente se quedó allí tirado con las teclas mirando hacia el techo.

Dio tres caladas seguidas a su cigarrillo y su rostro se enrojeció levemente. Tiró la colilla y con el zapato lo aplastó sobre el suelo de la habitación.

El humo tomó extrañas formas para luego desaparecer extendido en millones de partículas.

El teléfono móvil de Marta estaba sobre la cama, mostrando el muro de su Facebook y las fotografías, como las cartas de un mago esperando su función.

Andrés se arrepintió de haberse saltado las clases de criptografía, pero tenía todas las esperanzas puestas en ella.

Marta.

Churchill ronroneó mientras se rozaba con una de las rodillas de Marta, con el rabo apuntando al techo del comedor. El gato tenía hambre y Marta no le hacía caso.

Sus dedos temblorosos estaban sobre el teclado, pero aún no había pulsado ninguna tecla.

El portátil brillaba en la oscuridad del comedor, y Marta no podía ver otra cosa más que la luz de la pantalla y el reflejo de la televisión.

Finalmente, sus dedos teclearon una frase a la vez que un estruendoso trueno le aceleró el corazón.

Marta escribió:

“Y yo tengo que decirte algo”.

41

Al contrario que el sargento Iñaki, Andrés no se encontraba acorralado y sabía que la forma en la que se mostraban los asesinatos no contenía información acerca del asesino. No significaba nada, exceptuando quizá los folios atrapados en las bocas de las víctimas.

Lo realmente importante estaba en los mensajes cifrados que tenían que ver con su afán de ser escritor o, quizá, de ser publicado. Estas ideas le carcomían la cabeza y estaba seguro de que andaba tras la pista correcta.

También sabía que había dos tipos de sangre y que los de analítica estaban errando. Y tenía los trozos de cuerda que, de nuevo, le llevaban a la pista de la profesión del asesino.

Sabía que Marta disponía de algo interesante para él y que el destino los había unido en este complicado camino.

Entonces, vio el mensaje que la chica acababa de escribirle.

42

El asesino tenía que dar su respuesta a la carta de rechazo de la publicación de su tercera novela. La tercera vez que esto pasaba. La carta estaba doblada en dos y, aunque no podía abrirla por la cólera que sentía en esos momentos, la leyó con una mirada furiosa.

Su frente sudorosa goteaba sobre la carta impresa. Una escueta línea de texto llenaba la hoja en blanco: *“Lo sentimos, no encaja en nuestra línea Editorial”.*

No había ningún apunte más y, al final del todo, ni siquiera existía una firma. Pero el asesino sabía perfectamente quién había mandado esa carta y que, con toda seguridad, no habían querido perder el tiempo más que para escribirle esa frase de rechazo.

Sabía quién era él.

El manuscrito lo había enviado por Correo ordinario un mes antes, bien liado con papel

marrón, dentro de un sobre del mismo color y atado con una cuerda.

El funcionario puso el matasellos sobre el paquete y trató de decirle algo, pero estimó oportuno callarse. El asesino, oculto bajo su chándal oscuro, tenía la cabeza gacha y apenas dejaba ver los ojos.

Pagó con un billete de diez euros y recogió cuidadosamente el cambio con los mismos dedos que escribían aquellos largos manuscritos. Aquellas novelas que, una a una, iban rechazando.

Su mano derecha, en un ataque de ira, arrugó la carta hasta formar una bola y la dejó caer en el suelo. Era pasada la una de la madrugada cuando, finalmente, se había atrevido a abrir el sobre y leer lo que presentía.

Ahora, el editor Alfons Font de la *Editorial House Editors* estaba fijado en su mente. Un dolor fuerte de cabeza le invadió de repente y de su fosa nasal derecha salió una gota de sangre. Sus ojos se entornaron y el dolor se extendió hacia la mandíbula. Tenía trabajo que hacer.

Arrastrando los pies, se encaminó al fregadero de la cocina y, con un deje de locura, tomó los afilados extremos de la sierra y el hacha.

Después, fue a su habitación a por más clavos y cuerdas. Aún tenía marcas de sangre de Miquel Roca en sus manos cuando salió de casa, con un nuevo manuscrito cifrado dentro de la mochila que se colgó a la espalda.

La lluvia era copiosa y hacía bastante frío. De pronto, la calle entera se iluminó con una luz blanca y, después, el cielo se rompió en pedazos al estallar un colosal trueno.

El perro estaba ladrando con ganas, y sus patas arañaban la puerta de madera. Eran las siete y media de la mañana y muy pocos paseaban delante de su casa en Anglés, un pueblo de la comarca de la Selva, en la provincia de Gerona.

Alfons Font vivía en la avenida principal, que dividía el pueblo en dos. La avenida se llamaba Avinguda de Santa Coloma y el propio asesino había vivido allí mismo, al final de la misma, justo al lado de un río donde, cuando era un niño, capturaba renacuajos.

Una anciana esmirriada, toda cubierta de negro, salió a la calle. Durante algunos segundos, se quedó con la mirada fija en la puerta de madera del número cuarenta y tres. Nunca había escuchado llorar así al perro. Y, entonces, vio la sangre que salía por debajo de la puerta.

A las nueve y cuarto, Andrés recibió una llamada de teléfono. Su Nokia se iluminó y, después, sonó un timbre como el de los teléfonos antiguos, los que se instalaban en los años ochenta.

Andrés ya había hecho sus necesidades en medio de una humareda, con el humo girando alrededor de su cabeza. Al limpiarse el culo, tiró la colilla sobre la porquería y apretó el botón de la cisterna. Un gorgoteo descomunal se lo llevó todo hasta el fondo de las tuberías.

—¿Sí?

—¿Andrés?

—Sí, sigo siendo el mismo —dijo con voz ronca.

—Soy el sargento Iñaki, para variar.

—He reconocido el gallo que tienes dentro de la garganta.

La línea se quedó en silencio. Fuera, la lluvia cesó y un perro ladró a lo lejos. Andrés se imaginó de nuevo la cara de Iñaki, arrugando su enorme frente.

Finalmente, la voz del sargento sonó de nuevo.

—Me han llamado de la Policía Local de Inglés, un pueblo no muy lejos de aquí...

—Lo conozco —le atajó Andrés—. Me crié en parte allí.

—¡Ah! No lo sabía. —La voz de Iñaki sonó grave y aguda a la vez. Cada día descubría más cosas del inspector Andrés.

—Inglés es un pueblo realmente pequeño, rodeado con grandes bosques frondosos. Creo que está a cuarenta y siete kilómetros de aquí. Yo vivía en una casa vieja, al lado de un río, no recuerdo su nombre. —Hizo una pausa, en la que fijó la mirada en el cristal de la ventana de su habitación, y añadió—: Era el Ter, el mismo río que pasa por aquí.

—¡Correcto!

—Dime, ¿qué ha pasado esta vez? ¿Le han metido el montón de folios en la raja del culo al muerto?

—¿Cómo sabes que ha sucedido otra vez?

—Solo me llamas cuando algo malo sucede.

—Te cuento. La policía local me ha contado que el perro de un tal Alfons se ha pasado casi toda la noche llorando y ladrando, según palabras textuales de su vecina, que finalmente salió a las siete de la mañana para llamar la atención al señor Alfons, pero vio sangre por debajo de la puerta y...

—Y después llamó a la Policía Local, que poco más tarde descubriría todo un santuario de miembros amputados y largas frases de letras encadenadas —le cortó Andrés mientras se ponía los calcetines.

Hubo otro largo y ominoso silencio en la línea.

—Sí. Me han contado que lo que han encontrado allí es algo espeluznante.

—Se trata del mismo hombre que buscamos. ¿Has descubierto la profesión de la víctima?

—Era el editor de una pequeña Editorial con sede en Barcelona.

—¿Y vivía en Inglés?

—Se había tomado unas vacaciones, según ha delatado su esposa.

—¡Ah! ¿Esta vez está casado?

—No, está separado. Pero hemos hablado con su ex.

—¡Ah!

—¿Quiere que pase el cabo Toni a buscarle?

—Ni falta tiene decirlo. ¿Cómo cree que llegaría a Inglés?, ¿caminando?

—¿No puede alquilarse un coche?

—No he conducido nunca.

—¿Es que no tienes permiso de conducir?

—Sí que lo tengo.

—¿Entonces?

—Prefiero que sean otros los que paseen mi culo.

Y de nuevo, otro ominoso silencio, que esta vez se hacía insoportable. Andrés ya se había puesto los dos calcetines con una sola mano. Tenía una uña encarnada y el dolor del pinchazo fue tan agudo que tuvo ganas de gritar, pero de su boca solo salió aire.

—Estamos desviándonos del tema —dijo finalmente la voz quebrada del sargento—. En quince minutos tienes ahí al cabo para recogerte. Todos mis chicos van para Inglés. A ver qué nos encontramos hoy.

—Gracias, yo ya me lo imagino.

Y colgó pulsando el botón rojo.

Todavía no se había puesto los pantalones cuando se llevó un nuevo cigarrillo a los labios y encendió la llama del mechero. Sobre la cama, alborotada como si hubieran jugado un par de críos, estaban las fotografías revueltas, atrapadas entre las sábanas. Las estuvo observando, hasta altas horas de la madrugada, bajo el reflejo de la luz de la pantalla del televisor. No quiso encender la de la habitación porque la tacañería afloró de nuevo en él.

Miró el televisor, que ahora estaba apagado, y observó el sillón de la esquina. Allí yacía inerte su gabardina, como el gran manto de un santo.

Al asomarse por la ventana, vio con asombro que no estaba lloviendo, aunque las calles todavía estaban todas mojadas.

Y recordó que Marta tenía que decirle algo que seguramente sería interesante y crucial para la investigación.

Y, mientras se ponía el pantalón y aspiraba la nicotina del cigarrillo, pensó en qué momento y cómo se pondría en contacto con ella.

45

Marta estaba sentada en el suelo, estirando los brazos y abriendo la boca en un bostezo largo y perezoso. Churchill estaba tenso, mirándola, con sus inquietos ojos verdes. La voz de la televisión se escuchaba como un susurro, el mismo que la sumió la noche anterior en un soporífero sueño. Miró la pantalla y no vio nada interesante. Corea del Norte había lanzado otro misil sobre el mar de Japón. El misil que se veía en la pantalla del televisor tenía una enorme fogata en un extremo y lo cubría una nube espesa de humo oscuro. Después, apareció el rostro de la presentadora, con el pelo lacio rubio y las manos puestas sobre la mesa. Llevaba puesta una chaqueta roja.

Desvió la mirada hacia el portátil, que estaba en modo de “suspensión”, y abrió la pantalla con la mano derecha.

La pantalla se iluminó con el sistema operativo mientras una pequeña parte de Marta esperaba encontrarse un nuevo mensaje en Facebook. Pero sus ojos se apagaron cuando no vio nada nuevo allí.

Cabizbaja, empezó a jugar con el teclado, abriendo una nueva vía de comunicación segura con los ordenadores de la Policía Judicial. Conocía la contraseña y las rutas de las carpetas que contenían las fotografías de las escenas de los crímenes.

Descubrió que había nuevas imágenes.

Se las descargó a su portátil y cerró la sesión rápidamente, ya que todas las conexiones en la red de ordenadores de la Policía Judicial eran auditadas.

Con sorpresa, vio que había sucedido un segundo crimen del que no habían hablado en la tele. Y pensó que, tal vez, todo estaría bajo secreto de sumario. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Estaba jugando con algo serio.

Pero, a pesar de no haber visto ningún nuevo mensaje del hombre de la gabardina oscura,

Marta tenía confianza en él, a pesar de que no lo conocía de nada. Y estaba preparada para colaborar.

Sabía que aquel hombre estaba detrás del asesino. Recordó claramente lo que le preguntó: “¿De dónde has sacado esa imagen?”

Y después: “¿Para quién trabajas?”

Buscó la forma de contactar con él, con su propio teléfono móvil que tenía él en su poder. Tenía que enviarle un mensaje antes de que la batería del teléfono se agotara.

Pero primero abrió la imagen que se había descargado. Toda la pared estaba llena de marcas de identificación, y un mensaje de sangrantes letras decía: “*Yo soy el segundo. Debes descifrar el mensaje para seguir mi pista y conocer el nombre de la siguiente víctima*”

Y, con confianza en sí misma, trató de descifrar el mensaje usando el método de César. Pero esta vez no le funcionó.

El asesino había cambiado el modo de cifrar el mensaje.

Marta tenía todo un reto por delante.

Sentía la necesidad de decírselo al hombre de la gabardina.

Y entonces el cristal de la ventana crujió. Se había levantado una racha de viento que lo había golpeado con fuerza.

A las diez y media de la mañana, el cabo Toni pisó el freno de su vehículo y estacionó, transversalmente, delante de la puerta de Alfons.

El sargento Iñaki estaba, por supuesto, esperándole en la calle. Había tenido problemas con las náuseas y había decidido que era mejor esperar bajo el frío del invierno que en el calor de la casa de la víctima.

—¡Inspector Andrés, le sugiero que se ponga una mascarilla! —vociferó el sargento, nada más apearse Andrés del vehículo, que tenía las luces azules encendidas y girando como una noria.

El cigarrillo de Andrés humeó en el frío aire del pueblo, que se encontraba rodeado de montañas y con poca temperatura. Las gotas de agua eran ya más parecidas a pequeños copos de nieve arrastrados por el fuerte viento, que soplaba en toda su intensidad.

Ese día, el sol estaba atrapado entre unas gigantescas nubes ennegrecidas, y la luz era mezquina a pleno día.

Andrés se abrochó hasta el cuello la gabardina, y los primeros copos de nieve se estrellaron contra su cara. Recordaba en esos momentos, con nostalgia, cómo había pasado sus primeros años de vida en ese pueblo. Eso le producía una sensación embriagadora que le hacía sentir cómodo. La avenida estaba tal y como la dejó.

—¿Ha sucedido lo mismo? —preguntó Andrés, con la nariz helada.

—Peor, mucho peor —contestó el sargento Iñaki.

—Pero ¿sigue el mismo modo?

—¿Lo de las letras extrañas?

—Eso, y lo del montón de folios atrapados con los dientes de la víctima.

—Sí, todo sigue el mismo patrón. Sin lugar a dudas, estamos ante el mismo hombre.

—Eso ya es un avance importante, ¿no?

El sargento se quedó mudo. Había trabajado con muchos inspectores de Policía Judicial. Eran estrictos, pero Andrés se las sabía todas. Era un hombre sin sonrisa que, de vez en cuando, se comportaba como un perturbado mental. Bueno, no era así exactamente, quizá la mejor palabra que lo definía era *vacilón*. Un vacilón de carácter raro.

Andrés rebuscó en el bolsillo de la gabardina y sacó la cajetilla de tabaco. Segundos después, siguió el acostumbrado ritual para encender el cigarrillo. El primero de muchos de ese día.

—Vas a morir de cáncer, ¿lo sabes?

—¿Y tú no?

Andrés entró en la casa, que tenía la puerta abierta de par en par. Había tres agentes de la Guardia Civil recabando datos y, una vez más, descubrió a dos de ellos vomitando sobre el felpudo de la entrada.

Andrés apartó ligeramente los pies y el vómito salpicó el suelo, delante de otros agentes con cara de asco. Un murmullo se elevó detrás de la cinta amarilla. Allí estaban varios vecinos, con las cabezas alzadas y moviendo los labios mientras sus ojos se abrían exageradamente.

Dentro de la casa, el calor era sofocante. Un chorro de aire caliente le lamió la cara.

—¿Quiere alguien apagar esa calefacción? —La voz de Andrés sonó grave y más alta de lo habitual.

Uno de los agentes movió la cabeza y se dirigió hacia una de las habitaciones.

El perro estaba encerrado en otra de las estancias y se le escuchaba llorar y ladrar penosamente. El animal sabía que algo malo le había sucedido a su amo.

Lo primero que vio fue la enorme cabeza de Alfons. Tampoco, esta vez, tenía ojos ni orejas; y se notaba que el perro se había pasado toda la noche lamiendo el pelo de la cabeza de su

amo: probablemente, con la intención de reanimarlo.

Lo tenía lleno de baba y estaba pegajoso.

En la pared del salón principal, habiendo quitado dos cuadros con antelación, el asesino había dejado escrito otro mensaje. La mitad, en claro; la otra mitad, cifrada. Decía: “*Ya es la tercera víctima y ya conoces cómo trabajo y la profesión que tengo. Si quieres saber el nombre de la siguiente víctima, descifra el mensaje*”. Las siguientes letras, escritas igualmente con la sangre de la víctima, formaban largas líneas de palabras sin sentido.

Y por supuesto, en la boca, atrapado entre sus dientes, había otro montón de folios: un manuscrito cifrado con la misma nota de siempre. “*Descíframe*”.

Observó que estaba escrita a mano.

¿Lo estaban también las anteriores notas?

Andrés había pasado por alto ese pequeño detalle.

—¿Podéis hacer un estudio grafológico de esta nota? —Los dedos de Andrés rozaron el trozo de papel blanco escrito con bolígrafo azul.

—Por supuesto, señor... —El agente estaba esperando una respuesta.

—Inspector Andrés, de la Policía Judicial de la OCU de Madrid —contestó mientras soltaba humo por la boca.

El agente de la Guardia Civil, con semblante serio, hizo una seña afirmativa con la cabeza y estuvo a punto de darle el saludo militar. Pero no lo hizo.

Andrés siguió fisgoneando el escenario del crimen.

Las manos de la víctima habían sido troceadas. Le faltaban los dedos. Estos permanecían clavados uno a uno debajo del mensaje de la pared, que chorreaba sangre trazando líneas retorcidas.

Los pies también fueron cortados a la altura del tobillo y todos los dedos estaban sobre la mesa de madera, encima de un tapete ensangrentado.

El tronco de la víctima estaba sobre el sofá, con las tripas esparcidas rociando el suelo. Mezcladas con ellas, estaban las heces.

Como dos grandes jamones, estaban los muslos colgados en la lámpara, que —a causa del peso— había provocado una grieta en el techo; seguramente provocada por el peso. Un trozo de hígado y parte del estómago habían caído junto al manuscrito.

Todas las vísceras estaban calientes debido a la calefacción y, probablemente, a las pocas horas que habrían pasado desde que se produjera tal carnicería.

El pene estaba sobre un plato manchado de sangre, y los testículos dentro de un vaso.

Sin dudar un solo instante, Andrés supo que el asesino estaba escribiendo su propia

novela. Pero no le dijo nada al sargento; ni dentro ni fuera del salón.

Y, en ese instante, un sonido como el piar de un pájaro se escuchó dentro de uno de los bolsillos de su gabardina.

Era el teléfono móvil de Marta.

Había recibido un mensaje de WhatsApp.

47

Era Marta.

Había conseguido enviar un mensaje de WhatsApp a su propio teléfono. Eso era posible gracias a un emulador del sistema operativo Android llamado BlueStacks. Una aplicación que funcionaba bajo el sistema operativo Windows de su portátil, y que le permitía hacer todas las cosas que se podían hacer en un teléfono móvil sin importar a qué número de teléfono estuviera asociado.

Marta había configurado el programa con el número de teléfono de su amigo Xavier y podía enviar, desde ese momento, todos los mensajes que quisiera desde el emulador. También era posible usar un número de teléfono como el que estaba empleando Andrés, sin sistema operativo Android. El programa hacía el resto.

Marta le había puesto: *“Sé lo que busca y creo que lo tengo. En ese mensaje se emplea un cifrado de sustitución, desplazando tres letras a la derecha. Se conoce como encriptado de César y fue empleado en la antigua Roma. Lo he descifrado”*.

Andrés lo leyó por la noche, después de comerse un buen plato de puré de verduras y un yogurt.

El inspector arrugó la frente sudorosa mientras contemplaba todas aquellas letras y creyó oportuno no seguir hablando por esta vía, al menos de momento. Si el asesino conocía el arte de la criptografía, era probable que conociese el arte del hacking. Pero ¿qué relación tenían Marta y el asesino?

Ninguna.

Andrés sintió unas fuertes punzadas en las sienes y se llevó las manos a la cabeza.

En el cristal de su ventana se estaban agolpando ahora los primeros copos de nieve, formando extraños dibujos mientras resbalaban hacia abajo.

El sonido del televisor decoraba el ambiente de la habitación y decidió bajar el volumen para poder concentrarse mejor. El inspector tenía varias pistas en las cuales basarse. Pero eran solo eso, pistas.

Tres trozos de cuerda, gotas de sangre de un grupo sanguíneo diferente a la de las víctimas, y el hecho de que esas cuerdas estuvieran relacionadas normalmente con el empaquetado de manuscritos a la antigua usanza. Esos manuscritos, aunque estuvieran cifrados, le habían llevado a pensar que se trataba de un aspirante a escritor. Un escritor consagrado no tendría motivos para matar a sus editores y, además, de varias Editoriales diferentes.

Eso era todo y nada.

Solo sabía su profesión o aspiración.

Ni un solo detalle más.

Se tumbó en la cama con el cigarrillo humeando hacia el techo, viendo cómo aquella hilera de niebla espesa se difuminaba en la nada antes de perderse en el vacío.

Se frotó suavemente las sienes y el dolor empezó a mitigar lentamente.

Pasados unos minutos, quizá algo más de un cuarto de hora, se acomodó sobre el colchón apoyado sobre un codo, de costado, para examinar una vez más todas aquellas fotografías que tenía expandidas encima del edredón blanco y desgastado.

Y descubrió una cosa que se le había pasado por alto:

No estaba el lazo rojo en la cabeza de la víctima, que la liaba como un regalo.

No esbozó ninguna sonrisa. En lugar de eso, aspiró profundamente del cigarrillo, como si no hubiese un mañana.

Pensó que, quizás, el lazo rojo lo habría quitado su propio perro a lametazos, mientras trataba de reanimar a su amo.

Lo olvidó. Ahora no tenía la menor importancia. Era solo un detalle más, pero carente de sentido. Simplemente, el asesino se regocijaba de su trabajo.

Tenía que contestar a Marta pero no lo haría a través del WhatsApp. Tenía sus riesgos. Infundados, pero los tenía. Ya había dos mensajes, a través de Facebook, que todo el mundo podía leer.

¿Llamaba al teléfono que tenía marcado en el WhatsApp?

Miró la agenda de contactos: pertenecía a un tal Xavier.

Pero no, tampoco haría eso.

Finalmente, y cuando se encendió y llevó a la boca otro cigarro, decidió que lo haría a través de un mensaje de WhatsApp. Se arriesgaría a hacerlo.

Sus callosas yemas teclearon sobre las pequeñas letras y escribió:

“Mañana a las diez, donde nos vimos la otra vez”.

Su dedo se posó sobre el icono de la flecha y el mensaje fue enviado al ciberespacio, tras

un ruido similar al de una enorme gota de agua al caer en un charco.

Miró a la ventana y vio un montículo de nieve atrapada tras el cristal.

48

Los dedos del asesino aporreaban las teclas de la máquina de escribir con tal intensidad que el vecino se quejó dando unos sonoros golpes en la pared. Siguió escribiendo y, al otro lado de la pared, se escuchó un insulto.

Sus manos, manchadas de sangre reseca, oprimieron sus oídos durante un instante. El sudor de su frente corrió hasta las cejas y de ahí saltó a los ojos. Los cerró repentinamente, pues le escocían y, cuando los abrió, estaban inyectados en sangre.

Era pasada la medianoche cuando reanudó su escritura. Tenía mucho que plasmar sobre el papel en blanco que tenía delante. Y las letras se sucedían una tras otra, sin espacios en blanco y sin sentido aparente.

Y escribió hasta las tres de la madrugada. Hasta que el sueño, finalmente, lo venció.

¿Qué estaría escribiendo?

49

Había nevado durante toda la noche y Andrés se la había pasado observando las caprichosas formas de la nieve tras el cristal de la ventana. Vestido, aunque sin la gabardina y los zapatos.

En la mesita de noche había un cenicero; dentro —aplastados como chicles deformados—, más de dos docenas de colillas que habían dejado de humear hacia una eternidad.

La televisión había permanecido toda la noche encendida, resplandeciendo sobre las paredes y el techo, pero sin lograr hipnotizar a Andrés, que sentía cómo un manojito de nervios se estaba enroscando en su estómago.

Había puesto los pies sobre las fotografías, que miraban hacia el techo y a un lado de la cama estaban los dos teléfonos móviles encendidos. El de Marta indicaba que le quedaba poca batería.

No había recibido ningún otro mensaje, pero él sabía que la chica acudiría a la cita.

Finalmente, la luz empezó a inundar las calles de Gerona, dejando claro que el sol se había colado por un resquicio entre las nubes, que seguían escupiendo nieve.

Los coches que estaban aparcados en la calle parecían setos y estaban recubiertos por una buena capa de nieve, totalmente lisa y adaptada a la silueta de cada vehículo.

El día, por el momento, día empezó sin sobresaltos.

50

Marta estaba esperando delante de la puerta del Lapsus Café, inquieta y nerviosa, con las manos hundidas en los bolsillos.

Los coches ronroneaban bajo la copiosa nevada y los limpiaparabrisas, agitados como las hélices de un helicóptero, producían un ruido extraño mientras trataban de apartar toda la nieve que les caía encima.

Marta los estuvo observando en su ir y venir constante.

La gente caminaba enfundada en botas de agua y un paraguas sujeto en la mano. Por suerte, no había viento ahora, pero la parte superior de los paraguas tenía que aguantar un kilo de nieve.

Y entonces lo vio venir.

Andrés tenía las manos metidas en los bolsillos de su gabardina, abrochada hasta la nuez. En sus labios pendía un cigarrillo humeante. El humo parecía congelarse, por un momento, antes de extinguirse.

Andrés se acercó a ella sin quitarle la mirada de encima. Le resultaba tan frágil y tan fuerte a la vez que tuvo un momento de debilidad.

—Hola, Marta. —Su voz grave la imponía.

—Hola...

—Soy el inspector Andrés, de la Policía Judicial. Creo que tienes algo para mí y que podemos hacer cosas juntos.

Marta arrugó su helada frente.

«Hacer cosas juntos». Esa frase le devolvió al pasado, a aquellas noches cuando su padre le susurraba aquellas palabras antes de violarla.

Sintió miedo y su rostro lo reflejó.

Andrés lo advirtió.

—Marta, solo conozco tu nombre, y que sabes bastante de lo que yo no sé; y que te necesito. No sé qué clase de cosa te ha podido suceder en el pasado, pero yo no soy lo que piensas. Solo quiero que colabores conmigo para resolver unos crímenes.

—Eres inteligente, ¿no?

—Eso me lo dicen a menudo, pero yo no me lo creo.

Una sonrisa leve se dibujó ahora en el rostro de Marta, dejando el miedo tan aparcado como un coche viejo sin ruedas.

Ella también era inteligente.

51

El asesino describió con todo lujo de detalles su tercer asesinato. Y, aunque todos sus crímenes seguían un patrón, no eran necesariamente iguales. Algunas veces, ataba los miembros amputados con el hilo que usaba para enviar sus manuscritos; y, otras, ponía un lazo rojo en la cabeza. Pero no siempre seguía ese patrón. De pronto, como si fuese un genio, decidió que al próximo le metería el manuscrito atado con la cuerda en la boca; y que, a partir de ahí, lo haría siempre igual.

Sin saberlo, estaba escribiendo su final.

52

Andrés pidió un café sin azúcar, amargo y fuerte. Marta, un vaso de leche tibia. No pidieron nada más.

Al fondo, en una pequeña mesa redonda de color metal, estaban los dos, intercambiando impresiones. La camarera, de una gran melena rubia, se había pasado por la mesa para preguntar si deseaban tomar algo más.

Una mirada de Andrés sirvió para que la camarera, de curvas insinuantes, no volviese a acercarse más.

Afuera, los coches rezongaban bajo la nieve y, dentro, una música suave embriagaba a los clientes, que sorbían con ruido sus tazas de café.

—No sé ni por dónde empezar —dijo Marta en un momento dado.

—Explícame cómo conseguiste la fotografía, por ejemplo —dijo Andrés, mirándola con sus profundos ojos azules.

—Bueno... Tengo habilidades. —Marta hizo una pausa mientras le temblaban las manos y añadió—. Y unos gustos un poco raros...

—¿Qué habilidades son esas?

—Conozco muy bien el mundo de la criptografía y la seguridad informática.

—¿Y los gustos un poco raros?

—Me gusta el cine gore. Me gusta resolver crímenes, y por eso robé la imagen de los ordenadores de la Policía Judicial. Fue casi una casualidad, porque no ha salido nada de esto en los medios de comunicación. Pero a menudo visito sus ordenadores para ver cómo progresan en su trabajo. Me gustaría ser criminóloga.

Marta se había lanzado a la piscina con su perorata. Se había soltado la melena. La luz en el bar era tenue.

—Pues yo creo que eres buena para eso.

—¿De veras cree usted eso? —Los ojos de Marta brillaron de repente.

—Sé que tienes algo que contarme.

—Sí.

—¿Has descubierto el modo de descifrar los mensajes?

—¿Cómo lo sabe, señor inspector?

Andrés encendió su cigarrillo, que estaba atrapado entre sus labios secos.

La camarera de la melena rubia se acercó a la mesa.

—No se puede fumar aquí dentro, señor —dijo con una voz rasposa.

—Lo sé. Dejaré de fumar cuando me termine este cigarrillo y unos cuantos más. —La mirada de Andrés se dirigió hacia su rostro y, sin sonreír, añadió—: ¿Alguna sugerencia?

La camarera se dio media vuelta, ondeando su cabello largo, y emprendió una huida precipitada. Estaba furiosa.

Marta se encogió de hombros.

—Es usted muy severo, ¿no? —preguntó Marta, con una sonrisa en sus labios sin maquillar.

—No siempre soy así. —mintió.

Marta apuró su vaso de leche, y un bigote blanco se dibujó sobre su labio superior. Se lo lamó.

—He conseguido descifrar el mensaje y sé lo que pone, aunque ahora creo que no le

servirá de mucho.

—¿Por qué?

—Porque dice quién va a ser el siguiente. Y ya ha habido tres casos.

—Estás mejor informada que esos estúpidos —dijo Andrés, en medio del humo que le tapaba la visión.

Marta supo de quién hablaba.

—Se trata de un escritor —dijo Marta, serena, y borrando toda sonrisa de su rostro.

—Lo sé —admitió Andrés—. Sigue. Me parece interesante.

—El mensaje estaba cifrado con el sistema conocido como César, que emplea una sustitución de palabras. Normalmente, son tres palabras a la derecha. Y el mensaje decía lo siguiente —hizo una pausa para respirar profundamente—: *“Este ha sido el primer libro rechazado cruelmente, el próximo en morir será Miquel Roca, el editor estúpido de la Editorial Martín Esqueu Edicions. Si has llegado hasta aquí, ya conoces las reglas del juego. Hay siete libros”*.

—De modo que habrá siete asesinatos en total. Es un escritor frustrado y hundido. Le rechazan todos los manuscritos. Lo dice en el mensaje.

Marta lo miró.

Andrés apagó el cigarrillo dentro de su taza de café y el humo se extinguió casi al instante.

—Dime, ¿has resuelto el segundo mensaje? —preguntó Andrés.

Marta negó con la cabeza.

—Por desgracia, el asesino ha empleado otro método de sustitución de palabras. Existen varios formatos. Debo probarlos todos para sacar el texto en claro —concluyó la chica.

—Pero ya ha habido un tercer crimen —Hizo una pausa y añadió—: Ese mensaje te dirá el nombre del editor muerto ayer.

—Sí, lo sé. Pero tengo que descubrir qué patrones sigue con sus conocimientos de criptografía.

Andrés puso sobre la mesa la cajetilla de tabaco.

—Y eso te servirá para descifrar el último mensaje. ¿Es así?

Marta asintió con la cabeza. Estaba anonadada con él.

—No hay tiempo que perder —dijo Andrés, encendiendo un nuevo cigarrillo ante la atenta mirada de la camarera rubia, que tenía los brazos puestos a modo de jarra.

Y, fuera, seguía nevando copiosamente.

No seguía un orden. El asesino los seleccionaba al azar, pero todos ellos tenían algo en común: el rechazo de sus manuscritos. Hasta el momento, había escrito y enviado seis; y ahora estaba escribiendo su séptima obra de arte.

Sin dudarle, siguió aporreando la máquina de escribir, con un dolor tremendo en las yemas de los dedos. Pero eso no le importaba ahora. Debía estar concentrado para escribir su última novela en modo cifrado.

Un error en una de las letras, y el texto nunca se descifraría.

—Aquí tiene su teléfono móvil —dijo el inspector Andrés, deslizando su mano sobre la mesa.

Marta lo cogió de inmediato y empezó a teclear sobre la pantalla táctil. De pronto, se escucharon una serie de sonidos que a Andrés le parecieron algo ridículos.

—He borrado los dos mensajes de mi muro —dijo ella con un brillo inusual en sus ojos.

—Necesito que me ayudes. Que trabajes para mí.

—¡Bien!

—Te suministraré yo mismo todo lo que necesites. —Andrés hizo una breve pausa y añadió—: Serán los textos cifrados. Necesito descifrarlos antes que el asesino dé el siguiente paso.

Marta dejó su teléfono móvil sobre la mesa, con la pantalla iluminando la nada. Después de unos segundos, desapareció todo rastro de brillo.

—Voy a tratar de ayudarte en todo lo que pueda. —Marta se quedó pensativa, desviando la atención y su mirada hacia las lámparas de aquel cálido café bar—. Ahora estoy probando distintas combinaciones para tratar de esclarecer el segundo mensaje.

—Pero ya sabemos qué decía más o menos —declaró Andrés, tocando la cajetilla de cigarrillos.

—Ya te dije que necesito conocer todos sus pasos, qué capacidad o conocimiento tiene de criptografía. Es muy importante para intuir cuál será el siguiente proceso que elegirá.

—Como los de la Brigada de Delitos Informáticos, la GDT, la Policía Judicial o la Policía

Científica. Justo lo mismo. —El semblante serio seguía marcado en el rostro de Andrés, que había encendido un nuevo cigarrillo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Andrés la miró fijamente a los ojos. Eran marrones, pero había un brillo inusual en ellos y, bajo aquella mezquina luz, parecían volverse algo verdosos.

—Pues hay personas como tú que, incluso vistiendo como vistes, son capaces de hacer lo que los especialistas no saben.

—Hay de todo en la viña del Señor —dijo Marta—. Yo he tenido suerte con los números y las letras. Esto es lo que hay.

Sus manos se posaron sobre la mesa, caliente al tacto.

—Hay que joderse —susurró Andrés—. Estoy llevando una investigación paralela.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que no le he contado algunas cosas al sargento de la Guardia Civil ni a mis superiores.

—¿Trabajas así siempre?

Andrés hizo un ademán de asentimiento.

Marta sonrió.

Y Andrés descubrió en esa sonrisa a un ser débil y necesitado de cariño. Podía confiar en ella.

Por la tarde, Andrés estaba recostado en la silla del despacho del sargento Iñaki.

—¿Ha descubierto algo?

—¿Y ustedes?

—Los de investigación se están volviendo locos con el... —Se detuvo un momento y continuó— galimatías o como se llame.

—No me extraña.

—¿Qué se supone que deben hacer? ¿Me esconde usted algo?

Los ojos inexpresivos de Iñaki lo miraron con despiadada crudeza. Andrés no movió un solo músculo de su cara.

—En el mensaje escribe quién será la siguiente víctima.

—¿Cómo sabe eso, señor inspector?

—Porque siempre hay un texto escrito con la sangre de los muertos y, además, los enumera. —El dedo índice de Andrés se movió en el aire, dibujando un círculo inexistente—. Yo soy el primero, soy el segundo...

—¡Está bien! Tiene razón —rezongó el sargento Iñaki.

Se levantó de su silla y empezó a rodear la mesa. Se había llevado una mano al bigote y lo acariciaba suavemente.

Andrés lo siguió con la vista.

—¿Está pensando en algo?

—Sí.

—¿En qué?

—En los detalles de cada crimen. Todas las cosas puestas casi igual. El lazo rojo que, por cierto, no vi en esta última ocasión...

—Pregúnteselo al perro —le cortó Andrés.

El sargento le lanzó una mirada furiosa.

—Es usted un poco raro, ¿no?

—Eso se dice de mí.

—¡Joder!

—Los detalles del crimen, si una mano está cortada en dos o tres pedazos o si tiene un palo de la escoba metido en el culo, no son nada importantes —explicó Andrés.

—Ah, ¿no?

—Lo importante son los mensajes. Adelantarnos al asesino.

—¿Y cómo es que sabe tanto?

—Por algo me llaman Inspector de Policía Judicial Andrés de la OCU.

El sargento, ahora cabreado, volvió a ocupar su silla produciendo un ruido tremendo al moverse esta sobre el suelo rugoso de su despacho.

—¿Siempre es usted tan impertinente?

—¿Nieva mucho por aquí siempre?

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Nada. Solo que me gusta caminar sobre la nieve. Volveré al hotel andando. No llame al cabo Toni.

Y se marchó de allí.

No había sido un bonito encuentro.

56

El mensaje decía: “*Este ha sido el segundo libro rechazado, y el próximo en morir será Alfons Font, de la Editorial House Editors. Ya sabes que son siete*”.

Marta se dejó caer de espaldas sobre la alfombra y Churchill dio un salto tremendo, como si hubiera sido empujado por un resorte oculto. El gato aterrizó un metro más allá, con las zarpas abiertas y el pelo erizado.

Marta estaba riéndose, y en sus ojos había un brillo espantoso. Había descubierto el nuevo método de cifrado que había empleado el asesino.

Aunque era tarde, quería saber hasta dónde podía llegar en el arte de la criptografía y, así, en el futuro, poder adelantarse al asesino.

Había seguido el mismo método por sustitución; pero en este caso la primera letra había sido sustituida por la última del abecedario. Así, la A había pasado a ser la Z; y la B, la Y. Si en el anterior mensaje la letra clave era la C, aquí la cosa cambiaba. Pero seguía siendo un cifrado monoalfabético conocido como *Atbash*, o cifrado invertido.

No servía para nada, pero era un gran paso dado. Marta se temía ahora sistemas más complejos. Lo veía venir. Pero confiaba en que siempre utilizara la sustitución de letras, ya que en la criptografía había docenas de sistemas posibles de codificación.

Estuvo jadeando y riéndose un largo rato, con la espalda arqueada sobre la alfombra y las piernas cruzadas. Churchill se había alejado de ella pensando que se había vuelto loca. El ronroneo de fondo del televisor apaciguaba las risas.

Quince minutos después y, tras intentar con el mismo método el tercer mensaje y ver de nuevo una confusión de letras cada vez más enmarañada, hizo una llamada a Andrés.

57

—Cuelga ahora mismo, mi teléfono podría estar intervenido. Donde siempre. —Y colgó.

El humo desfilaba por delante de sus ojos, como macabros ancestros, y se difuminaba en el aire sin dejar rastro. Había regresado caminando, o mejor dicho, patinando sobre la nieve; pero se

lo había pasado como un crío de cinco años. En la noche cerrada, los copos de nieve se le acumulaban en el cogote y en los hombros de la gabardina.

Había estado pensando en el número siete. «¿Había dicho que eran siete libros?»

Sin lugar a dudas.

Aspiró de su cigarrillo y los ojos se le hundieron en sus cuencas. Los mofletes se contrajeron.

Hasta el momento, habían sido tres crímenes, y daba igual dónde estuviera la cabeza de la víctima y sus manos o el puñetero lazo rojo. Lo que importaba eran los mensajes. Y ahora también importaba el número siete.

Siete víctimas.

«Era escritor y había enviado siete manuscritos», pensó; o, mejor todavía: estaba escribiendo su última obra. La que era precisamente su culminación.

Eso tampoco se lo contaría al sargento Iñaki. Ellos, que hicieran su trabajo; y, si por alguna razón extraña, coincidían, entonces sería el momento.

¿El momento de qué?

El momento de actuar a su modo, aunque ya lo estaba haciendo.

Era su estilo. Fuera de las normas, sí, pero un estilo que nunca fallaba.

¿Por qué debía fallar ahora?

Dejó sobre la cama su teléfono móvil y regresó a la ventana, para contemplar, bajo la luz mezuquina de las farolas, cómo caía la nieve esa noche.

Ahora solo le tocaba esperar.

Andrea Costa, madre de tres hijos de cinco, siete y diez años. Todos varones. Divorciada. Editora de *Lletres Agudes*, con sede en Gerona, pero con residencia en Figueras.

El asesino agarró por el mango la sierra y el hacha. El cuarto manuscrito, su cuarta novela, había sido rechazado por esta Editorial el mes pasado. Como las demás. La responsable era ella, Andrea.

Estaba estampada su firma en la carta, sin más.

“*No nos interesa*”, decía.

Se ensañaría más con ella. Y pensó que quizás fuese posible que tuviera un perro, como la

víctima anterior. Al menos, ese perro se había dejado acariciar y había estado encerrado mientras serraba las manos a su dueño.

El pobre animal lo debió pasar bastante mal.

¿Había peores cosas que te cortasen la cabeza?

¿O que te saquen las tripas y toda su mierda?

Salió de casa dando un portazo. Los goznes chirriaron y la puerta quedó desencajada.

Bajó las escaleras, peldaño a peldaño. Con la mochila a sus espaldas, y sin más ropa que un chándal, recibió un bofetón cuando el frío le golpeó la cara.

No se quejó.

Caminó deslizándose, como si lo hiciera sobre ruedas, hacia su coche. Y abrió la portezuela. Un minuto después, el motor rezongó y carraspeó en medio de la noche, escupiendo un humo azul por el tubo de escape.

Cuando metió primera y aceleró, el tubo de escape pareció disparar una bala, pero ningún pájaro alzó el vuelo.

¿Por qué casi todo el mundo estaba divorciado? Pensaba en esto mientras conducía por la amplia carretera hacia Figueras.

Esta vez no había ningún perro en casa.

—¿Por qué tengo que ser yo siempre el que da las malas noticias? —dijo la temblorosa voz del sargento Iñaki.

—¿No han descifrado el mensaje?

—Menos pitorreo.

El sargento escuchó, acto seguido, el ruido ínfimo de la piedra del mechero al encender una llama, y sintió cómo, segundos después, aspiraba del cigarrillo con un leve silbido.

Finalmente, Andrés movió los labios para hablar.

—¿Qué hay de nuevo? —sabía la respuesta.

—¡Ha vuelto a suceder!

Hubo un momento de silencio. Para disimular, Andrés habló de nuevo.

—¿Dónde ha sido esta vez?

—Le envió al cabo Toni para que lo recoja y vengan aquí. Ha sido en Figueras.

Andrés miró por la ventana la nieve, tan blanca como una sábana recién lavada, que se había agolpado afuera. Todo era brillante y espectacular. Se imaginó cómo sería una gota de sangre en la nieve.

El sargento ya había colgado el teléfono.

60

Esta vez no fue mucho mejor que las anteriores. El cuerpo estaba decapitado y tenía un manuscrito metido en la boca.

Estaba liado con una cuerda marrón, fina, como las que se usaban para atar paquetes de Correos.

Era el mismo tipo de cuerda que Andrés seguía guardando en uno de los bolsillos de la gabardina. Había pensado enviárselo a Matías, un buen amigo suyo del Departamento de Análisis de tejidos de la Policía Científica, para que buscara una posible huella en las cuerdas.

Pero él sabía que el asesino tenía el grupo sanguíneo Rh Positivo y que no había huellas.

Las piernas de la mujer, por separado, estaban sobre las esquinas del colchón ensangrentado. El asesino había quitado las mantas y las sábanas y estas estaban arrugadas en el suelo, en una esquina de la habitación.

El tronco de la mujer tenía un gran boquete abierto en la vagina. El útero y las trompas de Falopio habían sido extraídos y colocados entre las dos piernas.

La barriga estaba rajada de lado a lado y algunos órganos habían sido extraídos, como el hígado, la vejiga y alguno más. Estaban dentro de una cesta para la ropa, situada justo al lado del colchón.

Las manos habían sido amputadas, y en los muñones habían colocado un clavo de grandes dimensiones, haciendo las veces de garfio.

Sus pechos habían desaparecido. Más tarde, los encontraron en el cubo de la basura de la cocina.

La cabeza, sin ojos ni lengua ni orejas, estaba aguantando el equilibrio en la parte superior del colchón. El manuscrito cifrado hacía de apuntalamiento.

Esta vez, en la pared no había ningún órgano ni trozo clavado, ya que el mensaje escrito con sangre ocupaba toda la pared. El asesino había quitado un Cristo y lo había tirado al suelo.

El mensaje decía: “*Capullos, esta es la cuarta víctima, ¿y todavía estáis leyendo solo esto?*” Después, le seguían unas letras difíciles de entender y que, con solo mirarlas, mareaban.

Andrés pensó en Marta.

¿Sería esta vez capaz de descifrar eso?

Sacó su teléfono móvil y marcó el número de la chica.

—¡Inspector Andrés!

—A las seis. —Y colgó.

El sargento Iñaki estaba detrás de su espalda.

—Hola, Andrés. —Su voz, aunque grave, sonaba calmada—. Siento lo de ayer.

Andrés encendió el mechero y una llama minúscula bailó en medio de la nada.

—¿Sabe algo de los de grafología?

—Sí, tengo algo.

Andrés carraspeó. Pareció atragantarse con el humo de su propio cigarrillo.

—¿Y qué han averiguado?

El sargento se alejó del colchón y le dio la espalda y, aunque estaba acostumbrado ya a oler las tripas, todavía sentía náuseas.

Los de la Policía Judicial estaban realizando su trabajo. Había tres hombres y una mujer y todos ellos se habían enfundado en un traje blanco, parecido al de los fumigadores.

—Se trata de un tipo nervioso. Quizá sufra algún tipo de trastorno de ansiedad. Es muy inteligente, me han dicho. Pero se encuentra bajo de ánimos—. El sargento hizo un alto y añadió —: Parece estar decepcionado... y hay otra cosa.

Andrés lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué?

—Podría sufrir algún tipo de trastorno mental.

Andrés soltó todo el humo que tenía dentro y uno de los agentes empezó a toser.

—Quiero todas las fotografías. Sobre todo, la del texto escrito en la pared.

“Este ha sido el segundo libro rechazado, el próximo en morir será Alfons Font de la Editorial House Editors. Ya sabes que son siete”

Marta se había llevado el portátil y Andrés leyó el mensaje en silencio.

—Siempre me gustó esto de la criptografía —dijo antes de tomarse todo el café de un trago.

—Yo empecé a conocerlo por otras causas que no vienen al caso —reconoció Marta, con un rictus en sus labios. Estaba pensando en los mensajes cifrados que le enviaba a su hermano.

Ahora él había desaparecido de la faz de la tierra.

—El caso es que conoces este arte —dijo Andrés sin sonreír todavía.

—Dígame una cosa

—¿El qué?

—¿Nunca se ríe?

Andrés movió el labio superior mostrándole el colmillo, como un perro rabioso.

—No suelo hacerlo.

—¡Buaj! ¡Qué tío más raro! —vociferó Marta, moviendo las manos sobre la mesa del bar.

Andrés colocó la mano sobre la cajetilla de cigarros que estaba sobre la mesa.

Los ojos de Marta siguieron el trazado de su mano.

—Dime, ¿qué método de cifrado ha usado esta vez?

—Otro de sustitución de letras. Salvo que esta vez ha utilizado un cambio de la letra primera con la última, y así sucesivamente, en cadena. Explicarte todo este lío es largo y creo que no estás para chácharas.

—Estás en lo cierto.

—Es que ahora empiezo a conocerte.

—No creas. Soy un misterio.

Marta desvió la mirada hacia la pantalla del portátil. Tecleó y le mostró lo que había salido en pantalla.

—Todavía no he dado con el modo empleado para el tercer mensaje.

La luz de la pantalla del portátil iluminó el rostro de Andrés.

—Aquí dice error.

—Correcto. He utilizado el mismo formato empleado en el segundo mensaje y en el proceso da error. Es decir, el asesino ha cambiado la clave o el método de cifrado.

—Eso nos complica las cosas —anunció Andrés, con un cigarrillo entre sus dedos.

La música de fondo atrapaba la atención de ambos. Esta vez, estaba ligeramente más alta.

—Sí, pero no te preocupes. Creo que podré con esto —dijo optimista Marta, al tiempo que cerraba el portátil.

—El último mensaje descifrado, es decir, el segundo —Andrés enfatizó esta última palabra—, nos da el nombre del tercero en la lista. Pero esta mañana ha aparecido un cuarto asesinato perpetrado por el mismo autor. O mucho me equivoco, o estamos a un paso de atraparlo.

—Sí. Si resolviera el tercer mensaje tendría el nombre de la víctima de hoy. Haría falta descifrar el mensaje de hoy antes de que actúe de nuevo.

—¿Y podrás con todo este lío de letras?

—Eso intentaré.

—Al menos, vas por delante de mi gente —anunció Andrés, aspirando una profunda calada al cigarrillo.

Marta lo miró con ojos de consternación. Andrés se había convertido en la primera persona con la que ella podía estar cerca sin que le dieran sudores y náuseas. Pensó en contárselo a su psiquiatra en la próxima consulta. Había ganado confianza, algo impropio de ella.

—¿Puedo ver de nuevo esa fotografía?

—Sí, creo que ya la tienes en el ordenador —dijo Andrés, seguro de ello.

—Ya, pero necesito verla. Ya conoces mis gustos.

—Un poco rara sí eres, sí. —Andrés metió la mano en el bolsillo de su gabardina y encajó la foto en la palma de su mano. Después, se la enseñó por debajo de la mesa.

Marta agachó la cabeza y asintió.

—¿Qué?

—Creo que está utilizando sistemas más complejos por la cantidad de letras escritas ahora en la pared.

—Pensaba que querías ver las tripas y esas cosas.

—Yo ya paso de eso. Ahora me gusta jugar con los mensajes.

—¿Jugar? —Andrés escondió la fotografía.

—Descifrar —corrigió Marta, con un brillo inusual en sus ojos—. Colaborar, si lo prefieres.

—Y no pides nada a cambio.

Marta lo miró a los ojos y se dio cuenta de lo azules y profundos que eran.

—Créeme, estás ayudándome mucho.

Y ella sabía por qué lo decía.

Antes de acostarse, cuando estaba en calzoncillos y con los calcetines todavía puestos, el teléfono de Andrés sonó, vibrando sobre la cama.

Andrés estaba sentado en el borde y alargó su brazo hacia atrás, en un movimiento un poco incómodo. El timbre atronador se repitió tres veces antes de descolgar.

—Sargento, ¿qué tiene de nuevo?

—¿Cómo sabe que soy yo?

—A estas alturas conozco ya su número de teléfono.

Hubo una pausa y, de nuevo, Andrés se imaginó la cara de idiota que estaría poniendo en esos momentos el sargento, sujetando el teléfono en su menuda mano.

—¡Ah, claro!

—Hable ahora o calle para siempre —dijo Andrés con su voz grave y algo rasgada, posiblemente por alguna flema en sus cuerdas vocales.

Al otro lado de la línea se escuchó una risa.

—Se ha procedido a analizar la sangre de las cuatro víctimas y no hay ningún grupo de una quinta persona...

—Al menos dos coincidirán, el Rh positivo es muy común.

—Bueno, eso sí —rectificó el sargento, con voz todavía más grave que la de Andrés.

—¿Y qué hay de las huellas? —En los dedos de Andrés había un cigarrillo haciendo malabarismos.

—Son huellas de las víctimas y de los familiares. No se han encontrado huellas fuera de ese entorno.

El cigarrillo estaba ahora bailando en los labios secos y cortados.

—¿Y qué me dice de los mensajes?

Se hizo el silencio.

Finalmente, una voz rasgada rompió el momento tenso.

—De eso, nada de nada. ¿Sabe usted algo?

Andrés pensó en la angelical cara de Marta como si fuera su propia hija, y contestó:

—Nada. Sigo a la espera. Solo lo que ya sabe.

Después de esto, la línea se cortó y Andrés advirtió que había empezado a nevar de nuevo. Los copos de nieve volaban por delante del cristal y algunos de ellos parecían atraídos por imanes, estrellándose contra el cristal y adoptando caprichosas formas.

Aquel mes de enero era el más helado y nevado de los últimos veinte años.

Le dio una nueva calada al cigarrillo y su semblante serio se reflejó en el cristal de la ventana cuando se acercó a ver la nieve más de cerca.

63

Las teclas de la Olivetti rezumaban sangre. Las yemas de los dedos del asesino golpeaban con fuerza cada tecla y producían un *clac, clac*, de forma enloquecida. Y en la hoja en blanco que iba llenándose de manchas negras, solo había letras; juntas y carentes de sentido alguno.

El sudor le corría por la frente y tenía las ingles sudorosas dentro del chándal. La hemorroide, inflamada, chillaba allí abajo después de tantas horas sentado sin levantarse ni siquiera para ir a echar una meada.

Sus dedos comenzaron a sangrar.

El asesino se había quitado las huellas dactilares y las heridas aun no habían cicatrizado bien.

64

El sistema de cifrado se llamaba Rot-13 y trataba el texto del mismo modo que las anteriores veces. El asesino estaba empeñado en el método de sustitución de letras. Pero, en esta ocasión, era una forma muy similar al método César. Eran catorce las letras que se desplazaban hacia la derecha.

Le llevó dos días encontrar la solución pero, finalmente, ya tenía el texto al descubierto. Mientras tanto, los de la Brigada de la Policía Científica habían descubierto el modo de descifrar el primer mensaje.

Andrés le había llamado por teléfono y le había dicho simplemente: “El primero”. Y había colgado. Marta estaba con el tercero, pero veía muy lejos el cuarto por la extensión del texto cifrado: Toda una pared llena.

El mensaje decía así: *“Tontos del culo, ya es la tercera víctima que cruelmente me dio calabazas. Ahora está mejor. La próxima será Andrea Costa, de Lletres Agudes...”*

El regocijo de Marta se reflejó en sus ojos. Pero, para dolor de otros, había llegado tarde.

Había ya un nombre de la quinta víctima.

65

La camarera de cabello largo rubio estaba más que cabreada y así lo hizo notar en el rictus de su cara cuando vio entrar a Andrés, sacudiéndose la nieve de la gabardina y con el cigarrillo entre los labios.

El lugar era seguro y Andrés acababa de pasar por el despacho del sargento Iñaki y contrastar algunas cosas con él.

La investigación estaba en punto muerto y el asesino no había actuado de nuevo. Eso sonaba bien, pero serían siete.

Andrés esperaba obtener ya el nombre de la quinta víctima —que la habría— pero Marta solo podía adelantarle el mensaje escrito en la pared de la tercera víctima, que descubría el nombre de la cuarta.

Todavía estaban muy lejos del asesino.

¿Y si actuaba de nuevo en pocas horas?

Pidieron lo de siempre, ocupando también la misma mesa. Y la camarera, con la mirada puesta en los ojos de Andrés, pasaba un trapo sobre la superficie de la mesa, como siempre. Andrés puso la cajetilla de cigarrillos sobre la mesa y Marta colocó su portátil abierto.

—¿Qué tienes de nuevo?

—El tercer mensaje descifrado —dijo Marta eufórica.

—Pero seguimos por detrás del asesino todavía. —Andrés suavizó el tono de su voz para no herir la sensibilidad de ella. Estaba un poco nervioso con el asunto.

Se sentía como una jaula de palomas en la que estas estaban a punto de escapar.

—Lo sé, pero ya estoy trabajando en el cuarto mensaje y creo que sé por dónde van los tiros.

Andrés cogió la cajetilla de cigarrillos. Le dio cuatro golpecitos en el borde de su mano y uno de los cigarrillos asomó como una lengua blanca.

—¡Mira! —Marta le dio la vuelta a la pantalla del portátil y Andrés leyó lo que había descifrado esa noche.

—Ahora nos llama tontos del culo —dijo Andrés, encendiendo el mechero—. Hay que joderse.

—Más tonto es el aspirante a escritor que solo usa métodos de sustitución de letras. Los

más sencillos en criptografía.

—No tientes a la suerte —dijo Andrés, envuelto en una nube espesa de humo.

—¿No te aburres de fumar tanto? —dijo Marta, desviándose del tema.

— ¿Aburrirme? ¿Estás hablando en serio?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí.

—Esto es placer —sentenció Andrés, con el cigarrillo entre los dedos.

La camarera se acercó con el café sin azúcar y el vaso de leche, pero con cara de malas pulgas.

Tintinearón por el golpe, como si fuesen piezas metálicas.

Andrés la miró profundamente, pero no dijo nada.

Cuando la camarera se perdió en la distancia, Marta reanudó la conversación.

—Cómo las gasta, ¿no?

—Hay peores, créeme —dijo Andrés mientras cogía del asa su taza de café sin azúcar.

Marta echó mano al vaso y, durante dos minutos, el silencio se interpuso entre ellos dos, como un gran muro de piedra.

Finalmente, ella lo rompió, acompañada solo por la música de fondo que apenas se escuchaba.

—¿No es peligroso quedar siempre en el mismo sitio?

—¿Siempre estás preguntando?

—No.

—Está bien. Me gusta este sitio. De pequeño solía ir mucho al cine y justo aquí —sus manos se movían como aspas de viento— estaba el cine Albéniz, como ya te dije una vez. Cada semana venía al cine dos veces y nunca me cansaba. Me gusta recordar cosas. Siento las fragancias, olores, las sensaciones de *déjà vu*.

—A mí también me gusta el cine.

Andrés ahogó la colilla dentro de su taza de café.

—¿No te gusta este sitio? —inquirió Andrés.

—¡Claro! —El grito de Marta se escuchó hasta la otra punta del bar. Bajó el volumen de su voz—. Lo que pasa es que, al ser usted Inspector de Policía y estar investigando una serie de crímenes brutales, he pensado que a lo mejor le estarán siguiendo. No sé explicarlo. Es que no sé

si es bueno acudir tantas veces al mismo sitio sin levantar sospechas.

—Nadie me está siguiendo. Veo al sargento Iñaki todos los días, me preocupo por el avance de las investigaciones, visito de nuevo los escenarios de los crímenes, hago mi análisis personal, saco conclusiones. Puedes estar segura, el asesino no me sigue.

—¿Cómo lo sabe?

—Intuición y lógica.

—No lo entiendo.

—Los asesinatos no están saliendo en ningún periódico ni en la tele. Es como si nada de esto existiera, salvo dentro de la Policía. No debería saber que estoy aquí, ni saber quién soy.

Marta lo miró atentamente a los ojos y descubrió al padre que hubiese deseado tener.

Eso sí, aunque fuera una buena persona aun con sus rarezas, era bastante tacaño cada vez que tenía que pagar la cuenta. Contaba todos los céntimos.

66

—Llevamos dos días sin tener movimiento alguno —dijo el sargento Iñaki, apoyado en la pared, justo al lado de la estufa. Fuera se había levantado un viento fuerte, húmedo, que te calaba hasta los huesos.

—No hables muy fuerte —dijo Andrés y, por primera vez, sin tener un cigarrillo en la boca ni entre sus dedos.

El sargento lo miró de reojo.

67

Con sede en Barcelona, la Editorial *Leer Planet* estaba detrás de la batuta de la esmirriada Blanca Pons, la cual estaba rozando ya la edad de jubilación.

La mujer era viuda pero tenía cinco hijos: tres varones y dos hembras, como se solía decir en Andalucía. Pero ella era catalana y todos sus hijos habían nacido entre Gerona y Barcelona.

Tenía vivienda en Barcelona, junto a su despacho desordenado y lleno de manuscritos para tirar.

Los fines de semana se escapaba a su segunda residencia ubicada en Amer, algo más lejos que Anglés y la Sellera. Le gustaba la naturaleza y, además, allí había una fuente natural de agua

que envasaba la empresa Fontvella.

Todos los fines de semana, bajaba las escaleras por las que dos caños de agua salían a borbotones, como dos tuberías atrapadas en una intensa lluvia. Una era agua mineralizada y la otra tenía gas, popularmente conocida como agua de Vichy. Algunos lugareños hablaban de las bondades de esta agua.

Encorvada, y con los huesos clavados en la ropa como alfileres, arrimaba la botella vacía a la boca del caño de agua con gas. Siempre llenaba dos botellas de un litro.

Pero ese sábado del mes de enero más frío de los últimos veinte años, llenó la última, pues el asesino la esperaba.

68

Esta vez, el asesino había empleado una clave en la sustitución de letras cifradas. La clave era “*Manuscrito*” y ocupaba los primeros puestos de las letras del abecedario.

Procedió a cifrar el mensaje y después puso un chorro de letras. Algo que se les había pasado por alto a todos, incluida Marta, ya que la imagen de la fotografía era muy pequeña y apenas había vislumbrado esos huecos.

Esta era una de las razones por las que el mensaje cifrado era mucho más largo y complejo.

Bajo el sonido suave del televisor y los lametazos de la áspera lengua de Churchill mientras se lavaba continuamente sus patitas, y despierta hasta las seis de la mañana, Marta había logrado resolver el enigma.

Mientras fuera el viento chillaba en las esquinas, marcó el número de teléfono de Andrés.

69

El sonido del timbre del teléfono despertó de pronto a Andrés, pero le vino bien, pues estaba teniendo un mal sueño que olvidó nada más despertar.

El sonido recorrió todos los pasillos del hotel como una corriente de aire. Por suerte, Andrés lo descolgó al segundo timbrado.

—Uhmhhh.

—¡Lo tengo!

Andrés abrió los ojos como si en sus pestañas hubiese un par de muelles.

—¿Puedes venir al hotel?

—¿Puedes venir tú a mi casa?

—Mi teléfono tiene la función de mensajes de texto —dijo Andrés, recapacitando.

—¡Es verdad! Te envió el mensaje. Adiós.

La línea se cortó con un tono largo y agudo. Unos segundos después, sonó un *clinc clanc* que indicaba que había recibido un mensaje.

Por primera vez, sus dedos temblaron al tocar los botones del menú de su teléfono.

Entonces lo vio.

“Blanca Pons, la vieja desquiciada y encanijada, la editora de Leer Planet será la siguiente. No sé en qué momento”

Después, llamó al sargento Iñaki, que contestó con voz remolona.

—Lo tengo. Sé quién será la próxima víctima. ¡Hay que despertar a la caballería! Que venga Toni.

Y colgó.

70

La nieve había desaparecido, dejando tras de sí una capa de hielo, lo que era peor todavía. Las intensas heladas de ese mes de enero habían inquietado hasta a la propia naturaleza. Los pájaros casi se congelaban en pleno vuelo y ahora las carreteras de las montañas eran pistas de patinaje.

Andrés iba detrás, en el coche patrulla; fumando y callado, como siempre. No paraba de mirar los restos de la nieve y Toni conducía despacio, detrás del coche en el que viajaba el sargento Iñaki. Los seguían todo un tropel de vehículos como una fila de hormigas.

El cielo estaba encapotado y ya llevaban una semana sin ver la luz del sol. Los cúmulos de nubes allá arriba eran las únicas vistas del paisaje.

La carretera era peligrosa por las placas de hielo, pero también por la gran cantidad de curvas cerradas que tenía. Poco a poco, la temperatura iba en descenso a medida que tomaban altura y desde que pasaran por delante de la presa de Susqueda (que a Andrés le pareció una gigantesca pista de patinaje) el frío era más intenso y el viento comenzó a aullar.

Amer estaba dividida por la carretera que la cruzaba y se empinaba en la montaña. Las casas estaban disgregadas dentro de esta y al final de esta carretera, que dividía el pueblo en dos, se encontraba la fuente de agua más pura del mundo.

Un poco antes, en el camino de tierra, a la derecha, se encontraba la casa de Blanca Pons.

Los coches se detuvieron delante de la puerta de madera carcomida, no sin antes resbalar sobre la placa de hielo como si estuvieran patinando.

No había perros en aquel lugar, pero tampoco había vecinos cercanos. El más próximo estaba a cien o doscientos metros. Uno a uno, aparcaron todos los coches de la infantería en forma de batería.

Las portezuelas se abrieron como si estuvieran sincronizadas, y cuatro policías empuñaban el arma reglamentaria.

Los demás esperaron sentados en el coche.

Un instante después, cuando el intenso frío les dio un puñetazo en la cara, agacharon las manos, con nudillos blancos y la piel rojiza.

Uno de ellos movió la cabeza y su cara era todo un poema.

La puerta estaba abierta y en la escalinata había un reguero de sangre, inquietantemente blancuzca a causa de la helada.

—Está todo despejado —dijo uno de los agentes—. Creo que hemos llegado tarde.

Los zapatos del inspector Andrés fueron los siguientes en pisar las congeladas piedras del suelo. Estas no hicieron ruido alguno.

Con la gabardina abrochada hasta la nuez, sacó un cigarrillo en el menor tiempo posible, para evitar el helor repentino que sintió al salir del coche.

Parecía que hasta la llama del mechero se había congelado, ya que estaba totalmente estática. Encendió el cigarrillo y mandó un poco de humo caliente a sus pulmones.

Mientras se acercaba hacia los agentes, la gabardina se agarrotaba sobre el suelo helado.

—Ya ha pasado por aquí, ¿verdad?

Los agentes le confirmaron la tragedia.

—Hay sangre, señor —dijo uno de ellos, poniéndose los guantes negros. La pistola era un gran cubito de hielo.

—No bajen las armas. A veces hay sorpresas —explicó Andrés, muy serio.

Detrás de él ya venía, con su enorme panza tapando el cinturón, el sargento Iñaki, acompañado por los agentes de la Guardia Civil y la Policía Judicial.

No habían avisado a la Policía Local, pero había un coche de los Mossos d'Esquadra. Incluso había venido la Brigada de la Policía Científica, pues Andrés ya había advertido que el asesino actuaba con rapidez.

Su intuición no falló, una vez más.

Dentro de la casa, todavía permanecía la chimenea de leña encendida con sus llamas danzantes, crepitando y arrojando toda una combinación de colores —desde el naranja hasta el rojo— que se reflejaba sobre las paredes del caldeado comedor.

Todos se amontonaron en el comedor, como hormigas, y comenzó el trabajo.

El sargento Iñaki quiso quedarse en la puerta, pues todavía no se había acostumbrado a toda aquella carnicería. Se preguntaba cómo demonios podían aguantar tanto olor a sangre, vísceras y heces.

Andrés, ajeno a todo lo demás, se fijó en lo que había escrito en la pared. Una pared despojada de todos los cuadros y objetos que habían estado sobre la repisa de la chimenea.

El texto era igual a los anteriores o, al menos, en apariencia. Para todos los demás, el texto era idéntico, pero él sabía que no estaba cifrado de la misma forma. Sabía que el asesino había empleado otro método. No lo veía a simple vista, pero lo sabía a ciencia cierta.

De todos modos, venía actuando así desde el principio.

Sus primeras palabras siempre eran las más inquietantes. En esta ocasión decían: “*¡La quinta! Gilipollas, es la quinta vez que me paseo por delante de vuestras narices con una oreja en la boca. Algún día se me recordará*”. Después, otro galimatías.

A Andrés le preocupaba el tipo de locura mostrado en las primeras frases de cada asesinato. El que descuartizara los cuerpos de las víctimas no decía mucho de él, salvo que, probablemente, aquellos manuscritos cifrados fuesen novelas de terror barato.

La locura que había adquirido al ser rechazado una y otra vez en las Editoriales despertaba en Andrés cierta curiosidad y molestia al mismo tiempo. Determinó que el asesino, ciertamente, tenía un trastorno mental, pero que también era inquietantemente inteligente.

Eso le desconcertaba.

Hasta ahora, los casos que había llevado eran asesinatos por celos, maltrato o crímenes pasionales. Pero estos los había visto solo en el cine.

Mientras los hombres de blanco hacían fotografías al escenario del crimen y tomaban las huellas pertinentes, Andrés recorrió con la mirada toda aquella carnicería.

La cabeza casi cadavérica de la mujer estaba sobre la mesa: con los ojos intactos, pero sin orejas. Y, como venía sucediendo desde el principio, tenía la boca abierta, atrapando con los pocos dientes que le quedaban el manuscrito cifrado con el mismo mensaje de siempre. La pila de folios estaba atada con una cuerda fina como la que Andrés todavía guardaba en el bolsillo de la gabardina. Allí se había olvidado y allí se había quedado.

Tenía la certeza de que eso no servía ya para nada.

Ahora ya sabía para qué utilizaba la dichosa cuerda.

Lo único que le importaba ahora era el nombre de la siguiente víctima, que estaba oculto

detrás de esas letras sin sentido.

Recordó que eran siete libros.

Los de la Policía Judicial y la Científica lo sabían también, porque el asesino lo había dicho en el primer mensaje que también ellos tenían descifrado. En estos momentos, estarían realmente acojonados.

Había advertido que la cabeza tenía el lazo rojo.

El tronco de la mujer, con las tripas colgando como una ristra de chorizos, estaba sobre el sofá, desparramándose hacia el suelo como un montón de tentáculos muertos. Tenía los brazos amputados y cada uno de ellos estaba en una esquina diferente del comedor, siguiendo la línea de sangre se llegaba hasta ellos.

¿Por qué lo había hecho esta vez así?

Las piernas estaban separadas también: una en el fuego, que emitía olor a carne quemada; y la otra, debajo de la mesa.

Los pies, amputados a la altura del tobillo, estaban en una palangana al lado de la ventana: opaca a causa del hielo acumulado en el cristal.

Una mano estaba en el fregadero y la otra en el cubo de la basura. Debajo de la pared donde estaba escrito el mensaje, había un gran charco de sangre coagulada. Andrés se preguntó cómo podía tener tanta sangre una anciana de apenas cincuenta kilos.

El asesino había estado con los pies dentro del charco de sangre; y, con ella misma —todavía caliente— había escrito las letras de la pared.

Después de todo esto, el inspector Andrés salió a la puerta: donde corría el aire fresco y no el nauseabundo olor que se respiraba allí dentro.

Allí estaba el sargento Iñaki, con la mano puesta sobre su abultada barriga. Estaba pálido.

Andrés escupió el cigarro al suelo, en el pasillo que separaba la puerta del comedor. No le importaba que los de la Policía Científica tuviesen que analizar su colilla.

—Sargento Iñaki, veo que no le sientan nada bien estos desayunos, ¿no?

—No me venga con esas coñas —dijo el sargento volviéndose hacia él.

—Hay una cosa que no entiendo, aunque no tiene importancia.

—¿El qué?

—Esta vez, el asesino se ha entretenido en esconder las partes del cuerpo. Pero eso no significa nada. Lo verdaderamente importante es el mensaje. Pues en él está escrito el nombre de la sexta víctima.

El sargento Iñaki lo miró fijamente a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo supo el nombre de esta mujer?

—Es una habilidad mía —contestó Andrés mientras rebuscaba en su bolsillo.

—¿Me está ocultando algo?

—Sí, estos trozos de cuerda que ahora no sirven para nada.

Los ojos del sargento se abrieron como platos.

—¿Ha estado ocultando pruebas?

—No necesariamente.

—¿Sabe que puede estar penalizado? Es una obstrucción a la investigación.

—Que miren mejor en el suelo.

Andrés le dio los trozos de cuerda.

—Y ahora, ¿qué hago con ellas?

—Métaselas por el culo, así cagará más blando.

El rostro del sargento Iñaki se enrojeció de tal manera que parecía que estaba a punto de explotarle la cabeza. Sus ojos se inyectaron en sangre y apretaba los dientes, mostrándolos como un perro rabioso.

—¿Sabe que le voy a abrir un expediente?

—Estas cuerdas no significan nada. En cada nuevo crimen hay un montón de ellas y ninguno de ustedes ha sacado una puñetera huella, ni una muestra de ADN. Estas cuerdas ni siquiera han sido recogidas como pruebas por sus agentes. —Andrés lo miró con furia.

Hubo un silencio repentino entre ambos, por un largo y ominoso minuto.

—Es usted una caja de sorpresas —dijo finalmente el sargento Iñaki, más calmado.

Andrés encendió el cigarrillo.

Por nada del mundo le contaría nada más de lo que se traía entre manos. Lo de las cuerdas había sido una excepción, pues no habían servido de nada en todo el tiempo transcurrido. La cosa estaba clara: el asesino utilizaba ese tipo de cuerda y en alguna parte tenía que comprarlas.

—Ahora que ya sabe lo de las cuerdas, haga que sus hombres se entretengan en encontrar dónde narices se pueden comprar las de este tipo. Espero que suene la flauta. Aunque, ya le digo, lo importante está en el mensaje y solo quedan dos de la lista.

—Está bien. Desde hoy les meteré un petardo por el culo a los de Delitos Informáticos, que son los que pueden descifrar los mensajes cifrados —sentenció el sargento Iñaki, apoyándose en la jamba de la puerta.

—Eso suena mejor —dijo Andrés, envuelto en un humo pegajoso que parecía congelarse en el aire.

Pero él ya tenía la partida ganada de antemano.

Aunque habían llegado tarde.

71

El coche amarillo se había cruzado en el camino, a la altura de Bescanó, a una fila de coches con las luces azules encendidas que iban a la carrera. Él sabía por qué.

Aparcó arañando al coche gris del lado derecho, un *Ford Fiesta*, y apagó el motor.

El volante estaba manchado de sangre, así como la empuñadura de la palanca del cambio de marchas. Había sangre en el asiento del copiloto, pues allí dejaba siempre el hacha y la sierra con sus filos manchados.

Los clavos de los primeros asesinatos los había introducido haciendo presión con los dedos y las palmas de las manos, como quien clava una chincheta. Se había hecho heridas, que todavía no habían cicatrizado y estaban infectadas.

La sangre de sus víctimas y la suya se mezclaban, secándose al mismo tiempo. No se lavaba nunca las manos, y en la barandilla de las escaleras había rastros de sangre.

No tomaba muchas medidas, excepto haberse limado las huellas dactilares y habérselas arrancado con un bisturí.

Sacó el hacha y la sierra y las llevó en la mano durante el trayecto a su casa, a plena luz del día, patinando sobre algunas placas de hielo.

Nadie lo vio.

Ni siquiera por las ventanas.

72

—Hemos llegado tarde. Hoy a las seis. —La voz de Andrés estaba rasgada mientras sostenía su cigarrillo en los labios.

Estaba sentado en el borde de la cama de la habitación del hotel, con la gabardina todavía puesta, y sintió una especie de calor y humedad en la espalda.

Estaba sudando.

Pulsó el botón rojo del teléfono y la comunicación se dio por finalizada.

Marta no había podido articular palabra alguna y Andrés se la imaginó con cara de sorpresa y la boca abierta en una perfecta O.

La cosa se les estaba escapando de las manos, aunque habían avanzado bastante. Andrés le llevaba la delantera a toda la Policía Judicial y, aun así, el asesino iba a un paso por delante.

Sin embargo, algo le dijo que quizá se habían cruzado con el asesino durante el trayecto. En la carretera. Simplemente, había pasado desapercibido.

Estaba seguro de que la sexta víctima estaría en peligro en cuestión de horas.

Se levantó de la cama, ayudado por sus puños cerrados, y se acercó a la ventana. Una mano acarició el cristal, que estaba helado, y la apartó repentinamente en un acto reflejo.

Sus ojos azules miraron hacia un punto perdido a través de la ventana. Lo único importante era descubrir el nombre de la sexta víctima y esperar agazapados, pistola en mano, mientras el asesino abría la puerta con suma delicadeza.

Pero eso solo era un deseo.

Antes de su cita de las seis y de tomar su café sin azúcar diario, Andrés estuvo charlando con el sargento Iñaki para ver cómo iban las cosas. Esperaba descubrir algún resquicio en el que hurgar.

—Todos los criptógrafos están trabajando con el segundo mensaje. No crea que es tan sencillo. Por otro lado, tengo a la Policía Judicial y a Criminología analizando cada muestra de cada puñetero asesinato. —El sargento hizo una pausa para acariciarse el bigote y continuó—: No hay novedades. Al parecer, el asesino usa guantes, ya que no hay huellas que no sean del entorno familiar. Y no te digo nada de esos folios con tanta letra junta. Eso es imposible de descifrar.

—Esta mañana había huellas de zapatos en el charco de sangre. ¿Han analizado eso?

—Creo que sí, pero no me han dicho nada al respecto.

—Esa sería una pista más.

—¿Una pista más? ¿Es que tenemos alguna pista? —El sargento se movió en su silla apoyándose contra el respaldo y cruzando los brazos.

—Sí, la tenemos.

Los ojos del sargento se abrieron espantosamente.

—¿Qué tenemos?

Andrés sacó un cigarrillo de su bolsillo.

Eso ponía histérico al sargento, que lo miró obstinadamente.

—Sabemos que es escritor.

—¡Joder! Hay miles de aspirantes a escritores hoy en día.

—Sí, pero este es diferente.

—¿Por qué? —Ahora el sargento puso las manos abiertas sobre la mesa de metal.

—Porque a este en cuestión le han rechazado todas sus novelas.

— Eso les pasa a casi todos. Eso no dice nada.

—Si analizamos todos los movimientos de cada Editorial que ha enviado su manuscrito, podríamos descubrir algo inesperado.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, quién ha sido rechazado el mes pasado en todas esas Editoriales.

El sargento se mesó el bigote y se quedó pensativo.

—Es una buena idea. Eso podría dar un giro a la investigación.

Andrés encendió el cigarrillo, y el humo se apoderó del cálido aire de la caldeada oficina.

—Pues ya puede dar la orden —dijo Andrés mientras aspiraba la nicotina.

El sargento se levantó de la silla y esta chirrió como una condenada sobre el suelo rugoso. Andrés arrugó su frente.

—Cambiando de tema... —El sargento miró una fotografía, que había sobre la mesa, en la que aparecían su esposa y sus dos hijos—. ¿Por qué cree que el asesino descuartiza a sus víctimas? ¿Por qué no elige un atropello? ¿O un simple tiro en la cabeza?

A Andrés casi se le atraganta el humo que estaba expulsando por la boca.

—Vaya ideas das. No sabía que eras tan... —Hizo una pausa para buscar la palabra correcta— retorcido.

—No son ideas. Es lo que hacen habitualmente los delincuentes o los que se vuelven locos de repente, por no decir otra cosa...

—¿Los maltratadores?

La cabeza del sargento se movió en vertical.

—Sí, los asesinatos comunes o más habituales. Pero no entiendo el ensañamiento de este asesino con sus víctimas. Como, por ejemplo, el lazo rojo en la cabeza. Y queda por descubrir si es hombre o mujer.

—Un fetiche —dijo Andrés, repantigándose en la silla. Los pies quedaron atrapados debajo de la mesa.

El sargento dejó el cuadro de la fotografía sobre la mesa con bastante cuidado, como si tuviera entre las manos un vaso de agua a punto de rebosar.

—Esta es mi familia —dijo, sin mostrarle la fotografía—. Verlos descuartizados de esa manera, me produciría un infarto fulminante.

—Yo creo que eso es lo que menos identifica al asesino.

—¿No puede ser una mujer?

—No.

—¿Por qué?

—Por muchas razones que no voy a exponer ahora. Pero, por ejemplo, piense en la fuerza.

—¡Ah! —Al sargento se le había quedado cara de embobado.

—Yo creo que escribe novelas de terror. Le gusta el gore y todo el cine que muestra cuerpos decapitados, y asesinos en serie firmando cada asesinato. Es un iniciado.

—¿Un iniciado?

—Un polluelo. Solo es una parte de todo el asunto. A él no le importaría, como bien dice usted, atropellar a su víctima suponiendo que tenga coche. Pero deja su imitación. —Andrés mostró con los dedos de cada mano, un entrecomillado—. Solo lo hace para desviar la atención, para marcarse un farol. Pero lo importante está en que mata a quien le rechaza una de sus novelas. Eso es quizá todo el asunto. Y, más que un psicópata, parece un enfermo mental.

—¿Y todo eso lo ha deducido usted solo?

Andrés pensó en Marta y en el café de las seis.

Miró su reloj y marcaba menos veinte, lo que quería decir que eran las seis menos diez. Tenía que irse.

—Sí. Tengo que irme.

—¿A dónde? ¿Al hotel a aburrirse viendo la televisión?

—A pasear.

—¿Con el frío que hace afuera?

—Me gusta patinar y, además, el viento helado me viene muy bien para la piel.

Andrés se levantó de su silla, dejando en el suelo su huella: Una colilla humeante.

Como era costumbre, ambos estaban sentados uno frente al otro, en una mesa en el rincón del bar café; y habían accedido de nuevo a beber lo mismo que las tantas veces anteriores. Aquello se había convertido en una rutina.

¿Estaría Andrés cometiendo un error?

Francamente, no.

Esta vez, Marta no se había traído el portátil, pero sí el teléfono móvil. A estas alturas sabía que a Andrés solo le interesaban los resultados y para nada del mundo se comería el coco con la criptografía, por mucho que se hubiera arrepentido de estudiar tal arte.

Sabía con certeza que Andrés estaba tenso, como si estuviera a punto de alcanzar algo con sus dedos pero no terminase de cogerlo.

Esa misma sensación la experimentaba ella cuando las letras seguían siendo borrosas e incomprensibles.

Además, «no todo consistía en la criptografía», pensó Marta, sino en todos los detalles que surgen en una investigación. Un error, y todo se iba a la mierda.

Igual, todo eso a ella le importaba una mierda.

La prioridad era conocer el nombre de la sexta víctima.

Primero, la salvaría de una muerte segura y no sufriría; segundo, tendría más probabilidades de coger al asesino si le estaban esperando en el lugar del posible escenario del crimen.

Pero esta vez se equivocarían todos, excepto uno.

Una vez más, el cifrado correría a cargo de Marta.

—¿Estás seguro de que aquí no nos vigila nadie? —preguntó Marta una vez más, con el bigote blanco dibujado bajo su nariz respingona.

—Por supuesto. ¿Quién nos va a seguir? ¿El sargento? ¿El cabo Toni, al que tengo todo el día pegado a mi culo? ¿Tu novio?

En esta última pregunta se hizo el silencio, y Marta dibujó una sonrisa, sin hacer ningún tipo de ruido.

—No tengo novio.

Andrés asintió con la cabeza y pensó que si no tenía novio una chica tan risueña y hermosa como ella, había dos probabilidades: O que ella no quería, o que no salía de casa más que para las citas con él.

Se decantaba por lo primero.

—Eso es porque no quieres tenerlo, ¿me equivoco?

Ella movió la cabeza.

—No quiero un novio ahora mismo —aclaró, tras lo que sacó la lengua y se lamió los restos de leche.

—No quiero ser impertinente, pero ¿algún día me contarás lo que te sucedió?

De pronto, el semblante de Marta se puso serio. No se había enfadado, simplemente se había puesto triste. Recordó su terrorífico y traumático pasado. Se acordó de su padre y de que tenía, por fin, cáncer. Eso lo metería en la tumba como castigo por todo lo que hizo con ella.

—Quizá.

—Está bien. No quiero obligarte a ello. Los recuerdos son traumáticos y no siempre se superan.

—¿Cómo sabes que me ha tenido que suceder algo en el pasado?

—Simplemente, lo sé. Solo hay que mirarte a los ojos.

Marta agachó la cabeza. Ella sabía que algún día él supondría algo. Descubriría algo. Dejó el vaso de leche vacío dentro del plato, lentamente, mientras escondía sus ojos casi llorosos a Andrés.

—Estoy segura de que algún día te lo contaré.

—No pienso estar mucho tiempo aquí. Me iré en cuanto resuelva estos crímenes. —Los dedos de Andrés se juntaron formando una piña y añadió—: En cuanto atrape al asesino, me marcharé a casa.

Desde lejos llegó el ruido sonoro de un claxon, pitando de forma continuada y, tras esto, un gran golpe metálico. Las camareras se asomaron al cristal de la entrada, apretando sus narices contra él, viendo cómo se formaban grandes manchas opacas.

Después se escucharon dos voces alteradas gritando en medio de la calle y, de nuevo, un claxon pitando sin control.

El cuello de Marta se estiró como un chicle para ver, a través del cristal, lo que estaban sucediendo afuera.

No lo logró.

—Parece un choque entre dos o más coches—apuntó Marta, escondiendo sus ojos enrojecidos.

—A juzgar por el ruido, son dos. El segundo claxon, el que ha sonado al final, pertenece a un tercer coche que ha pasado de largo.

—¿Cómo sabes tanto?

—¿Cómo sabes tanto de criptografía tú? —Entre los dedos de Andrés, pendía, como una rama rota, un cigarrillo.

—Eres muy preguntón, ¿no? —Los ojos de Marta comenzaron a brillar de nuevo.

Andrés puso su mano derecha sobre la mesa. Justo al lado del vaso de leche vacío de ella, con la palma de la mano boca abajo. La mesa era suave al tacto, pero terriblemente fría.

La mano de ella se movió hacia arriba, se quedó un rato suspendida y bajó hacia el dorso de la mano de él. Sus dedos tocaron su áspera piel. Empezó a acariciarla con suavidad mientras sus ojos brillaban bajo la mezuquina luz de la lámpara, que enfocaba el centro de la mesa como una linterna con las pilas gastadas.

—¿No te estarás enamorando de mí? —preguntó Andrés, con la cara recubierta de humo. Él sabía que no era así. Que ella sentía algo más puro que eso.

—No seas tonto. Me hubiera gustado tenerte como padre.

Y entonces Andrés lo comprendió.

—Y a mí tener una hija como tú.

—Pues... podrías tenerla...

—Pero no ha sucedido —atajó con delicadeza él. El cigarrillo se estaba consumiendo más deprisa. Su corazón, por primera vez, empezó a latirle como un caballo desbocado. El pulso cabalgaba en su mano y Marta pudo sentirlo.

—Veo que no llevas ninguna alianza. —La voz de Marta se volvió melosa—. ¿Has conocido a alguna mujer?

—¿Oficial o extraoficialmente?

Marta comprendió a lo que se refería.

—Oficialmente.

Andrés, sin mover la mano del sitio, y sintiendo ahora un suave cosquilleo en ella, dijo:

—Tuve una amiga con derecho a roce. Pero ahora no está. —Su mirada penetrante asomó por un olvidado hueco del humo del tabaco.

—Y este anillo, ¿qué significa? ¿Te lo regaló ella?

Andrés la miró con los ojos llorosos.

—Es un sello. Y es todo lo que queda de mi padre.

—Lo siento —dijo Marta, acariciándole ahora con ambas manos.

—No lo sientas. Es ley de vida. Todos tenemos que marcharnos alguna vez. Tarde o

temprano.

De repente, el sonido del teléfono móvil de Andrés sonó desde su gabardina y todos los allí presentes volvieron sus cabezas, fijando sus miradas en él.

—Lo siento. —Andrés retiró la mano para coger el teléfono y, antes de que se repitiera el timbre de llamada, Andrés pulsó la tecla verde.

—¿Qué novedades tiene?

—Los criptógrafos han resuelto tres de los cinco mensajes del asesino. —La voz del sargento denotaba mucho orgullo.

—Eso no nos interesa ahora. Necesitamos descifrar el quinto mensaje.

—¡Ya! Pero...

Y Andrés colgó.

—Vaya timbre tiene tu teléfono, ¿no?

Andrés movió los labios en algo parecido a una sonrisa leve, pero que nunca llegó a serlo.

—Es que soy un poco duro de oídos.

Y Marta se echó a reír.

Andrés cogió la colilla entre sus dedos y la metió en su taza de café vacío.

—¿Y qué dicen ahora ellos? —Marta se refería a su grupo de investigación.

—Que están dos pasos por detrás de nosotros.

—¿De veras han dicho eso?

—No exactamente.

Marta le cogió de nuevo su mano derecha. Ella tenía las manos cálidas; y él, algo frías.

—¿Dónde está el mensaje que debo descifrar?

—En el bolsillo de mi gabardina —dijo, haciendo un gesto con la cabeza.

—¿En qué formato está esta vez?

—Me he vuelto moderno. Es un Pendrive. El mensaje está escaneado y transcrito.

—¡Uyyyy! Estás avanzando, ¿eh? —Marta hizo una pausa y Andrés observó que nunca la había visto sin el flequillo en la cara—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—De menos de veinticuatro horas.

—¡Eso está hecho! —Y se le iluminó la cara como una farola en medio de una silenciosa y oscura noche.

—¿Tan segura estás? Debes cumplir tu palabra.

Entre los dos había surgido una bonita amistad. Y, en todo este asunto, se complementaban a la perfección. A Andrés le hubiera gustado que Marta tuviese algunos años más y que fuese su compañera de trabajo, como los agentes Mulder y Scully de Expediente X.

—No te he dicho una cosa —dijo Marta, muy seria.

—¿Qué?

—Que tengo un amigo que se llama Xavier. Pero él no sabe nada de todo esto.

—Yo tengo un amigo en el cuerpo y pensé en enviarle una muestra que tenía, pero al final no lo hice. Él tampoco sabe nada —Andrés pensó en los tres trozos de cuerda.

Y Marta se echó a reír sin soltarle la mano.

Con la mano izquierda, Andrés sacó el Pendrive que había solicitado ese mismo mediodía a los de criptografía sin que el sargento Iñaki lo supiera, y lo puso sobre la mesa, al lado de Marta.

—¿Aquí está todo?

—Sí. Me lo has prometido.

Los ojos de Marta brillaron una vez más.

Y, en el fondo, la mala lengua de la camarera rubia hubiese dicho algo como: «Podría ser su padre».

El tiempo había transcurrido hasta marcar las siete de la tarde. El viento aullaba en las esquinas y la oscuridad se apoderaba de todas ellas, sin farolas encendidas, como una manta que todo lo cubre.

A Andrés solo le quedaba esperar.

Sus manos, ensangrentadas, se posaban sobre la máquina de escribir mientras, pensativo, se paraba un instante. Después, sus dedos volvían sobre las teclas, aporreándolas como martillos. En la hoja en blanco se quedaban atrapadas, para siempre, todas las letras sin sentido.

Lo único que estaba claro era el número de la página escrita. El asesino escribió "180". Estaba cerca del final, y su nueva novela tenía que ver con todo lo que estaba pasando.

El asesino sabía que pronto iba a ser inmortal.

Por sus crímenes.

Por sus obras.

76

Marta se encontró con un escollo, pero no era insalvable. Sabía que se trataba de un método más de sustitución de letras, pero en este caso era polialfabético. Eso significaba que tenía que trabajar con claves aleatorias y distintas, aplicadas en cada palabra o frase. De esos métodos había muchos, pero ella sabía cuál era el elegido por el asesino.

Estaba segura de que seguía un patrón como el cifrado de César; pero, en esta ocasión, tomando letras de una tabla. Entonces, se le iluminó una bombilla en su interior, que hizo resplandecer sus pensamientos en la oscuridad, como una calabaza el Día de Todos los Santos.

Estaba en lo cierto.

77

Los dedos del asesino, con las heridas abiertas y sangrando sobre las teclas, dejaron de aporrear la máquina de escribir. La silla chirrió en el suelo cuando se levantó y se fue directo hacia la cocina, donde estaban el hacha y la sierra, en el fregadero, sin brillo alguno. Sus filos de metal estaban manchados por una gran cantidad de sangre seca.

Las cogió y las llevó hasta el comedor, donde siempre escribía, y las puso sobre un pequeño escritorio con unos cuantos folios grapados en la madera carcomida. En ellos había instrucciones sobre los sistemas de cifrado; pero, con la experiencia adquirida, se los sabía de memoria y redactaba directamente los textos encriptados.

El mensaje de la sexta víctima sería algo más extenso que los anteriores, pues ya estaba llegando al final y todavía no le habían atrapado.

Pensó, incluso, que le faltaría sangre para escribir todo el mensaje que guardaba en su cabeza desde que cometió su primer asesinato.

78

Aunque no le había enseñado el mensaje a Andrés, Marta sabía que tenía especial relevancia para él. Ese trabajo formaría parte del expediente final si capturaban al asesino. También si no lo hacían. Había encontrado la clave: Manuscrito seguido por la sustitución de las letras del alfabeto.

Le hubiera gustado explicarle cómo lo descubrió y cómo funcionaba este método de cifrado. Pero estaba claro que el mensaje a descifrar escrito ese mismo día, por la mañana, era preferente ante todo lo demás. Revelaría la identidad de la sexta víctima.

La penúltima.

Pero aún así, antes de dar con el nuevo método empleado esta vez, abrió el documento anterior, que tenía una parte del mensaje descifrado.

“Capullos, esta es la cuarta víctima, ¿y todavía estáis leyendo el texto? Blanca Pons, la vieja desquiciada y encanijada, la señora editora de Leer Planet, será la siguiente. No sé cuándo”

Leyó un par de veces el mensaje y cerró el procesador de textos en su portátil.

Ahora estaba ante un nuevo reto.

Y, aunque ya tenía luz, la cosa parecía difícil. Aun así, lo descubrió.

79

—Sargento Iñaki, ¿sabe algo con respecto a los últimos manuscritos rechazados en todas las Editoriales de la provincia de Gerona?

La línea carraspeó un poco y después se escuchó una voz nítida.

—Las primeras informaciones apuntan a tres sospechosos. Escritores impulsivos que han enviado varias de sus novelas a todas las Editoriales de Gerona y Barcelona, desde de diciembre hasta ahora. Ya ve que he incluido Barcelona.

Andrés se imaginó la risa tonta de Iñaki, sentado en el borde de la cama o, quizá, en el retrete fabricando churros.

—Pues que analicen a esos tipos, a los tres. Uno de ellos escribirá terror o novelas de psicópatas asesinos. Sería un perfil adecuado para dar con el asesino.

—¿Sabes qué hora es? —La voz sonaba ronca en mitad del aullido del viento y de copos de nieve estrellándose en el cristal de su ventana.

—Las tres de la madrugada, ¿por qué lo pregunta?

—Por lo oportuno que es. ¿Usted nunca duerme?

—El asesino no duerme.

Y colgó.

Las agujas del reloj, que estaba inerte, colgado en una de las paredes del comedor, marcaban las tres y cuatro de la madrugada. El sonido de la televisión se había convertido en un siseo y Churchill estaba ronroneando enroscado al lado de su pierna derecha.

La lúgubre luz que emitía la pantalla del portátil dibujaba formas extrañas sobre el rostro de Marta. Unos ojos chispeantes la delataban. Estaba contenta. Lo había logrado una vez más.

La pantalla del otro ordenador, que siempre permanecía encendido buscando alguna respuesta extraterrestre, era de un color verde pálido, y su luz se proyectaba como un foco en una de las paredes.

La mezcla de todos los colores de los tres aparatos que estaban enchufados hacía pensar en una especie de tiovivo que iluminaba el techo de la habitación de un bebé que intenta atraparlo con sus pequeños puños sonrosados.

Y, por un momento, en el sosiego de la noche, entre el calor del interior de su casa y el viento aullando y helado afuera, Marta, con las piernas abiertas, sin más prenda que las bragas y una camiseta, estaba leyendo el mensaje descifrado, que decía lo siguiente: “*¡La quinta! Gilipollas, es la quinta vez que me paseo por delante de vuestras narices con una oreja en la boca. Algún día se me recordará. Mi penúltima víctima será Aurelia Bosch, tan gorda como las lavadoras. Qué pena. Dirige, hasta dentro de muy pocas horas, la Editorial Esqueu. Me ha rechazado la que era mi obra maestra. La sexta. Pero queda una última*”.

Rápidamente, cogió su teléfono móvil mientras le temblaban las manos, y marcó el número de Andrés. El pitido de fondo se hacía eterno, insoportable, agudo y largo.

Finalmente, se escuchó un *clic* seco.

—¡Lo tengo! Sé quién es la siguiente.

Y el viento golpeó con fuerza el cristal de su ventana. Miró hacia ella y vio cómo caían de nuevo los copos de una nevada intensa.

Eran las seis de la mañana.

—¿Está usted escondiéndome algo? —preguntó el sargento Iñaki con el teléfono sujeto entre las manos. Eran las seis y media y la luz aún no había empezado a pintar de brillo el día, aunque la nieve resplandecía incluso en la oscuridad.

—No —rezongó Andrés, sentado en el borde de la cama con la gabardina puesta y rebuscando en uno de los bolsillos algo muy familiar.

—Entonces, dígame, ¿cómo sabe quién será la próxima víctima?

—Soy un aplicado en la criptografía.

—¿Más que nuestros expertos?

—Me confiaron el caso por algo, ¿no?

Se escuchó el chasquido de la piedra del mechero al prender la llama.

—Sí, aunque tiene una forma muy peculiar de trabajar.

—¿Peculiar?

—Sí.

—Me habían dicho de todo, menos peculiar —y aspiró un poco de nicotina que le encendió los pulmones—. Necesito que venga el cabo Toni a recogerme. No tenemos tiempo de cháchara.

—Está bien.

Y la conversación sucumbió al silencio de la línea de teléfono.

82

A las siete de la mañana, cuando el alba daba paso a un pobre amanecer lleno de nubes y copiosa nieve, el asesino ya estaba detrás de su sexta víctima. Caminando con el hacha en la mano, detrás de ella, por el paseo de tierra que bordeaba el Lago de Bañolas, de unos dos kilómetros de longitud.

Aurelia Bosch, como cada mañana, a pesar del intenso frío y los copos de nieve que también allí caían, caminaba con un chándal polar y una bufanda liada sobre su papada, como si fuera la estola de un párroco.

Llevaba guantes y dos auriculares diminutos que rompían sus tímpanos mientras un señor llamado Pavarotti cantaba a pleno pulmón.

El asesino, detrás de ella, marcaba sus huellas sobre los pasos que le precedían y que avanzaban como una tortuga hacia el final del paseo, pasando por el lateral de una barcaza que estaba flotando, todo el año, en la orilla del lago.

A la izquierda, los coches prematuros circulaban a poca velocidad con sus faros encendidos como luciérnagas medio adormiladas, bajo un cielo encapotado. Sus motores ronroneaban de mala gana y los conductores tenían la mirada fija en el frente, en la carretera.

Se encontraba a la altura del Passeig de la Draga, cuando el asesino levantó ambos brazos empuñando el hacha. El filo pareció brillar un instante bajo las nubes, y cayó sobre el hombro de

la víctima con una fuerza brutal.

Se escucharon los huesos romperse y astillarse en el hombro; y la sangre, lívida y caliente, empezó a brotar como un manantial. Aurelia sintió un dolor lacerante tras el golpe seco y, después, algo húmedo y cientos de pinchazos.

Manteniendo toda su consciencia, se miró el hombro y vio cómo el filo del hacha se elevaba de nuevo. Se llevó la mano izquierda sobre la herida, de la que asomaban trozos de hueso y astillas blancas. Se dio media vuelta, deteniéndose por completo.

Lo vio.

El asesino estaba ahí, delante de ella, con el hacha empuñada con ambas manos y goteando sangre, que teñía de rojo el suelo blanco de esa mañana.

Era un joven de no más de veinticinco años, quizá menos; tenía barba rala y los pelos de punta, desmadejados. Era esmirriado y algo bajito. A punto de gritar, Aurelia sintió cómo el dolor le golpeaba en las sienes y notó cómo le sudaba la frente y la respiración se le aceleraba por momentos.

La sangre le corría por el brazo, por dentro y fuera del chándal, y le resbalaba por la mano derecha, acumulando una hilera de gotas que tintaban el suelo. Pavarotti seguía cantando a pleno pulmón y vio mover los labios al asesino mientras blandía el hacha.

Se acercó a ella y levantó ambos brazos. Aurelia, incapacitada para moverse con soltura y malherida, no pudo más que levantar un solo brazo para protegerse, y el filo del hacha hizo crujir de nuevo los huesos, como ramas secas al romperse en el verano.

Esta vez le había abierto una brecha en el antebrazo, que sangraba a través del corte, mientras su bufanda blanca se empapaba de sangre.

Finalmente, Aurelia no pudo contenerse más y empezó a gritar en mitad del paseo. Estaban solos allí, exceptuando a los peces que se habían escondido bajo el agua.

Los coches, apenas uno o dos, pasaron aletargados sin detenerse. Sus motores siguieron ronroneando hasta perderse sus luces rojas en la lejanía.

Aurelia, sin apenas mover los brazos, echó a correr, resbalando sobre la nieve y avanzado como una tortuga. Jadeaba y estaba empapada de sudor. El frío se le colaba por los cortes de la chaqueta y sentía cómo una mano helada le acariciaba sus dolorosas heridas.

Casi al instante, sus heridas se pusieron moradas y se hincharon.

—¡Por favor! ¡No!

Pero sus pies eran torpes y lentos.

Por detrás, el asesino alzó de nuevo sus brazos y los bajó con fuerza. Esta vez, el filo del hacha se hundió en el cuello, mostrando de forma inmediata un reguero de sangre que llenó el suelo. Con las pocas fuerzas que le quedaban, Aurelia, mientras seguía escuchando a Pavarotti por

un solo oído, se derrumbó como una pared pesada de hormigón.

La nieve se hizo a un lado por la fuerza de la corriente de aire que produjo el golpe de su amorfo cuerpo, y lo que quedó de ella se tiñó de color rojo.

Mientras los ojos del asesino se abrían con locura y apretaba los dientes, el charco de sangre crecía alrededor de la cabeza de ella, que estaba inerte ahora, con los ojos abiertos. Con los dedos engarrotados, vio la oscuridad y, después, su corazón acelerado se detuvo en seco. Entonces fue cuando el asesino se hincó de rodillas en el suelo para sacar la sierra que portaba en la mochila, junto al manuscrito y el lazo rojo.

Y empezó su obra.

83

Sobre las siete y veinte, llegaron los efectivos de la Guardia Civil y los Mossos d'Esquadra ante la puerta número 7 del edificio Soler de la Calle Carrer Josep Tarradellas. Allí vivía Aurelia Bosch, pero tras la puerta cerrada no se escuchaba nada.

Andrés hizo un gesto con la cabeza mientras sostenía el cigarrillo entre sus dedos, y los agentes derribaron la puerta de una patada.

Dentro, un caniche salió a la estampida, ladrando inquietantemente y llorando. Las luces estaban apagadas y el silencio era absoluto. La benemérita encendió las luces del pasillo y del salón. Todo estaba en orden.

—No hay nadie —susurró el sargento Iñaki, algo impropio de él. Sus ojos eran inexpresivos, pero los tenía bien abiertos, como relucientes bolas de billar.

—Tiene que estar cerca de aquí. Esta es su residencia habitual, ¿no? —Una espesa y pegajosa nube de humo le recubría toda la cara, restándole protagonismo a sus ojos azules y su semblante serio.

—Sí, es su casa. Pero podría estar ahora mismo en su oficina. —El sargento se mesó el bigote y puntualizó—. Ella trabajaba desde aquí, ahora que lo recuerdo.

—Sí. Aurelia siempre estaba en casa, de hecho estará durmiendo en su habitación —dijo una voz inesperada. Era una mujer alta, con el pelo corto y con gafas gruesas. Era su vecina y, atado a un extremo de una cuerda roja, tenía a un perro pequeño de color marrón, dando extraños saltos con la lengua fuera. Era un Yorkshire.

—¡Miren en la habitación! —voceó el sargento.

—¡Nada, señor!

Andrés miró al perro, que se quedó quieto al instante levantando las orejas puntiagudas.

—¿Sabría decirnos que costumbres tenía?

—Todas las mañanas sale a correr por el paseo de la Draga. Ya sabe, el camino que bordea el lago.

Los recuerdos le vinieron de golpe a Andrés, quien recordó cuántas veces se había bañado en el lago cuando contaba con trece años de edad.

De pronto, y saliendo del letargo, sonó el carraspeo de las emisoras de los Mossos d'Esquadra. Uno de ellos escuchó la voz ronca que anunciaba una alerta que hizo que la cara del sargento se enfureciera. Su puño golpeó la puerta.

El perro ladró en ese instante.

—Un hombre ha llamado para pedir auxilio. Dice que se encuentra en el paseo de Draga y que ha encontrado algo horrible. El hombre estaba lloriqueando y, a juzgar por su voz, a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Entendido. Corto y cierro. ¡Vamos para allá! ¡Estamos cerca del lugar!

El humo del tabaco pareció enfadarse en una rosca formada en el aire. Era la primera vez que le habían salido esos jodidos anillos.

84

El asesino había escrito el mensaje sobre la nieve y, aunque estaba desapareciendo lentamente, dejaba visibles las letras.

Se quedó contemplando su obra de arte y recogió el hacha y la sierra.

El hombre había descubierto todo el macabro hallazgo en el suelo, había echado a correr y, centenas de metros más adelante, había llamado a la Policía Local.

El asesino lo miró con ojos furibundos, pero no lo siguió. No era su plan. No entraba en su idea.

—Estoy en el paseo de Draga y he encontrado a un joven que acaba de hacer un desastre con el cuerpo de un hombre o una mujer, no lo he visto bien. No voy a dar declaraciones. Me marcho.

—¿A qué altura del paseo se encuentra?

—Busquen ustedes, está cerca del museo del pez gigante.

El hombre, de origen marroquí, colgó el teléfono y con manos temblorosas le quitó la tapa posterior, extrajo la tarjeta SIM y lo tiró a la orilla del lago. Después, se perdió entre la neblina.

Mientras, el asesino regresaba hacia su coche amarillo.

Un coche de la Guardia Civil vio al asesino subirse al coche y cómo este escupía por el tubo de escape una turbulenta nube azul. Golpeó a los dos coches al maniobrar para salir del aparcamiento y las ruedas resbalaron sobre el asfalto helado. Consiguió emprender una carrera de huida que despistó a la Guardia Civil.

El coche patrulla se detuvo delante del cuerpo de la víctima, que estaba desparramada a trozos sobre el suelo teñido de sangre.

El agente de la Guardia Civil dio las coordenadas y reclamó la presencia de los demás.

—¡Es horrible! —jadeó.

Unos instantes después, llegaron en tropel y Andrés vio con furia cómo se le había escapado de nuevo, como un pez que resbala en la mano mojada.

El sargento Iñaki, como era costumbre en él, se mantuvo alejado de la escena del crimen. El olor nauseabundo de las tripas con heces y el olor a sangre le mareaba y revolvía el estómago. Estaba apoyado sobre el capó de uno de los coches patrulla mientras los demás agentes de la Policía y de la Guardia Civil empezaban a precintar la zona, acordonándola con la cinta amarilla que se reflejaba a mucha distancia.

Entonces, las luces azules y la cinta llamaron la atención de los conductores, que frenaban para ver si podían ver algo de lo que estaba sucediendo.

Un Guardia Civil con cara de cabreado movía sus brazos invitándoles a que siguieran la marcha. Los coches rezongaban y seguían circulando por la vía.

En lo primero que se fijó Andrés fue en el mensaje escrito en el suelo, con la capa fina de nieve teñida de rojo. Decía: “*¡Imbéciles! Esta es la sexta víctima. Estoy a punto de lograr escribir mi obra maestra y entonces os acordaréis de mí*”.

Después de esto, había letras y más letras, todas ellas incomprensibles.

—Quiero que hagan una foto a todo esto con la mayor calidad posible —ordenó Andrés a uno de los agentes, que sostenía entre sus manos una cámara de fotos. Los de la Policía Judicial habían venido con ellos.

Entonces, su indeleble imaginación empezó a sospechar algo.

Había escapado. Su viejo coche amarillo se había adentrado en la niebla y las luces rojas

posteriores del vehículo desaparecieron en la nada.

De regreso a casa, con sus manos manchadas de sangre desde la primera víctima, trataba de calmar su euforia. Estaba cerca de llegar hasta el final. Y solo él lo conocía.

Lo estaba escribiendo él.

Lo que le extrañó fue que ningún coche patrulla le estuviera dando caza. Y, entre los copos de nieve y el limpiaparabrisas, que se cruzaban en su visión, condujo lentamente hasta su casa.

Tenía que escribir el final.

87

El timbre del teléfono móvil de Andrés resonó en uno de sus bolsillos, e hizo que los allí presentes se volvieran hacia él con cara de asombro.

Andrés cogió su teléfono móvil al tercer timbrazo, que alcanzó la superficie del agua del lago como las ondas que una piedra es capaz de propagar.

—No puedes llamarme ahora —susurró Andrés, con la intención de que no lo escucharan.

—Lo siento. ¿Ha habido suerte?

—No.

Andrés agachó la cabeza, como si estuviera ocultándose debajo de una mesa.

—La cosa se complica. Solo queda uno.

—A las cinco —dijo Andrés apretando los dientes y colgó con un dedo helado.

El sargento Iñaki lo había estado mirando de reojo, pero no le dijo nada. Andrés pensó que quizá estuviese sospechando algo a esas alturas.

—¡Qué ascooo! —gritó de repente una mujer menuda, que consiguió acercarse lo suficiente como para ver las tripas todavía humeando en el aire helado de esa mañana.

—¡Señora! ¡Haga usted el favor de marcharse! —vociferó uno de los policías locales.

La anciana arrugó sus labios y le mostró sus feos dientes en un gesto de impaciencia. Después, se alejó de la cinta amarilla arrastrando los pies, apoyada sobre un bastón. Una enorme chaqueta de piel de color marrón ocultaba su menudo cuerpo.

Andrés siguió con el ritual de siempre. Cogió la cajetilla de cigarrillos de su bolsillo y sacó uno de ellos con la sola ayuda de sus labios. Después, encendió la llama mezquina del mechero y aspiró hasta que la nicotina recorrió todos los rincones de sus negros pulmones. Sus ojos azules, bien abiertos, miraban la dantesca escena.

¿Cómo lo habría podido hacer?

La cabeza de la mujer estaba con la boca abierta y un gran manuscrito, esta vez más ancho que los demás, atrapado entre sus dientes. Los ojos estaban abiertos como platos. En esta ocasión tampoco se los había arrancado.

«Lo que hace no es lo que importa realmente, sino lo que dice en los mensajes», pensó Andrés.

Las manos, amputadas, estaban separadas del cuerpo, que estaba boca arriba. A ambos extremos, los brazos, que también habían sido amputados. Parecían piezas de un ordenado puzzle.

Los pies estaban separados del cuerpo, pero siguiendo un trazado recto al de las piernas, que esta vez no fueron amputadas, como tampoco las orejas.

El mensaje se estaba borrando bajo una capa fina de nieve y pronto desaparecería.

Las tripas, todavía humeantes, estaban fuera de la panza, apuntando hacia un lado del tronco. Había manchas oscuras sobre la nieve. Andrés ya sabía de qué eran.

Se terminó de fumar el cigarrillo y lo escupió entre las marcas amarillas que habían puesto los de la Policía Judicial. Algunos de ellos, enfundados en unas enormes bolsas blancas, llevaban mascarillas.

Andrés rescató otro cigarrillo de su bolsillo y se lo llevó a la boca.

El ruido metálico marcaba el paso del tiempo como el tañido de las campanas. El hacha y la sierra que, quizá, habrían sido utilizadas por última vez, ahora se abandonarían a la suerte dentro del fregadero de la cocina.

Él sabía que quedaba poco para acabar su obra maestra.

Su séptimo libro.

¿Qué contaría en él?

De momento, solo él lo sabía.

Se dirigió hacia el comedor y se sentó en la silla que cojeaba de una pata. Le faltaba el extremo de plástico y se movía ligeramente cuando sus dedos aporreaban, con desdén, el teclado de la máquina de escribir.

Puso una hoja en blanco en el carrete. Movi6 la rueda dentada y el tambor oscuro se trag6 una parte del folio, que apareci6 como una lengua blanca por encima de las peque1as letras de hierro.

El asesino, que llevaba sin dormir cerca de una semana, empezó a escribir, con las piernas abiertas y con el chándal lleno de sangre y heces. Apeataba.

Y con el *tic tac* comenzó su nueva andadura.

89

Al mediodía, alguien dijo:

—Tuvieron que meter todos los trozos de su cuerpo en bolsas de basura. La cabeza, que estaba a un metro de los trozos del cuerpo, se había mordido la lengua y tenía los ojos bien abiertos.

—Uhhmmmm...

—Y lo peor de todo fue cuando recogieron las tripas. Se les resbalaban de las manos como un pulpo y de ellas salía mierda.

Y la que había ronroneado movía la cabeza ahora, mostrando su cara arrugada en un gesto de asco.

Eran las vecinas que habían visto todo desde detrás de sus ventanas, ante tanta luz azul ondeando en el paseo del lago.

Ahora que la nieve había creado una nueva capa fina sobre la sangre y solo dejaba vislumbrar las formas de algunas letras, se había convertido en la feria de turno para todos los vecinos de Bañolas.

Hasta que pasaron los del camión de la basura.

90

—Lo que no entiendo es: ¿cómo narices sabes quién será el siguiente? —La voz del sargento sonaba más grave que nunca, y se paseaba, de un lado para otro, moviendo su enorme panza como una gran bolsa de agua. Tenía la hebilla del cinturón a la altura de los huevos.

—No lo sabrás. —El humo del cigarrillo le embriagaba una vez más y sus ojos ni siquiera le estaban siguiendo con la mirada.

—Sabes de sobra que, si descubro algo fuera de lo normal, puedo hacer que te encarcelen. —El sargento quiso chillar, pero solo le salió un gallo.

—Ahora lo que importa es quién será el séptimo.

—¿Qué? ¡Ah! Sí.

—Y después queda descubrir quién es el asesino...

—¿Y no podría ser antes? —inquirió el sargento.

—¿Tenéis alguna prueba, algún hallazgo? —y esta vez el humo corrió en dirección a las ondas creadas por sus palabras, como si las arrastra una corriente de aire.

El sargento se detuvo junto a su silla y esperó en silencio.

No. No tenían nada.

Andrés miró las agujas de su reloj. Era hora de irse. Escupió lo que quedaba del cigarrillo y, abrochándose la gabardina, salió del despacho dejando la puerta abierta.

—¡Joder! —exclamó Iñaki.

91

—Esta es la última vez que voy a tomarme un vaso de leche aquí —dijo Marta con semblante serio.

—Bueno, eso no es lo peor.

Marta lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que estoy encariñándome contigo. Te veo como a una hija y la despedida será dolorosa para mí, por primera vez.

Los ojos casi llorosos de Marta se mantuvieron firmes, en línea recta, visualizando los ojos de Andrés.

—Y yo te veo como un padre. Un buen padre. —Marta estuvo a punto de llorar a moco tendido, pero eligió otra forma de escape—. ¿Sabes? Mi padre está vivo, pero está en el trullo, en la cárcel. ¿Y sabes por qué? —Los ojos de Marta estaban lagrimosos—. Porque ese hijo de puta me hizo hacer lo que yo no quería cuando tan solo tenía trece años. Él me forzó. Me violó. La primera vez quise morirme allí mismo. Las demás también. Pegaba a mi madre y odiaba a mi hermano. Por eso me inventé una forma de escribir mensajes para pedir auxilio a mi hermano. Era un mensaje de sustitución de letras —Sonrió levemente—. La clave era hermano. Y, finalmente, él se lo contó todo a la policía. Ahora, el cabrón de mi padre se está pudriendo en la cárcel y se le están pudriendo los huevos. Tiene cáncer y estoy esperando una llamada que me diga que ya la ha palmado, sufriendo hasta el último momento. —Marta agachó la cabeza con una vaga mezcla de sensaciones y de querer hacer varias cosas a la vez, como reírse, llorar y gritar. Pero no hizo ninguna de las tres cosas.

Andrés alargó su mano sobre la de ella y se la acarició con sus dedos rasposos.

—Lo siento, Marta. Espero que muera antes de que yo me vaya de aquí.

Marta levantó la cabeza y le mostró unos ojos llorosos y una sonrisa amplia.

—Tú, en cambio, eres bueno. Extraño, pero bueno.

—Me vas a hacer llorar a mí también —dijo Andrés, sin ningún cigarrillo en sus labios—. Sería la primera vez que lo hiciera.

Y permanecieron en silencio, mirándose mutuamente, con las manos cogidas, hasta que la camarera regresó con el café y la leche.

92

Desde que había llegado a casa, el asesino se había puesto a escribir hasta las tres letras, que se plasmaron claramente en el último folio de su manuscrito.

Fin.

¿Qué significaba eso?

Era obvio.

La máquina de escribir dejó de esculpir letras y cesó todo sonido hasta que su culo se levantó de la silla. Se escuchó un chirrido que rebotó como una onda expansiva en todas las paredes y terminó en un ligero eco.

Después se fue a la cocina, lentamente, con el chándal pegajoso y acartonado. Miró el filo de la sierra dentada dentro del fregadero, junto al hacha, y vio toda esa sangre seca en sus filos.

Sus dedos agarraron la sierra y tiró de esta hacia arriba. Y allí mismo, sus yemas jugaron con la hoja dentada de la sierra.

Después de unos instantes, apretó con su mano la hoja de acero, tan fuerte que los dientes de la sierra se le clavaron en la palma de la mano. Sintió un dolor ligero y después fluir la sangre por sus nuevas heridas. Las gotas pendían de un extremo de su puño como si fueran mocos y, finalmente, caían al fregadero con un sonido suave y casi imperceptible para el oído humano. Como el de una gota de agua en el mar.

Esperó así durante varios minutos. Pensativo. Con la mirada perdida.

Y, finalmente, regresó al comedor para quitar los cuadros de la pared. Tenía que escribir un mensaje. Esta vez, descifrado.

Andrés había retomado su hábito habitual: Fumar. Y, en medio de una densa nube de humo, le dijo que su trabajo había sido fenomenal, que casi habían atrapado al asesino, pero que se les escapó.

—Tengo especial interés en conocer el mensaje descifrado. Me da la espina que esconde un huevo de pascua —dijo Andrés, hincado con los codos sobre la plateada mesa redonda. El cigarrillo estaba moviéndose entre sus dedos como el palo de un domador.

—¿Qué sospechas?

Andrés aspiró de su cigarrillo muy lentamente, ante la atenta mirada furiosa de la camarera. El sonido de la música esa tarde estaba especialmente bajo de volumen. Era reconfortante.

—Creo que el último ya sé quién es —dijo Andrés, pero no le reveló nada más.

—¿Cómo puedes saberlo? —Marta, cada día que pasaba, se sorprendía tanto como el primero.

—Porque soy un hacker, como tú —bromeó Andrés, pero manteniendo su semblante serio. Algo de brillo se captó en sus ojos.

—¡Oye! Nadie me ha llamado hacker —dijo Marta con una sonrisa y añadió—: Ni siquiera mi psiquiatra...

—Tu psiquiatra es la que menos sabe de todo esto —le atajó Andrés con delicadeza. Ahora puso su mano izquierda sobre la mesa.

Ella alcanzó su mano sobre la de él y la acarició como ya había hecho antes.

—Ahora que lo dices... Me he olvidado de mi cita con mi psiquiatra. Fue ayer —Y Marta sonrió.

—Te penalizará si no vas.

—Estaré curada cuando mi padre se muera.

Andrés movió los labios.

—Y, cambiando de tema... ¿Qué tal si me explicas un poco cómo descubriste el método de cifrado en este caso?

A Marta se le iluminaron los ojos como los dos faros de un coche.

—Pues se basaba en un sistema conocido como polialfabético, uno de los primeros ideados. Se trata de poner todas las letras del abecedario en línea en la parte superior, y esa misma lista debajo de la primera letra, pero en forma vertical. Así se crea una tabla. Se elige una clave, y se escribe basándose en las letras de la tabla que le corresponden —Hizo un alto en el

que sus ojos se cerraron—. No sé explicarlo, es complejo, pero esa es la base.

Andrés meneó la cabeza.

—Te admiro —dijo.

—¡Gracias!

—Tu destreza te ha llevado a descifrar los enigmas antes que toda esa panda de inútiles —corroboró Andrés, llevándose el cigarrillo a la boca.

—Hacen su trabajo bien. En España tenemos muy buenos investigadores.

—Sí.

—No seas duro con ellos.

—Todavía tenemos mucho que aprender, y me incluyo a mí mismo.

—Y yo también tengo bastante que aprender —refutó Marta, retirando su mano de la de él.

—Necesito saber lo que dice este nuevo mensaje cifrado. —Los labios de Andrés apretaron el cigarrillo hasta casi aplastarlo.

—Sabes que lo haré —anunció Marta

—En menos de veinticuatro horas.

—De acuerdo.

Fuera, la oscuridad se había apoderado de la ciudad de Gerona y había extendido sus largas sombras por todas las calles, lamiéndolas en silencio, en medio de unos copos de nieve que empezaban a caer de nuevo.

Y Marta tardó siete días en descifrar el mensaje.

Un día antes del descubrimiento, había dejado de nevar, pero el intenso frío permanecía latente. El viento aullaba en todas las esquinas y la investigación no había avanzado tanto como él.

Estaban en un punto estancado, sin nuevos datos. Todos los escenarios de los crímenes seguían precintados con aquellas quebradas letras, escritas por un dedo tembloroso impregnado de sangre. Una sangre que se había secado y descascarillado.

—¿Qué tenemos?

El sargento Iñaki estaba nervioso, paseándose una vez más por la parte posterior de su mesa, tropezando de vez en cuando con la silla, que chirriaba al moverse de un lado a otro.

—¡Nada! Los criptógrafos no han avanzado nada. No se ha encontrado ninguna huella. Solo tenemos bolsas de basura con restos de cuerpos congelados en las neveras. Pero nada de todo esto ha salido en la prensa. —El sargento puntualizó la última palabra mesándose el bigote, que había crecido al menos dos centímetros.

Andrés fumaba como un carretero y el humo sacudía el aire del despacho, embriagándolo con un aroma a nicotina. El sargento Iñaki ya estaba acostumbrado a sus malditos cigarrillos.

No hablaron de nada más. Fue un encuentro corto y con las caras más amargas de este mundo. Se sentían frustrados, excepto Andrés, que estaba pensado en Marta.

Al día siguiente, recibió una llamada de ella.

95

—¡Lo tengo!

Andrés se había llevado el teléfono al oído con su característica lentitud y, en medio de una cortina de humo que escupía desde sus fosas nasales, sus ojos se fijaron en el cristal de la ventana y sus labios se arrugaron.

—Puedes decírmelo por teléfono. Esta vez sí. No hay nada que ocultar a estas alturas. ¿Es quien creo que es?

Hubo un momento de silencio y se escuchó un chasquido en la línea muda.

—Si creo lo que estás pensando, te diría que sí.

—¿Es él?

—Sí.

Andrés aspiró de nuevo de su cigarrillo y expulsó un torrente de humo contra el cristal de la venta. Ahora no nevaba. Pero hacía viento, una fuerte tramontana.

—¿Cómo se llama?

—Jordi Rosell.

Se produjo otro largo e intenso silencio entre los dos.

—Llamaré al sargento Iñaki y daremos con él.

—¡Eso no hace falta! —Se apresuró a contar Marta, con el corazón en un puño, como un caballo desbocado intentado escapar—. En el mensaje ha puesto su dirección.

—¿Qué?

—Vive en la calle... —Marta enmudeció de inmediato para formular su siguiente pregunta

—. ¿Puedo decir su dirección por teléfono?

—Ya te he dicho que sí. Hoy puedes hablar. Quiero acabar con todo este asunto.

—Vive en la calle Guimerá de Salt, en el número ochenta y tres. Octavo piso, puerta B.

Andrés cogió lo que le restaba del cigarrillo con los dedos. Lo sostuvo en el aire un momento y se lo llevó de nuevo a los labios.

—Avisaré a la caballería.

—Creo que no va a hacer falta —dijo Marta.

—¿Qué más dice? ¿Se ha escapado?

—No. En el mensaje añade algo más...

Y, de nuevo, el silencio ominoso, exceptuando el llanto del viento al acariciar las esquinas de los edificios y las ramas de los árboles.

Finalmente, Andrés preguntó:

—¿Qué dice más adelante en el texto...?

—¿Qué ha completado su obra maestra! —exclamó Marta, interrumpiéndole—. Creo que se ha hecho algo.

Andrés lo comprendió enseguida.

Aspiró la última calada del cigarrillo y lo tiró al suelo. Después, la suela de su zapato negro lo aplastó e hizo desaparecer el humo.

—¿Hay algo más que tengas que decirme?

—Sí.

—Dímelo. —Andrés había atrapado de su bolsillo otro cigarrillo.

—El título de su obra maestra es "*Siete libros, siete pecados*".

Andrés encendió la llama del mechero y se acercó más al cristal de la ventana y, en un momento dado, vio el reflejo de su rostro serio dibujado en el cristal. Después, la imagen fue sustituida por una cortina de humo.

—Ya sé lo que ha hecho. Gracias, Marta. —Andrés iba a pulsar el botón rojo del teléfono, cuando la voz fogosa de Marta llamó de nuevo su atención.

—¿Sabes una cosa más?

—¿Qué?

—El cabrón de mi padre ha muerto hoy, por fin —y se escuchó un jadeo al otro lado de la línea. Después, el silencio.

Andrés frunció el ceño.

Ella no lo vio.

—Me alegro por ti, Marta.

—Y no te diré qué método ha utilizado esta vez el asesino para encriptar el mensaje.

—Está bien.

Y colgó.

96

Todos los efectivos de la Guardia Civil y los Mossos d'Esquadra acudieron en tropel, aparcando sus coches frente al bloque ochenta y tres de la calle Guimerá, con fuertes frenazos y olor a goma quemada, ante la estupefacta mirada de los vecinos y los transeúntes.

Había rachas de viento helado, pero la nieve había desaparecido ya y Andrés, al contrario que el sargento Iñaki y los demás agentes de policía, no tenía prisa por bajarse del coche patrulla.

Mientras los agentes estaban acordonando la zona y apuntalándose en cada esquina para que el asesino no pudiera escapar por ningún lado, Andrés puso el pie derecho sobre el suelo.

Su mano asomó por encima de la portezuela, y su brillante y recién afeitada cara recibió un nuevo golpe cuando el frío se cruzó en su camino.

—¡Circulen! —vociferaba uno de los agentes, moviendo sus brazos como aspas. Los coches se detenían un solo segundo y después aceleraban sus motores.

La Policía Científica también había llegado, por petición expresa de Andrés, quien se las tuvo que ver con el sargento cuando lo solicitó.

La puerta de la entrada al bloque de edificios era pequeña, con una puerta doble de barrotes de acero color marrón.

Delante de ella había ahora, al menos, diez hombres encañonando sus armas reglamentarias.

Andrés salió lentamente del vehículo y lo bordeó mientras se encendía un nuevo cigarrillo. Su mirada fría, distante y seria, le caracterizaba una vez más. Solo le faltaba llevar puesto un sombrero.

Los bajos de su gabardina barrieron el suelo mientras se encaminaba hacia la puerta de la entrada, que ya estaba abierta. Expulsando dos torrentes de humo por la nariz, dijo:

—No es necesario que empuñéis tan fuerte el arma. No os va a hacer daño.

Y, de pronto, una cara de asombro recorrió a todos los agentes.

Al entrar, a la izquierda, bajo un recoveco, estaban los buzones y, justo al lado, el pasillo que conducía al ascensor, que fue tomado por algunos agentes.

Había ocho plantas y Andrés decidió que las subiría andando. De modo que se dirigió hacia la parte derecha de la entrada y pisó el primer peldaño de unas largas y angostas escaleras.

Así le daría tiempo a pensar.

Aunque en lo más profundo de él, sabía que ya no habría nada más para tener que hacerlo.

Diez minutos después, y tras dos cigarrillos que habían sido escupidos en las escaleras, llegó al fin a la puerta del piso del asesino.

«Qué bien sonaba eso», pensó irónicamente.

Los agentes se habían guardado el arma y, en su lugar, disparaban los flashes para hacer fotografías.

Al entrar, había un corto pasillo con dos puertas. Una que daba a la cocina y que estaba situada en la parte izquierda; y la otra, la principal, que estaba al frente y que daba al comedor: lugar en el que estaba toda la Brigada de Policía Científica, embolsados en una especie de globo blanco, arrugado, tomando muestras de todo lo que allí habían encontrado.

Andrés encendió el mechero. No había visto una sola gota de sudor, a pesar de subir más de doscientos escalones.

Nada más entrar, su cabeza se volvió hacia la pared que estaba situada a su derecha. En ella había folios clavados con chinchetas, que evidentemente, solo contenían textos cifrados. Toda la pared estaba escrita con sangre, con una letra irregular que perdía el pulso por momentos. «El asesino debió perder mucha sangre», pensó Andrés, a juzgar por la cantidad de texto que allí había escrito.

No había ningún resto humano clavado, solo texto escrito; esta vez descifrado.

“¿Se puede decir que habéis llegado otra vez tarde? He cumplido mi obra maestra. Yo soy el séptimo y he acabado el que será, sin duda, el best-seller del año. Todos esos desgraciados no sabían contemplar mi obra. Ahora están donde deberían haber estado desde el principio. Mis obras son mágicas. Junto a la máquina de escribir he dejado el libro acabado cuya clave son las tres últimas letras. Es un cifrado sencillo, tenéis la clave. En cuanto a mí, id al cuarto de baño. Os estoy esperando”.

Andrés se preguntó cuántas veces se habría cortado las manos o los antebrazos para escribir el extenso mensaje. ¿O sería sangre de origen animal? Él creía que no.

El pasillo estaba lleno de agentes caminando como hormigas que salían y entraban en el cuarto de baño, que estaba situado en el lado izquierdo del pasillo.

Corría el aire helado, llevándose con él el hedor y la pestilencia que ni la nicotina podía suplantar. Y, ese mismo aire helado, acariciaba el rostro de Andrés mientras caminaba hacia el cuarto de baño. Como unas manos frías masajeándole la piel.

Y entonces lo vio.

—Tenías razón —dijo el sargento Iñaki, con una mascarilla puesta. Su voz era ahora irreconocible y se podían escuchar perfectamente sus jadeos, su respiración acelerada.

Andrés no contestó.

Simplemente, se limitó a ver al pobre desgraciado y al gran genio que pudo ser.

Jordi Rosell estaba con el cuerpo inclinado hacia adelante, dentro de la bañera, pero había caído de lado y en la boca tenía algo. Eran unas grandes tijeras abiertas que se había clavado hasta la tráquea y que habían rasgado en dos su lengua antes de perforar la garganta y la parte alta del esófago.

Sus ojos estaban todavía abiertos, vidriosos, como si estuvieran congelados, pero estaban enrojecidos, como inyectados en sangre. Toda la boca, el mentón y el pecho estaban cubiertos de sangre. Alrededor de la boca, todavía volaban algunas moscas. Todas del tamaño de un abejorro, pero con sus cuerpos azules y violetas.

El olor nauseabundo no podía escapar por la pequeña ventana que había en el cuarto de baño. Sus manos, engarrotadas, estaban purpúreas al igual que el rostro y, probablemente, todo su cuerpo. Tenía puesto el chándal pegajoso y lleno de sangre de sus víctimas.

Andrés supo que estaba muerto desde el día siguiente de su último asesinato.

En la pared roñosa de la bañera, que algún día debió ser blanca, había otro mensaje escrito:

“El modo en el que cometí los asesinatos no importaba, solo quería dar un mensaje. Este”.

Y, aunque a primera vista aquel mensaje carecía de sentido, Andrés supo con toda certeza a lo que se refería y no le dijo nada al sargento Iñaki ni a la Policía Judicial.

Antes de acabarse su cigarrillo y escupirlo sobre el cadáver de Jordi Rosell, vio las marcas de los cortes que se había hecho en las manos y en las muñecas para poder escribir el gran mensaje, que estaba acompañado de pequeñas moscas revoloteando en el comedor.

Y vio algo más.

Su cuerpo estaba hinchado, y eso quería decir que sus tripas estaban a punto de salir despedidas.

—Quiero que descifren el manuscrito —dijo Andrés, con su voz grave y ronca—. Yo me marcho.

Y, entonces, escupió la colilla sobre el rostro purpúreo del asesino.

La voz melosa de una mujer sonó por los altavoces que habían instalados en el arcén, anunciando la salida inminente del tren Talgo hacia Madrid. Estaba resoplando como una bestia sobre los raíles, en la vía dos.

Andrés se estaba acabando el cigarrillo, en medio de la mañana helada del primer día de febrero. El día después de ver los ojos del asesino. Se estaba preparando para escupir la colilla a las vías del tren cuando, de repente, escuchó su nombre.

Se volvió en medio de una densa capa de humo y su mirada profunda, de ojos azul celeste, la vio.

Era Marta.

—¡Andrés! ¡Espera! —La voz de ella sonaba como el grito de una chiquilla, y su flequillo seguía sin moverse de su frente, ni aún cuando corría.

Andrés la miró en silencio, con una sensación vaga de compasión y tristeza que nunca antes había sentido por alguien.

Marta se acercó a él, corriendo, y se le lanzó al cuello con sus brazos delgados abiertos, como si de una gata se tratara. Salvo que no lo arañó, sino que apretó su cara cálida contra el rostro frío de él.

Así permaneció durante casi un minuto, con los pies sin tocar el suelo y, entonces, Andrés descubrió lo poco que pesaba y cuánto la quería.

—No quería que te marcharas sin despedirme de ti —le susurró al oído Marta.

Andrés no contestó.

La colilla se había caído al suelo y allí permanecía humeando, lanzando mensajes de humo al viento helado de ese día.

Entonces, Marta le besó en la mejilla.

Andrés la sintió como si fuera su propia hija.

—Tal vez vuelva por aquí algún día para visitarte —dijo Andrés, con sus ojos casi llorosos y la cara iluminada por una sonrisa leve.

—¡Has sonreído! —exclamó Marta, con los ojos muy abiertos, y abrazándolo con fuerza, ahora con los pies en el suelo.

—Ahora tengo que marcharme —dijo Andrés y la cogió de la mano.

—Te echaré mucho de menos, Andrés —dijo Marta, ahora con lágrimas en los ojos.

—Y yo a ti, hija. Y yo a ti —contestó Andrés.

98

Un mes después, Andrés recibió una llamada del sargento Iñaki.

—Dime.

—Tan simpático como siempre —dijo la voz preocupada del sargento.

—Yo y mis cigarrillos...

—El libro ya está descifrado —le cortó el sargento, con voz trémula.

—Deja que adivine. —Se escuchó el roce de la piedra del mechero al encender la llama —. ¿A que es una especie de diario?

—Sí. —Se apresuró a contestar el sargento, y añadió—: Pero hay algo más.

—¿Qué hay?

—Ha escrito la historia completa...

—¿Y?

—Que salimos tú y yo, y hasta el cabo Toni y todos los demás. Es como si nos hubiera perseguido en todo momento. Y, además, se va a publicar en breve. “*Siete libros, siete pecados*” es el título. —La voz del sargento se estaba alzando como una nube a punto de desaparecer en la estratosfera.

—Me lo imaginaba. ¿Sale alguna chica en el libro?

Hubo un corto espacio de silencio.

Después, algo carraspeó en el teléfono de Andrés, que estaba embriagado por el humo del cigarrillo.

—¿Por qué tiene que salir una mujer?

—Por nada.

Y colgó.

FIN

El susurro del loco

1

El tren produjo un fuerte ruido, como si se hubiera estampado contra un muro de hormigón, pero invisible. Después, el chirrido frenético de las ruedas resbalando sobre unas vías que se doblegaban bajo su peso. Y la ira de la gravedad sobre los viajeros: que iban siendo empujados, uno a uno, hacia adelante, como si un muelle se hubiera soltado en sus espaldas. La confusión reinó en el primer vagón; y el desconcierto, en el segundo. Un claxon, tan potente como el de un barco de altamar, bramó sobre sus cabezas y, finalmente, todo fue sórdido. Las manos y los pies entumecidos; las caras, como si miles de hormigas desfilaran por todas ellas; y un zumbido, como una gran mosca cojonera. Era todo lo que podían escuchar —entre el silencio repentino— tras la detención de la máquina.

Andrés López perdió el cigarrillo que pendía entre sus labios; y sus ojos, ocultos tras una helada mirada, buscaban el sentido de todo aquello.

—Un accidente —susurró.

La gente estaba amontonada y, a la vez, atontada (por no decir aturdida). Los golpes habían sido violentos y una chica había perdido el conocimiento. «A veces», pensó Andrés «los accidentes más tontos causan más estragos que los brutales». Por suerte, en el vagón primero no había ninguna cabeza cercenada. Sin embargo, los gritos del maquinista atraparon el aire y se colaron por debajo de la puerta de metal. En realidad, su voz —que estaba amortiguada por la pared de amianto con acero— conseguía atravesarla.

—¡¡¡Dios!!! ¡No puedo verlo!

El dedo del inspector más afortunado de la UCO, que tenía pensado tomarse unas vacaciones en Murcia junto a sus familiares, apretó un botón de color rojo. Después, un siseo acompasado acompañaba a la apertura de la puerta del vagón, que se quejó al desplazarse hacia un lado. Creía recordar que antes se tenía que tirar de una palanca, situada en el lado derecho de la misma. Todo había evolucionado, pero eso ahora daba igual.

Con la mano rebuscando en el bolsillo de su gabardina, en pleno mes de agosto, trataba de coger la cajetilla de cigarrillos. Algo que le llevaría a la tumba tarde o temprano. Pero él siempre decía: «todos vamos a morir».

Una bofetada de olor a quemado le hizo arquear las cejas, pero pronto algo dulce —o quizá ácido— le embriagó los pulmones, justo antes de realizar una calada al cigarrillo mientras

bajaba los dos peldaños metálicos hasta el andén, con toda la pasividad del mundo.

Miró a su izquierda y vio a un grupo de gente que se tiraba de los pelos; y quizá de su piel, hacia abajo, desfigurándose con grotescas muecas llenas de pánico y horror.

El humo se enredó en el aire y los dedos del sol lo fulminaron en una nube de vapor. Andrés se encaminó hacia ellos y fue entonces cuando vio el rostro del maquinista. El terror era un mapa en su cara; y sus ojos, desorbitados, parecían querer atravesar los cristales de la cabina.

Y en la segunda calada lo vio.

La cabeza había sido escupida del raíl como un *Obus* hacia el otro andén y el cuerpo se estaba sacudiendo de la última gota de sangre. Convulso y espasmódico, seguía moviendo las manos y las piernas.

Pero cuando enarcó de nuevo las cejas, todo se detuvo, no así el chorro de sangre que salía del cuello cortado. La sangre, sedosa y brillante bajo el sol, lamía las piedras que había entre los dos raíles, como un río desbordado.

—¿Se habrá suicidado? —preguntó un empleado de Renfe, con una incómoda mueca en sus labios.

—No lo sé —respondió un joven que aún tenía puestos los auriculares. Hacía, además, ademanes con la cabeza, y su rostro no mostraba más que un rictus nervioso.

—¿Ha sido un accidente? —preguntó una mujer, con la mano apretando su pecho. Era de mediana edad. Su cara, a diferencia del joven, era todo un mapa de sombras y terrores que se escurrían en ella.

—No lo sé —respondió el mismo imbécil de los auriculares.

La nicotina recorrió los bronquios de sus pulmones y jaló profundamente. Sintió cómo le quemaba la piel por dentro, así como le ardían las mucosidades y fluidos que trataban de recubrir las paredes de cada pulmón. Después, expulsó el humo por las fosas nasales y se le nubló de forma intermitente la vista.

—No ha sucedido ninguna de las dos cosas —aseguró Andrés, con su retumbante voz grave—. Alguien lo ha empujado.

Y todos lo miraron con rostros enjutos.

—Sí. Águilas. Está bien. Deme un billete, por favor. —El hombre escuálido, de barba rala, pasó un billete de diez por debajo de la ventanilla. Una pantalla oscura molestaba la vista con sus números rojos: 5,95. Era el precio del billete. Los ojos oscuros de aquel hombre, que llevaba chaqueta marrón, además vieron la cantidad del cambio parpadeando en esa vetusta

pantalla, que más bien se parecía a un marcador de baloncesto.

El operario de Renfe, que lucía un chaleco azul con la insignia pegada como un moco en un lado del pecho, le había dicho lo que costaba el billete segundos antes, y ahora sus dedos tiraban del billete marrón. Lo introdujo en una boca de plástico que tenía una especie de caja, que se asomaba como un ojo por encima del mostrador, la cual devoró el billete y escupió unas cuantas monedas, al ritmo del tintineo de unas copas de champán brindando.

Después, ante una especie de sonrisa, el operario depositó sobre el mármol las monedas y un trozo de papel pequeño y rectangular. Le sonrió, y con la vista dijo: «apártate y que venga el siguiente».

El hombre de la chaqueta marrón recogió las monedas y el billete de tren con una mano mientras, en la otra, apretaba con ostentada fuerza el asa de un maletín negro, y salió de la fila. Entonces, escuchó algo:

—El tren ha atropellado a un hombre. —La mujer rubia, de ojos celestes y con *piercing* en un labio, hablaba a todos los que allí estaban, ahora, con sus cuellos girados hacia ella, como si fueran de goma. Decenas de ojos se desencajaron de sus cuencas, al menos un milímetro, y acto seguido empezaron a correr hacia la puerta corredera en tropel.

Aquel hombre miró de reojo a la joven —que vestía vaqueros y una blusa blanca con el cuello muy abierto, por el cual mostraba su canaleta—, y sonrió de forma malévola.

Y así estuvo hasta que la joven se fue de la sala.

3

La policía local acudió allí diez minutos después. La Guardia Civil se presentó un minuto más tarde. Ante la atenta mirada cegada por el sol, Andrés López vio llegar por fin a los forenses, que flotaban en sus monos blancos y se atragantaban detrás de sus mascarillas.

Un hombre, con aspecto ceñudo y ataviado con su uniforme oscuro —tan prometedor como un cuervo al acecho—, estaba apuntando algo en una libreta. Sus labios estaban prietos, y Andrés clavó su mirada en él.

La policía había acordonado el perímetro; y los curiosos, dispuestos a sufrir un ataque de ansiedad, quedaron relegados a estar detrás de la cinta verde, o quizá amarilla, pero muy lejos del cuerpo, que flotaba en un charco gelatinoso con la superficie seca.

El sol hostigaba y el motor de la máquina del tren todavía ronroneaba sobre las vías, que destellaban como diamantes. El maquinista estaba sentado en un banco de metal, a unos cinco metros del suceso; y una mujer joven, con cabello negro y rizado, le estaba tomando el pulso. El hombre estaba pálido como un muerto y sus ojos, desubicados, perdidos en la distancia.

Los vehículos de todas las fuerzas de seguridad y la ambulancia lanzaban rayos azules y

rojos desde detrás del edificio de la estación del Carmen, como si de una feria se tratara. Algo así como un ti vivo vacío.

Andrés López escupió la segunda colilla y siguió observando en silencio, con una mirada profunda y penetrante. Sus azuladas córneas reflejaban todo el jolgorio que se había montado en un momento. Y sus manos estaban dentro de los bolsillos de la gabardina, que barría el suelo si trataba de andar; pero no lo hizo.

Y pensó que había empezado bien sus vacaciones.

4

Todas las comunicaciones de los trenes de cercanías se habían suspendido hasta nuevo aviso. Una voz, femenina y suave, dio la noticia por la megafonía. Después, esa misma voz se extinguía con un *clinc clonc*, y la sala se sumía en un profundo silencio.

El hombre del maletín giró sobre sus talones y se dirigió hacia la consigna, donde tenía guardada su maleta de viaje. No era extremadamente grande. Era gris y de piel sintética, pero no tenía ningún desconchado.

Una vez frente a ella (la número 64) sus ojos se clavaron en un teclado brillante, con los números negros marcados en relieve. Momentáneamente, había olvidado la contraseña y sus ojos giraron como peonzas en sus cuencas; bueno, casi. Sencillamente, biqueó. Pero el esfuerzo valió la pena porque su cerebro vomitó la secuencia de cuatro dígitos.

La yema de su dedo índice se posó en el frío teclado. Primero pulsó el número 2; y después, el número 1. Cuando escuchó el *clic* de mecanismo de la apertura de la puerta, su corazón empezó a latir de verdad. Ajeno a todo lo que estaba sucediendo en el andén, él tiró de las asas de la maleta con fuerza. No pesaba mucho, pero, aún así, se le cayó al suelo. Sí, había escuchado que había un hombre embestido por el tren Talgo que procedía de Madrid y había mirado a esa chica con ojos chispeantes, casi lunáticos, ¿y qué pasaba?

Él había visto aquellos ojos abiertos mientras la cabeza rodaba por encima de los raíles y después había escuchado el crujido de los huesos al golpearse con otro raíl.

Después de todo, su impulso fue empujarlo.

Eso era todo.

5

—Quisiera saber algo de las primeras conclusiones obtenidas de este asesinato —dijo Andrés mientras sus pulmones, ahora sí, respiraban el dióxido de carbono de la máquina del tren,

en lugar de la nicotina.

El agente de la Guardia Civil lo miró de soslayo y dijo:

—¿Quién es usted y por qué ha mencionado la palabra asesinato?

—No puedo decir que lo he visto todo, pero sí que pertenezco a la famosa Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, es decir, la UCO, pero he venido a disfrutar de mis vacaciones, no a que me jodan —explicó Andrés mientras miraba al agente con semblante serio.

—¡Ya! Y yo soy tu padre —acució el hombre, que apenas sí lo miró a la cara.

—No. Tú eres mi hemorroide, y pronto voy a sentarme sobre una piedra que termina en punta, para aplastarla.

El agente de la Guardia Civil, con su gorra verde encajada hasta las cejas, se giró de inmediato y lo miró. Mientras, Andrés tenía entre sus dedos una barrita blanca que, inevitablemente, era un cigarrillo que se iba a soplar en menos de un minuto.

—No veo que tenga usted el chaleco puesto.

—Sí. Sí que lo tengo. Lo tengo puesto en el culo. ¿No lo ve?

El agente cerró sus labios y cruzó la banda de plástico, perdiéndose entre los demás. Andrés raspó con su uña un fósforo que crepitó al instante y encendió el cigarrillo, dándole una profunda calada. Sus mofletes se hundieron hasta la base de la lengua y sus ojos salieron hacia afuera. Siguió mirando la escena del crimen y soltó un remolino de humo.

Sabía que no podría dejar de pensar en todo aquello. Sabía que el asesino estaba cerca del lugar del crimen y solo le bastaba con olfatear el aire. Sabía que se estaba metiendo en otro lío en su larga carrera como inspector de la UCO.

Estaba jodido, pero también lo sabía.

El hombre flacucho se sentó en un banco metálico dentro de la sala de espera. Mientras, la gente que se acercaba a la estación a comprar un billete disparaba sus miradas hacia el otro lado de la puerta corredera. El que alguien estaba sin cabeza en las vías del tren era comidilla dentro y fuera de la sala de espera, pero algunos viciosos seguían aferrados a su jarra de cerveza en el bar, que estaba visible si mirabas hacia la izquierda. Estos empedernidos volvían de vez en cuando sus cabezas entre trago y trago. Soltaban un eructo y chismorreaban sobre el tema.

No todos eran iguales.

Como el hombre de cabello pringoso y apelmazado, que ahora pasaba las páginas de una revista que mostraba en su portada el siguiente titular: LOS 20 ASESINOS MÁS

SANGRIENTOS. Sus ojos resplandecían ante aquellas fotografías de todos aquellos perturbados, como cuando chispearon al ver volar la cabeza.

Tan sencillo como eso.

7

Se volvió bruscamente y miró en la distancia a todos aquellos agentes, algunos de los cuales tenían los labios sellados y sus miradas fijas en el suelo. Después, sus ojos se posaron sobre la cabeza, que estaba tapada con un trozo de manta isotérmica. Había dos piedras grisáceas descansando en ambos lados, sobre los bordes, para que el viento no se la llevara como a un globo.

Hubo una súbita andanada^[1] de adrenalina en sus venas, algo impropio de él; y, aprovechando un descuido de los agentes, tocó la cabeza con la puntera de su zapato, tan oscuro como su gabardina. Cuando cesó la descarga de adrenalina —algo más apropiado de él—, Andrés se puso tenso al ver brillar aquellos ojos. Algo tampoco muy frecuente en él.

—¿Por qué será que no te creo? —Le preguntó a la cabeza.

De repente, una voz aguda penetró en sus tímpanos como una taladradora. Encogió el cuello y alzó la vista.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo aquí? —El agente, ataviado con su uniforme azul y la gorra encajada como un condón, estaba moviendo las manos como si remara en el aire.

—¿A ti qué te parece?

—Pues que está donde no deberías estar. ¡Váyase de aquí!

—¿Está y estar? ¿Qué juego de palabras es ese?

—Da igual lo que yo haya dicho. Fuera de aquí.

Andrés le miró con un semblante serio, muy propio de él.

—¿Y si digo que no?

El agente titubeó.

—Pues tendré que llamar a mis compañeros...

—¿Ah, sí? ¿Y fumaremos todos juntos al lado de la cabeza? —La voz de Andrés sonaba algo más ronca de lo habitual. Se estaba cabreando.

—Está usted loco, ¿lo sabía? ¿Por qué dice esa sandez?

—No lo sé. Dímelo tú.

En ese momento, la mano de Andrés se escondió en el bolsillo de su gabardina.

El agente de policía echó mano del arma reglamentaria. Rozando la culata con sus delgados dedos. Estaba sudando por los poros de la frente y también sentía humedad en la espalda.

—¡Saque esa mano donde la vea! —gritó el agente—. O voy a tener que usar mi arma.

Andrés sacó la cajetilla de cigarrillos. La golpeó con el canto de su mano y una lengua blanca asomó al sol.

—Tranquilo. No voy a sacar un arma. Aunque esto también mata. —Y Andrés le mostró un pequeño rictus escondido en una esquina de su boca. Sus ojos seguían siendo lo mismo de oscuros que cuando el agente lo increpó.

—Está bien. Ya tengo bastante por hoy. Márchese, señor.

—Quizá lo haga cuando el maldito tren salga hacia Águilas.

Se encendió el cigarrillo, que pendía como un palillo grueso entre sus labios secos.

—Eso sucederá pronto. Vamos a proceder a levantar el cadáver.

—¿Tan pronto? ¿No han observado en los alrededores?

—¿Qué quiere decir con eso?

Los dedos del agente estaban tensos sobre la culata del arma, que se ocultaba tras la funda desconchada.

—Quizá el asesino esté todavía por aquí. ¿No han pensado en esa posibilidad?

—¿Quién es usted?

En cierto modo, aquel agente escuchó retumbar su corazón dentro de su pecho, como si fuera un tambor de hojalata. Y a esto le había precedido el derecho a la duda. En momentos puntuales, había llegado a pensar que aquel hombre con gabardina, en pleno verano, trataba de ocultarle algo.

—Soy tu padre. —El humo acarició su rostro y se elevó en el aire junto a una nube densa de calor pegajoso. Muy por encima de sus cabezas, el humo empezó a disiparse.

El agente sintió cómo le estaban empezando a temblar las piernas y, al mismo tiempo, cómo le quemaban los ojos. «Aquel tipo le estaba vacilando», pensó; y en ningún momento imaginó que podría ser el supuesto asesino.

—Ya está bien, señor. ¿Tiene algún problema mental?

—Sí, soy un perfecto cabrón.

Las cejas de aquel hombre, al que le temblaban ahora los dedos sobre la empuñadura de su arma, se arquearon mostrando dos V perfectas.

—Le sugiero que se marche, señor. Si no es así, tendremos que echarle a la fuerza.

Los ojos de aquella cabeza seguían abiertos y miraban hacia arriba. Hacia sus rostros. Ambos estaban el uno frente al otro.

—Y yo le sugiero que deje de tocar su arma —dijo Andrés—. Conozco bien mis derechos y los que no. Aunque, todo hay que decirlo: algunas cosas me las pasó por las pelotas. ¿Alguien vio algo?

Con aspecto dubitativo, el agente dijo:

—No le entiendo, señor. Está agotando mi paciencia.

Andrés escupió un anillo de humo con la boca. Este flotaba y ascendía, lentamente, hacia un cielo azul hasta romperse.

—Y a mí se me están acabando los cigarrillos.

—Voy a tener que llamar a mis compañeros —acució el agente, dejando por fin de rozar su arma.

—Llame a su superior. Estaré esperándole aquí.

—Eso es lo que haré.

El agente, de estatura alta, casi un metro ochenta pero excesivamente delgado, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la parte delantera de la máquina del tren, que todavía estaba limando asperezas con los cilindros. Estos seguían funcionando en un sórdido ruido que embriagaba los oídos, como el ronroneo de un gatazo.

El aire se llevó el trozo de la manta isotérmica y esta empezó a brillar, como el agua del mar mientras las olas avanzan hacia la orilla, salvo que ese pedazo de manta lamió el suelo hasta alzar el vuelo como una cometa.

Lluvia no, pero viento era lo que más acompañaba a la climatología de Murcia. Andrés siempre pensó que esa región debía tener —plantados como estacas— miles de generadores eólicos en todas las montañas, para generar riqueza inmediata en lugar de las hortalizas.

Y, por supuesto, estaba el sol.

Siempre dispuesto a quemarte la coronilla.

—¿Por qué será que no te creo? —Le volvió a preguntar a la cabeza, que descansaba laxa sobre las piedras. Sus ojos estaban, ahora, acuosos y blancuzcos.

Cerró la revista como si cerrara una puerta de un portazo. Con un golpe seco, pero en lugar

de escucharse el repicar en el marco, solo se escuchó un siseo: tan bajo que apenas sí lo escuchó; solo lo quiso escuchar. Aquel olor a tinta, de aquellas páginas, le había devuelto la chispa en sus ojos, y sobre todo aquellas fotografías de la sección interior, a las cuales seguía con la mirada más aterradora, espantosa, y sin emociones.

Un joven pasó inadvertido por su lado, y había visto de soslayo una cara aplastada que flotaba en un charco de sangre, rodeada de una cinta y marcadores del número dos. Eso había sido antes de que las páginas de aquella revista dichosa se arrebujaran unas con otras. Y le pareció asqueroso.

El hombre de la chaqueta no lo miró. En lugar de ello, dobló la revista formando un tubo y la guardó en su maleta grisácea. Al abrirse la cremallera, esta había chirriado, literalmente, y cuando el joven ya tenía los ojos puestos hacia la puerta corredera, todos los asesinos en serie quedaron ocultos entre una camisa y un pantalón. Una única muda. Sonrió y cerró de nuevo la cremallera, esta vez sin hacer ruido.

Pero a su izquierda, detrás de él, el joven que ya había cruzado la puerta corredera lanzó un gritito de asombro claramente audible.

El hombre sonrió.

9

Llegó el momento de levantar el cadáver y la cabeza; y Andrés López ya se había ventilado dos cajetillas de tabaco. El humo de sus cigarrillos podría haber competido con el humo de la máquina del tren, que seguía en marcha.

Y cuando se encaminó hacia el ascensor, que estaba esperándole como una boca abierta en el andén número 3, recordó que, de pequeño, en Águilas, había presenciado un suicidio en las vías del tren.

Mientras las puertas de cristal se cerraban, comenzaron a bombardearle aquellas imágenes que nunca había olvidado.

Era un mediodía de verano, casualidad de la vida, pero del año 79. Él vivía en la barriada conocida como «Las Cien Casas» y, a escasos doscientos metros, estaba la parada de tren El Labradorcico. Todos los jodidos días veía pasar el tren, detenerse tras gritar sobre las vías; y observaba cómo la gente bajaba del mismo, como si fueran siluetas oscuras en mitad del día. A un lado había un bar conocido con el simple nombre de DOMINGO. Recordaba que se decía que allí estaban los más trabajadores del pueblo, haciendo grandes esfuerzos con el codo empinándose las copas. Andrés soltaba una carcajada y seguía observando el tren cómo arrancaba de nuevo, chirriando sobre los raíles y avanzando a un paso de tortuga gigante. Como si toda esa maquinaria pesara más que la misma Tierra. Y así fue, hasta que un día observó cómo alguien estaba dando

bandazos desde la puerta del bar hasta las vías del tren. «Está borracho», dijo. Eso lo recordaba siempre, y su padre respondía: «no hijo, está cansado de trabajar». Soltó una carcajada y escuchó el pito del tren, que se acercaba a gran velocidad. Hasta ahí era todo normal. Pero las cosas se torcieron cuando aquella silueta entró en las vías y se detuvo. Andrés abrió sus pequeños ojos y se puso tenso. El hombre había avanzado un poco más hacia adelante, siempre dentro de las vías, y el tren se acercaba peligrosamente hacia él. Recordaba cómo se escuchaba el corazón latir en las sienes y, entonces, la risa se borraba de su cara.

Lejos de engullirse a aquel hombre, el tren lo partió en dos pedazos que salieron volando por el aire como dos proyectiles. Por un lado, las dos piernas atadas a la cintura; y por otro, el tronco con sus brazos, su cabeza y las tripas colgando. Aquello se le había quedado grabado en sus retinas; y en su memoria, a fuego. Incluso, llegó a escuchar el ruido seco al seccionarse en dos. Un chasquido, y como un chapoteo a la vez. Durante casi una eternidad, aquellos dos trozos se mantuvieron suspendidos en el aire, hasta que la máquina del tren avanzó hacia el bar y frenó a escasos metros de la parada. Y solo entonces vio la parte del torso caer a un lado del primer vagón, con un choque de huesos sobre las piedras. Se imaginó lo mismo con las piernas. Recordaba que tenía unos pantalones negros y que la camisa era azul. También recordaba aquellas tripas flotando como globos; y cómo la sangre y las heces manchaban la puerta del tren. Y, cuando sucedió eso, su corazón se detuvo un instante mientras que su sonrisa se había detenido para siempre.

El ascensor tocó fondo con un suave salto y las puertas de cristal se abrieron dentro del pasillo subterráneo que le permitía cruzar los andenes, para ir hacia la máquina expendedora de tabaco. Salió sin titubear y recordó algo más.

Aquel tipo, cortado en dos trozos, había estado expuesto al sol casi dos horas; tiempo en el cual no lo había dejado de mirar. Sus vecinos sí que se habían acercado al lugar, y el maquinista estaba todo el tiempo llorando, gimoteando, estirándose de los pelos hasta llevarse por delante la tensa piel de su cara. Los agentes de la Guardia Civil habían llegado, y custodiaban aquellas piernas como si fueran un tesoro. Finalmente, el maquinista subió a la cabina y desplazó el tren hasta dejar libre la zona del impacto; y entonces, Andrés vio ambos trozos laxos sobre las piedras, muy distantes entre sí. Aquello le impactó, sobre todo cuando un perro hambriento le dio un lametazo al torso seccionado del hombre. Un agente levantó su bota y asustó al can. Y entonces vio cómo un coche fúnebre, tan negro como una noche sin luna, avanzaba inquietantemente despacio hacia las vías del tren. Un hombre ataviado de negro salía de otro coche, también negro, y, tras escribir sobre un bloc de notas, había movido sus largas manos. Entonces, Andrés, que estaba sudando copiosamente y mantenía los escalofríos en su cuerpo helado, vio cómo los agentes de la Guardia Civil alzaban las piernas y lo introducían en el ataúd, que se mostraba como un diván blanco. Después hacían lo mismo con el torso, y vio algo que se desprendía de su interior.

Andrés subió las escaleras hacia el andén y dejó de pensar en aquel recuerdo que le había robado la risa para siempre. Una vez en el andén 1 (justo al lado del edificio de ladrillos rojos que tanto le gusta mostrar RENFE en todas sus estaciones, como marca de la casa), Andrés vio la máquina expendedora, brillando bajo el sol. Caminó hacia ella y pasó por delante de la puerta corredera, que se abrió al detectar su presencia.

Al otro lado de esta puerta, estaba el hombre de la chaqueta con la mirada perdida. El cabello, brillando por la grasa; y sus brazos, lánguidos.

Y mientras las monedas tintineaban en el interior de la máquina expendedora, el juez forense había ordenado el levantamiento del cadáver y, por supuesto, de la cabeza.

Todavía tenía los ojos abiertos.

10

A las tres y media, el tren de cercanías a Águilas ya estaba preparado para salir de viaje. Andrés estaba apoyado en una barra que estaba situada junto a la puerta mecánica. Estaba apurando las últimas caladas de su cigarrillo cuando, por la megafonía, aquella voz de mujer agradable y dulce anunciaba la inminente salida del tren con destino hacia Águilas, situado en el andén 3.

El Talgo, que había estado toda una eternidad parado en la vía 1, había desaparecido ya. Y, por supuesto, todas las fuerzas del orden. Andrés había visto cómo la cabeza había sido depositada en el ataúd bajo un trozo de manta isotérmica. Junto al ataúd, casi rozándolo, había visto a un crío, de no más de once años, contemplando aquella dantesca escena con ojos chispeantes. El muy jodido se había colado por debajo de la cinta y el agente de policía tuvo que asirle del brazo para que se marchara del lugar. El crío había lanzado una serie de quejas y, finalmente, se había marchado.

Ahora ya no estaban: ni el crío ni el ataúd ni la cabeza. Salvo una profunda mancha de sangre reseca entre los bloques de madera que estaban atrapados bajo los raíles de la vía.

Pero en el tren de cercanías no se hablaba de otra cosa que del accidente y Andrés tenía la mosca detrás de la oreja, ya que —según él—, aquello había sido un asesinato premeditado. Tenía las pelotas un tanto hinchadas resolviendo casos más complejos y aquello no era una locura. Incluso, llegó a pensar que el asesino estaría entre los viajeros del tren.

También era cierto que al otro lado estaba ronroneando el tren que viajaba hacia Alicante y que podría estar allí, o quizá en el de Cartagena; pero su instinto le decía que estaba dentro del tren, con él. De modo que, tras escupir la colilla —viendo cómo se apagaba el hilo de humo de este—, miró después en derredor en busca de alguna mirada fría, perturbada o, simplemente, diferente.

Se apoyó en la mugrienta pared del cubículo de entrada al tren (ese espacio que separa

cada vagón). Respiró profundamente un momento y le dio un golpe de tos. El jolgorio que se había montado en el interior de los vagones era —cuanto menos— alertador. Todos parecían unas cotorras sobre aquellos asientos recién limpios.

—¿Ha muerto un hombre? —preguntaba un chico joven con el cabello lacio y oscuro. Sus ojos se habían agrandado tras los cristales de sus gafas.

—Sí. Ha sido atropellado por el Talgo, hace ya bastante rato —decía el otro. Llevaba una mochila colgando de su espalda, como si esta fuera un mandril con sus largos brazos extendidos.

—Pues no lo sabía. Yo... es que... acabo de llegar ahora. ¿Dónde ha sido?

El dedo índice del otro joven señalaba el lugar exacto, temblando. Su tez se había puesto pálida.

—¡Oh, vaya! La verdad es que ni he mirado en el suelo. He pasado de largo porque temía que se me escapara este tren. ¿Cómo ha sido?

—Dicen que se ha suicidado, y otra parte aclara que ha sido un accidente. Perdió el equilibrio, y las ruedas le seccionaron el cuello...

—¿Qué?

—Oh, sí. Fue realmente espantoso. Deberías haber estado aquí.

—No podría haberlo soportado —explicaba el otro chico, con movimientos afeminados—. Dios. Solo de pensarlo se me ponen los pelos como escarpías. Mira mi mano. —había extendido el brazo y el vello apuntaba hacia el techo.

Andrés López, que lo había estado escuchando todo, se movió hacia la puerta corredera del vagón, hacia donde estaban estos dos chicos jóvenes y, abriéndose paso entre ellos, dijo:

—Pues alguien ha disfrutado mucho con esto.

El joven afeminado abrió desmesuradamente los ojos y su boca formaba una O perfecta. Sus dientes brillaban bajo la tenue luz del vagón.

Andrés siguió avanzando por el pasillo, abriéndose paso entre la multitud. El aire allí dentro era denso y pegajoso. Sus ojos buscaban una mirada oscura, pero solo encontraba miradas de asombro y excitación desmesurada.

El hombre de la chaqueta estaba sentado en el vagón siguiente. Entre sus piernas estaba el maletín; y la bolsa grisácea estaba en el portaequipajes, sobre su cabeza. Sus ojos estaban observando una mosca que había quedado atrapada en el cristal de la ventana, por la parte de fuera. Alzó el dedo y tocó el sucio cristal con la yema arañada. Tenía la uña mordida hasta la cutícula. La mosca —lejos de huir volando— se quedó allí, acompañándole, mientras el tren iniciaba la marcha. Bizqueó, y de sus labios asomó un rictus.

Andrés ya había encontrado sitio en el vagón anterior y se había sentado con las piernas bien abiertas. El pantalón vaquero le apretaba demasiado los huevos; y la gabardina parecía una

manta expuesta a la venta sobre una mesa de mercadillo.

Durante el resto de viaje hasta Lorca, no había hecho más que escuchar a la gente hablar del hombre muerto.

Víctor Serrano, el psicólogo del Centro de Salud Mental de Águilas, estaba atendiendo a un paciente con trastorno bipolar. El sujeto, un hombre de media edad, esmirriado, al que se le notaban todos los huesos del cuerpo y los callos en la vena del antebrazo y el dorso de la mano, estaba repantigado en la silla, escuchando atentamente al psicólogo.

—Manuel, debes salir a pasear y a comer con tu mujer. Eso te hará sentir bien. No debes encerrarte y quedarte con lo primero que te dicen las personas. Haz un alto, respira profundamente y medita.

—Cómo puedo meditar... si todo el mundo me mira de reojo y habla a mis espaldas — rezongó el paciente.

El psicólogo era un hombre bajito, de piel canosa y cara rechoncha. Vestía vaqueros y una camisa blanca a rayas. No tenía puesta la bata blanca, como los psiquiatras del centro. Sus ojos eran grises; y el cabello, hecho un remolino. En ese momento, estaba echado con el cuerpo hacia adelante, apoyándose en sus codos sobre la mesa. Sus dedos se movían en el aire, como lienzos en un bosque.

—Eso es precisamente lo que debes quitarte de la cabeza. Nadie habla de ti por la espalda. Eso va implícito en tu enfermedad. Toma la medicación y empieza a vivir sin prejuicios. ¿Quieres formar parte de un grupo-terapia?

—¡No, no!

—Eso sería bueno para ti. Y, por otro lado, la esquizofrenia que sufres podría jugarte una mala pasada y convertirte en un monstruo. Esta es la parte que más me preocupa. Que des rienda suelta a tus emociones más oscuras...

—¿Como qué? —Le interrumpió Manuel. Había movido su culo en la silla y había notado cómo el respaldo se le había clavado en la espalda, sintiendo cierto dolor irradiado hasta su nuca.

—Como volverte violento —se apresuró a contestar Víctor. Dejó de apoyarse sobre sus codos y se arrebujo en su sillón, con un semblante serio. Parecía que le había fallado la táctica y no sabía por dónde cogerle; y pensó que, después de todo un día recibiendo pacientes, era un milagro que no se hubiera ya vuelto loco.

—Eso es cosa del pasado —prorrumpió Manuel. Su mano temblaba como una hoja perenne en medio de una tormenta—. Eso fue antes —repitió.

—Sí, lo sé. Pero quiero disuadirte de una recaída.

—A eso se le llama “el susurro el loco —dijo el paciente. La luz blanca encumbró su rostro, que pareció palidecer por momentos. Había dejado la mano sobre su muslo, laxo.

—¿Qué has dicho?

—Nada importante.

—Sí. Sí que lo es.

—No es nada. ¿Puedo irme? —Los ojos de Manuel se abrieron de forma desorbitada y su corazón empezó a acelerarse.

El del psicólogo también.

—Sí, claro. Aquí no se obliga nada a nadie.

Manuel se levantó quejumbroso y la silla chirrió sobre el suelo de forma estrepitosa mientras la frente de Víctor se arrugaba. Se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta sin despedirse.

Víctor se quedó rumiando tras el golpe seco de la puerta al cerrarse y repicar en el marco.

Le había parecido un acto violento.

El hombre de la maleta estaba esperando a que el tren siseante se detuviera. Se escuchaban los frenos como un zumbido de fondo; pero de tonalidad aguda, chirriante. Las casas unifamiliares y sus calles se desplazaban por el cristal de la ventana mientras ese hombre estaba aferrado a la barra lateral, caliente y sudorosa. Antes, había estado un borracho agarrado a dicha barra durante todo el trayecto, pero ahora estaba sentado en el suelo, desmontado como una marioneta. El hombre de la chaqueta marrón no le miraba, solo tenía ojos para ver lo que había detrás del cristal sucio. Las casas y las calles se iban desplazando cada vez a menor velocidad hasta que el tren se detuvo muy lentamente; pero, aún así, sus cuerpos se volcaron hacia un lado.

Apresaba la maleta gris entre los pies. Cuando el tren volvió al estado inicial, como impulsado por un pesado muelle, su mano corrió a la zona derecha de la puerta de color mantequilla, donde, en un hueco, había una palanca de metal. Tiró de ella y la puerta se abrió, desplazándose hacia afuera y hacia la izquierda. Parecía que había abierto la puerta de un submarino. Entonces, el agradable aire limpio de una ciudad costera —en la que el mar estaba a escasos doscientos metros—, le embriagó hasta conseguir que se dibujara un rictus en alguna parte de su boca.

Cogió la maleta en una mano y, con el maletín negro en la otra, saltó las dos escaleras de metal con cierta agilidad, hasta que sus zapatos golpearon el suelo de cemento, sin siquiera

levantar una nubecilla de polvo. Afuera, el ruido del motor de la máquina del tren era inquietantemente ruidoso. Dentro, no era más que una réplica de un seísmo: sordo y confuso.

Andrés López, con su eterno cigarrillo pendiendo de sus labios secos, se bajó desde otro vagón mientras el faldón de su gabardina lamía las escaleras. Sus botas sonaron con un *clac* seco. Y eso fue todo.

Asesino e inspector estaban separados por apenas cinco metros.

—Hogar. Dulce hogar —susurró Andrés, entre calada y calada.

La gente siguió bajándose en el apeadero El Labradorcico, en tropel, pues el maquinista había accionado el pito de aviso. Las puertas se cerraron a sus espaldas con estruendoso ruido y el tren comenzó a arrastrarse sobre las vías, como un Búfalo lo hace por la pradera. Hasta que un rugido, como una bestia, mostraba sus afilados dientes en el momento en que todo el tren avanzaba ya a gran velocidad y desaparecía tras la curva.

Un potente olor a gasóleo quemado impregnó el aire y, junto a la nicotina del cigarro de Andrés, convirtieron el apeadero en el lugar perfecto para intoxicarte, pero la brisa del mar alcanzaba el lugar y arrastraba todo tipo de olores para sustituirlo por el olor a algas marinas, sal y agua. Incluso se podía escuchar zozobrar las olas de la playa, que estaba al final de la calle, cuesta abajo.

El hombre de la chaqueta marrón empezó a caminar hacia abajo, a paso de sonámbulo, con el recuerdo de su mano apoyada en la espalda de aquel pobre hombre.

Cuando el tren se hubo marchado, Andrés giró la cabeza y vio el lugar (de aquel hombre partido en dos) que había recordado antes de salir de la estación del Carmen, en Murcia. Le pareció ver el ataúd y las dos mitades, todavía. Se volvió de nuevo hacia el frente y empezó a andar calle abajo, al igual que otros muchos viajeros. Incluido el hombre de la chaqueta marrón. Sin más razón que la de llegar cada uno a su destino.

Manuel, el que había mencionado «El susurro del loco», no tenía bien claro qué hacer ese día. Caminaba tambaleándose por el efecto de la medicación, y esa frase ya se le había olvidado. Le dolía la cabeza, y el corazón le retumbaba en las sienas. Se había llevado las manos a la cabeza y casi se tira de los pelos. Sus ojos cerrados le guiaban por el Puerto, que estaba justo delante del Centro de Salud de Águilas.

La explanada del Puerto, más grande que un campo de fútbol, estaba plagada de coches aparcados, de todos los colores y modelos; pero algo destacaba ante todo. Era un hombre escuálido, con gorra y barba rala. Sus ojos eran negros y tenía los párpados arrugados. Vestía una camiseta verde y un pantalón vaquero roto (por el culo y la rodilla derecha). El tipo era conocido como «El loco»; nada original. Todos los que pululaban cerca del centro eran inmediatamente

llamados locos, como si de una marca fuera. Una especie de catalogación gratuita. Pero ellos estaban drogados, dopados o medicados, y le restaban importancia. Sin embargo, a veces tenían conversaciones racionales. Tan claras que cualquiera que los escuchara cambiaría de idea.

Manuel llegó al lugar recóndito del loco, en el mismo momento en que partía una ambulancia desde la puerta de la entrada del Centro de salud Mental. Y lo hacía muy lentamente, sin hacer sonar la sirena ni centellear las luces.

Dentro, la sala de espera estaba atestada de personas que se arremolinaban en silencio; y algunas de ellas, llorando. Miró hacia atrás, como si algo influyente e invisible le hubiera tocado el hombro, y pensó un instante cómo no se había dado cuenta de que algo había estado sucediendo allí dentro. Pero, al volverse de nuevo, pensó: «debe haber pasado después, mientras buscaba al loco».

Sin embargo, Manuel sintió que se le crispaba el estómago, como sucedía siempre que se encontraba con un accidente muy cruento. Algo que le sucedía casi cada semana. Parecía un imán que atraía las cosas malas.

—Otro que se va para Lorca —dijo el loco de repente, tras salir de forma precipitada de detrás de un coche color rojo. Era un *Ford*, y el hombre había aparcado justo hacía unos instantes. Le había dejado veinte céntimos de propina al loco, el cual mantenía la palma de su mano mirando al cielo azul y deslumbrante de aquel día. Esa postura de la mano a veces había recibido una cagada de gaviota ya que había cientos de ellas gritando sobre sus cabezas.

—¡Oh! Me has asustado, loco —exclamó Manuel.

—No era mi intención, Manuel. —Se conocían desde hacía años—. Ya sabes que yo nunca haría algo mal, a pesar de que me han apodado *el loco*. ¿Por qué no me llaman por mi nombre? Me llamo Juan. —Sus manos estaban extendidas y en una de ellas brillaba un puñado de monedas. Justo para un bocadillo y una cerveza caliente.

—Sabes que solo es un apodo. Los apodos no hacen daño ni definen a la persona.

—Sí. Sí que lo hacen. Me llaman loco porque no estoy bien del todo. Estoy limpio, ¿sabes?

—Eso es importante. A mí el psicólogo me ha dicho que hable con las personas, que pasee con mi esposa y que no piense mal de nadie. ¡Dios, a veces mataría a alguien!

Juan, el loco, se le acercó renuementemente^[2]. Parecía un búfalo, con la cabeza inclinada hacia delante, entre los hombros, con las venas de la nariz y las mejillas rotas (ya fuera por obra de la alta tensión sanguínea o por un exceso de pláticas con la botella marrón, es decir, las cervezas de litro). Se esforzaba por articular las palabras. Pero, después de dos ensayos frustrados, Manuel le interrumpió perentoriamente.

—Estás mal, tío.

—Estoy limpio, de verdad.

—Sí. Y yo me he curado, Juan.

—Gracias por llamarme Juan.

—De nada. Al fin y al cabo es tu nombre real, y de loco tienes poco, más bien de adicto. Eso, quizá sí.

—Solo bebo cerveza. Es lo único que me tiene así. He perdido a mi mujer y a mis hijos. Estoy solo en el mundo, como ya sabes.

—Sí. Lo sé, Juan. Te conocí así.

Juan, el loco, pareció palidecer aún más. Las manchas de su nariz y sus mejillas resaltaban como marcas de nacimiento.

—Pero no robo para ello. Me gano la vida como aparcacoches. ¿Se dice así?

—Sí.

Manuel contorneó^[3] un coche modelo *Fiat*, con una vaga sensación de desdén por ese hombre. Estaba desordenando sus pensamientos. Era un poco cruel.

—Deberías ir al psicólogo. Él te ayudara mucho, aunque yo creo que todo es una patraña —explicó Manuel. Como siempre, se estaba confundiendo con las cosas y se contrariaba.

Juan se había guardado las monedas en el bolsillo del pantalón, y un tintineo marcó el trayecto hacia el fondo del mismo. Manuel frunció el ceño.

—Por ahí viene otro coche. A veces no me dan nada, pero es una posibilidad el que me den incluso un euro. Si no me dan nada, les rallo el coche. —Juan, *el loco*, se fue frotándose las manos, con una sonrisa malévolamente en sus labios.

Manuel lo miró fijamente mientras se alejaba, y dijo:

—Por eso te llaman *el loco* y después te quejas. ¿Loco o malvado?

Y se fue de allí con la cabeza gacha mientras las gaviotas lloraban sobre su cabeza, sin chocar entre ellas, con los ojos avistando una posible combinación de alimento, carroña y plástico que llevarse a la boca.

Una de ellas se cagó y golpeó el hombro de Manuel, quien vio con furia aquella masa blanquecina, espesa y ácida. Y, sobre todo, maloliente.

—Me cago en todo.

—Hola, hijo mío. —Carmen se abrazó a su hijo. Apenas podía moverse desde la silla, por lo que Andrés tuvo que encorvarse hacia adelante, como una rama doblegada. El abrazo fue tan intenso y lleno de emociones que ella, lloriqueando, deseaba ver una lágrima de él: *El hijo que nunca derramaba una lágrima.*

—Hola, mamá —dijo él, tenuemente. Sus palabras sonaron como un susurro.

Su padre, Ángel, estaba de pie como una estaca, esperando el turno para estrecharle la mano y, qué narices, darle un gran abrazo. «Al fin y al cabo, solo se veían cada cuatro o cinco años», pensó.

Todos sus hermanos lo miraban notablemente emocionados; y sus hermanas. En total eran catorce. Un buen número. Los viejos amigos de Ángel le decían, una y otra vez, que si quería formar un equipo de fútbol. Andrés era el mayor de todos. Y Ángel movía el pie simulando dar un puntapié a una pelota.

—Hijo, saluda a tu padre —dijo Carmen, con los ojos enrojecidos por las lágrimas que la sepultaban dentro de una olla al vapor.

—Cómo no, mamá. No voy a dejar de lado a papá, aunque a veces discutamos bastante.

En eso estaba en lo cierto.

Ángel se acercó a su hijo, con los brazos abiertos. Era de aspecto delgado, pero puro nervio. Su piel era tensa y morena. Su cabello, sensiblemente gris. Y fumaba como su hijo.

—Ven aquí, hijo —dijo.

Andrés se irguió y la espalda le crujió como un palillo de dientes, como el que se paseaba entre los dientes de su padre. Lo miró un instante, creando una atmósfera de angustia e incredulidad y después sonrió levemente. Fue a sus brazos.

Ambos se fundieron en un abrazo prolongado y efusivo, hasta el punto de que los latidos de sus corazones habían chocado entre sí, como si fueran nudillos que tocaban tras una puerta que había en medio de los dos.

—Hola, papá. Me alegro de verte.

José, el segundo hijo más mayor, sonrió abiertamente ante ellos. De muy mal carácter, se vio obligado a establecer un punto de ruptura con este. Ahora se sentía como un niño feliz. Le gustaba ver a toda la familia unida.

Mary, la hija mayor, estaba llorando de emoción.

—Yo también me alegro, hijo —acució Ángel, y le palmeó la espalda. Sus labios se estiraron en una risilla. Era un hombre duro, pero a la vez muy divertido. Algo totalmente opuesto a su hijo mayor.

—¿Para cuánto tiempo has venido, hijo? —preguntó su madre desde el sillón, que estaba

doblegado por la parte de abajo. Crujía al mecerse.

—Si todo va bien, una semana; pero si sucede algo, quizá la estancia se prolongue, aunque estaré en todas partes menos aquí.

Su padre cabeceó, porque comprendió lo cabezota que era; e incluso llegó a pensar que ya había encontrado una excusa para ir al cuartel de la Guardia civil, donde el sargento Antonio, su primo, estaba destinado.

Y no se equivocaba.

Ángel nunca se equivocaba en nada.

Igual que Andrés López.

15

En el hostel «La Huerta», situado al principio de la calle Ramón y Cajal, justo detrás de la gasolinera Repsol, el hombre de la maleta se registró como Eufemio Rodríguez. Había enseñado un DNI sospechoso y lo había hecho desaparecer con la habilidad de un prestidigitador.

El chico rollizo de detrás del mostrador tomó los datos que le había dado de forma verbal aquel hombre y los introdujo en la base de datos del ordenador. Aquel joven, que no superaba los veinticinco años, no llevaba uniforme, sino una camisa blanca y un pantalón de tergal de color azul. Sus ojos eran marrones y estaban la mayor parte parpadeando por un tic nervioso. Se dio la vuelta y eligió una llave adosada a una herradura del tamaño casi real, con el número 47 marcado a fuego en el metal. La dejó sobre el mostrador, y el sonido estrépito rompió el silencio helado que se había formado entre los dos.

—La habitación está en la segunda planta —dijo el joven del hostel.

—Está bien.

—¿Le ayudo a subir la maleta?

Como si una serpiente hubiera sacado su lengua bífida antes de atacar, el hombre retiró el brazo hacia atrás, con la maleta bamboleándose, como un ahorcado que acaba de tirar el taburete que momentos antes pisaba.

—¡No! Pesa mucho —exclamó, casi jadeando a la vez. Sus ojos se habían tornado casi opacos y su mirada era más bien profunda.

El joven se quedó desconcertado con su reacción.

—Si pesa tanto, ¿cómo puede sostenerla en el aire? —Se atrevió a preguntar el joven.

—Buen... bueno, es que me basto yo solo para subir mi equipaje.

—Está bien, no insistiré.

El hombre de la chaqueta (algo que le llamó especialmente la atención al joven) se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras que estaban justo detrás de él, en el lado derecho. Eran de mármol, con unos cuantos años sobre ellas. Estaban oscurecidas, como si estuvieran sucias.

—¡Oiga! —prorrumpió el joven.

El hombre se detuvo y volvió la cabeza, como si el cuello fuera de chicle. Sus ojos estaban siendo comparados, como dos grandes bolas de billar, por el joven.

—¿Qué? —No alteró el tono de su voz, que sonaba a pito.

—Se olvida la llave —El joven la tenía entre sus dedos y la herradura se balanceaba como un péndulo en silencio, cortando el aire con sus cantos afilados.

—¡Ah! Perdone y gracias.

Bajó los dos escalones que había subido y, dejando la maleta en el suelo, manteniendo el maletín en la otra mano, recogió la llave y la herradura.

Ahora sí, subió las escaleras, como si huyera de un incendio.

El joven se cruzó de brazos y arrugó la frente.

16

—Quiero ver al sargento Antonio Román —dijo Andrés López, flotando en su gabardina bajo a un auspicioso sol. Los dos agentes de la Guardia Civil que custodiaban el cuartel no daban crédito a lo que estaban viendo.

La cara de sorpresa era patente.

—Debe comunicarlo en la ventanilla, señor. Hay gente esperando para interponer denuncias. Tendrá que esperar —tarareó uno de ellos, con barba poblada y ojos claros.

—Yo no he venido a denunciar a nadie, solo a ver a un amigo. ¿Lo entienden?

El otro agente de la Guardia Civil cabeceó como un crío.

—Lo siento, señor. No es necesario que monte un espectáculo aquí. No le conviene —explicó el mismo agente.

—¿Cómo se llama?

Andrés le clavó los ojos.

—No estoy aquí para responder preguntas, señor. Sea más educado, o tendrá problemas.

—Más que el dolor de la almorra que tengo, no creo. —Andrés movió la cabeza, haciendo un guiño de dolor—. A veces pican y todo. Y creo que me han salido dos más ahora mismo.

Ambos agentes intercambiaron sus miradas como dos gatos curiosos. Además de eso, parecían estacas que querían apuntalar el arco de la entrada. Un hueco por el que cabía un tráiler.

—Señor, no cree problemas, o será detenido —dijo el mismo cansino de la barba clareada.

—No. Escúcheme. Si quiere levantar la cara en alto siempre, para estar orgullosos de su Patria, haga el favor de llamar a Antonio Román y haré como que no ha insinuado nada. De lo contrario, las almorranas serán tuyas. ¿Entiende?

Hubo un momento de silencio y varias personas que se encontraban sentadas en la sala de espera lo miraron con cierta inquietud. Sus ojos estaban llenos de curiosidad. Y, en cierta medida, de malévolas inquietud.

—¡Necesito hombres! —gritó el agente, arrancándose de la posición de estaca para doblarse como un muñeco de goma, que iba y venía de forma deformada. Sus ojos atisbaron un halo de sorpresa y miedo a la vez. El sol ni se acercaba a aquella entrada en ningún momento del día. Solo lo hacía hasta las dos bolas de metal, instaladas a un metro del arco del triunfo.

Andrés se metió la mano en el bolsillo de la gabardina, que flotaba en el aire como una sábana tendida. Ese día soplaban del Este y lo suficientemente fuerte como para arrastrar el calor, como si fuera porquería que meter en las fosas nasales. La arena iba detrás de ella, extendiendo sus largos dedos como un depredador o un jodido virus.

El agente se dobló como un árbol para sacar su arma reglamentaria y apuntar, poco después, al pecho de Andrés, quien lo miraba impasible. Sus ojos celestes brillaron en la sombra y se sacó el cajetín de cigarrillos. En ese momento, el corazón del agente de la Guardia Civil pasó de galopar a decir: «eres idiota, tío, voy a descansar». Lenta y oficiosamente, bajó el arma. El fósforo prendió al roce con la uña del dedo pulgar. Andrés agachó la barbilla y, ya con el cigarro pendiendo en sus labios, acercó la llama de la cerilla. Inspiró profundamente y después dejó que el humo se escapara en una densa nube que se atornillaba alrededor de sus pelos. El agente se guardó el arma y no dijo nada. Su cara era todo un poema. Su compañero dejó escapar un rictus malicioso.

—¡Andrés! ¿Qué pasa, amigo? —exclamó una voz ronca por la parte de atrás de los dos agentes. En el fondo del hueco de la entrada había una especie de mini túnel. La voz se escuchó tan alta y clara que parecía que había salido de un altavoz colocado sobre las cabezas de aquellos hombres.

Andrés levantó la mirada como si pesara.

—Estaba charlando con los capullos de tus hombres. Al parecer, discutían la ausencia de uno de ellos, porque le había dado una diarrea repentina.

—Siempre tan cabrón jajaja. —La carcajada sonó igual de fuerte que la anterior

expresión. Ahora, de los altavoces salía la risa de un payaso que se reía en toda la cara de aquellos dos enjutos hombres, que habían encogido sus enclenques hombros.

El sargento Antonio Román, con su gran bigotazo gris, se abrió paso entre sus hombres, que le miraban de soslayo, ridiculizados.

La gente de la sala de espera sonreían todos, como unas marionetas controladas por hilos invisibles para dibujar esa cínica risa en sus labios.

—Y tú tan hijo de puta, Antonio.

Los dos se abrazaron efusivamente.

El sargento sacó pecho con una nueva carcajada.

17

A las tres y media en punto, el tren chilló sobre las vías y se detuvo tras un patinazo en una pista de metal. A pesar de haber tocado el pito, el claxon o la campana, el tipo se había derrumbado sobre los raíles.

Había sido empujado por unas manos.

Y la sangre fluyó por el aire, manchando los cristales de la máquina del tren, el suelo, el andén, y el rostro de parte de la gente que estaba esperando la llegada del tren.

18

Las Gaviotas siguieron volando hasta bien entrada la tarde, cuando el loco ya se había marchado, y el sol estaba buscando su último tramo para esconderse tras las montañas (en este caso, al otro lado del mar, pues el sur abarcaba todas las playas de Águilas y la ladera quedaba al norte).

Los grandes sellos blanquecinos y amarillos, o incluso verduzcos algunas veces, aparecían sobre la chapa de los coches aparcados en el puerto, que ahora no vigilaba aquel hombre escuálido y con la piel amarillenta. Eran las cagadas de las Gaviotas, todo había que decirlo.

Ese día —bueno, en realidad antes de las tres de la tarde—, el loco había recaudado cuatro euros con setenta y cinco céntimos. Y con la cara sonriente había decidido que, una vez más, la cerveza, aunque caliente, caería sobre las paredes de su estómago. La señora de la tienda, llamada Martina (nadie sabía por qué, dado que ese no era su nombre real sino Eva), le podría servir dos botellas de litro por setenta céntimos. Era un precio especial a su cliente más fiel. Todo estaba bien. Él se la engullía en los quince minutos después y ella tenía asegurada la venta de al

menos dos o tres botellas de esos meados, con espuma y todo.

—Siempre me das el dinero justo. ¿Es que no ganas más? —inquirió Martina. Una mujer menuda y bajita.

—Amiga. No está la cosa para más. Tú sabes que hay días que no llego ni para una botella. No he visto uno de cinco desde hace dos años —explicó.

Uno de cinco era sencillamente un billete de cinco euros.

—Bueno. Mientras sigas vivo, todo está bien —le sorprendió la mujer mientras guardaba la calderilla en un cajón de plástico. El ruido era notorio.

—¡Vaya! ¿Quieres que me muera?

—No. Perdería un cliente fijo.

La tienda (que no era tal, sino un pequeño quiosco a medio camino del Paseo Parra que se extendía entre en puerto y el auditorio, acaparando al menos tres playas incluido el Faro) se vio de repente invadida en tropel por un grupo de crías que chillaban como las Gaviotas.

—A veces quisiera matar a alguien —dijo el loco, pero Martina no lo había escuchado gracias a las risas y chillidos de aquellas crías.

—¡¡¡Quiero chicles!!! —gritaba una de ellas, con una mella^[4] visible. Tan oscura y profunda como un pozo.

—¡Yo estaba primero! —exclamó otra de menor estatura.

Juan, el loco, que le pareció todo un pecado el ver un billete de cinco entre los dedos de una de ellas, decidió girar la cabeza y ponerse en el regazo sus dos botellas de cerveza, con un tintineo suave. En realidad, ver flotar ese billete le repugnaba, cuando él tenía en sus bolsillos casi un kilo de calderilla, céntimo a céntimo. La vida era cruel. Y, después de todo, ante la impotencia experimentada, echó a andar paseo abajo.

A dos metros de allí, y sin dejar de escuchar el jolgorio, miró hacia un cubo de basura que estaba suspendido como un mártir en una cruz, justo al lado de la playa. Se detuvo y extendió el brazo. Allí guardaba una chaqueta con gorra, de color azul. Tiró de ella y se la puso ante la atenta mirada de los Guiris^[5] que paseaban trotando, con sus ajustadas mallas, por la amplia acera.

Manuel, que vivía en el Barrio Colón, muy cerca de la estación de tren, estaba esa tarde muy convulso y sus manos no paraban de temblar. Se había tomado las pastillas, pero antes había ido a dar una vuelta y, al regresar, su mujer descubrió una gota roja en su camiseta.

—¿Qué es eso, Manuel? —Señaló Carmen, una morenaza de ojos castaños.

—¿El qué?

—Esa mancha roja.

Manuel bajó la cabeza a la altura del ombligo, y lo vio.

—No lo sé. Será pintura.

—¿Pintura? Manuel, que nos conocemos. Desde que te dieron la paga, no has dado un solo golpe. Todavía estoy esperando a que me pintes el piso. Solo son treinta metros cuadrados — rezongó ella mientras fregaba los platos, formando una densa y gran nube de ruido que tomaba forma por momentos. Ahora se había vuelto de espaldas a él.

—He salido a pasear y quizá me haya rozado con algo pintado...

—¿No será esmalte de uñas, verdad? —Ella se giró, con una mirada oscura y seria, llena de odio o quizá rabia. En realidad no era celosa, pero algunas infidelidades de su marido, y que formaban parte del pasado, le hacían pensar en ese momento que quizá hubiese alguien más ocupando su corazón.

—¡¡¡No!!! —Se escuchó tan fuerte que hasta el aire de la cocina se sacudió como una pequeña tempestad, alrededor de sus cabezas.

—¡¡¡Vale, no hace falta que grites!!! —La voz aguda de ella cimbrió en el frágil cristal de la bombilla.

Él levantó la mano, con los dedos extendidos. Sabía que, de alguna manera, había regresado al pasado. Un matrimonio lleno de rajadas que amenazaba con desmoronarse como una montaña de arena en la playa. Su corazón retumbaba en el hueco de su estómago y quiso poner remedio en ello. Se sentía ridículo.

—Cariño, perdona... no quería... chillarte. Pero te juro que no hay nadie más en mi corazón que el amor que tú me das. —Y, habiendo dicho esto, se llevó la mano al corazón, que palpitaba bajo la camiseta húmeda y manchada.

—Yo también lo siento, Manuel. No quería ser tan borde contigo, pero es que esa mancha me ha sacado de quicio. Por un momento pensé algo... —Se detuvo un momento para morderse el labio superior y añadió—. ¿Pero qué es esta mancha? —Ella se había movido con agilidad hacia él y su mano rozó la mancha.

—Puede ser tomate —mintió él.

—Está áspera, como rasposa —acució ella.

Y Manuel entornó los ojos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el agente de la Guardia Civil. Tenía la gorra

encajada en su cabeza como el sombrero de un cowboy. Su semblante era serio; y más profunda su mirada, que parecía taladrar el rostro ajeno con sus ojos.

—Sara.

—¿Y ya está? —La voz de aquel Guardia Civil era grave. Como un altavoz que solo reproduce frecuencias muy bajas.

—Sara Gamero.

—Qué bien. Ha tardado usted casi un minuto en contestar.

A la mujer delgada y con el cabello blanquecino no le hizo ninguna gracia aquello; pero, a pesar de sentirse ofendida, no tenía más remedio que seguir en la misma línea fina de siempre, es decir: hacer caso a la autoridad. Y se maldijo cuando había levantado el dedo índice minutos antes.

—Bueno, es que estoy algo nerviosa.

—Sí, claro. Puede ser eso. ¿Y qué dice usted que vio?

El dedo índice de aquella mujer, vestida con unas bermudas y un suéter rosa, señaló al tren. Sus ojos, claros como el cielo de aquella tarde, brillaron con cierta humedad en ellos. Tenía la piel de la cara como los lagartos y estaba quemada por el sol; bueno, morena. Bastante morena. Y, en ese momento en el que el corazón chocaba con las entrañas de su interior, le dolía la cabeza, como si un taladro la estuviera escarbando.

—En realidad, no fue mucho lo que vi. Cuando usted preguntó por un testigo, sentí el impulso de levantar el dedo, pero creo que no podré ayudarle mucho. —La voz le temblaba.

—Dígame lo poco que sabe. Seguro que será bueno para nosotros —admitió aquel hombre ataviado de verde y con la espalda más recta que una estaca clavada en el suelo.

La mujer se encogió de hombros y mostró unos feos huesos que querían rajar su piel tensa: eran las clavículas.

—Cuando me di cuenta, el hombre ya estaba volando por los aires. Fue realmente asqueroso ver volar trozos de su cuerpo por todos lados. Había mucha sangre y cosas como... como... bueno, no sé. Es todo lo que le puedo decir.

—¿Y ya está?

—Sí.

—Está bien. Dígame algo. ¿Vio a alguien detrás de ese hombre?

—No —mintió categóricamente.

Y recordó al hombre de la chaqueta con capucha azul.

El cigarrillo revoloteó en el aire, descendiendo tras una estela de esquiras como ascuas, que se fundían con tanta rapidez que parecía que murieran al instante. Esta vez, Andrés López no se había acabado el cigarrillo y lo había escupido. El humo había sido disgregado de forma irregular y parecía una mini avioneta cayendo al vacío. Su corazón bombeó fuertemente una sola vez, y el dolor en el pecho se apoderó de él por un momento. Después tragó saliva y dijo:

—Eso no es un accidente.

—Ay, Andrés. Siempre con tus paranoias. Aunque debo admitir que eres un jodido perro de los buenos. Tienes muy buen olfato, cabrón. —Antonio Román sonreía como si lo hiciera al otro lado de una comunicación telefónica.

—No seas pelota, anda —refunfuñó él.

La manta isotérmica brillaba bronceada bajo el sol y, esta vez sí, el motor de la locomotora estaba en absoluto silencio. Como si la Tierra se hubiera engullido todos aquellos eructos de la gran bestia. La cinta de plástico rodeaba los miembros amputados de aquel pobre desgraciado y los agentes de la Guardia Civil estaban tomando fotografías como si de turistas de origen asiático se tratara.

—Ya sabes que no lo soy y que no me gusta serlo, pero yo pienso como tú. No sé por qué, pero creo que esto no ha sido un accidente. Aunque nadie haya testificado nada interesante, yo no me creo que nadie lo viera saltar al tren o a la mano que le empujaba.

Andrés se dio la vuelta sobre sus talones. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su gabardina y su piel sudaba bajo aquella alfombra oscura.

—¿Por qué crees que no ha sido un accidente? —preguntó con su peculiar rostro de estar siempre cabreado.

—Porque lo has dicho tú.

—Vaya sargento de mierda que estás hecho —bramó Andrés. Un rictus se marcó en un extremo de la comisura.

Antonio Román sonrió.

—Haré como que no he escuchado nada. ¿No te parece que hace demasiado viento?

—Cagao.

El sargento tocó el brazo y sus dedos se deslizaron sobre la tela de la gabardina hasta su mano.

—En serio, Andrés. ¿Por qué crees que no ha sido un accidente?

Andrés torció el morro.

—Ya son dos los supuestos accidentes de tren desde que he llegado. Un rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio. Si ya la primera en la estación de Murcia me ha dejado jodido, ahora lo estoy aún más. Es posible que un pirado se haya ensañado con el tren y se corra viendo toda esa sangre salpicarle la cara y los sesos fugándose del cráneo aplastado. Quién sabe. ¿No hay cabrones en Galicia que queman sus propios bosques?

Antonio se hundió en sus hombros.

—Sí.

—Tenemos que encontrar a alguien que haya venido a Águilas y que haya pasado por Murcia. Ese *alguien* debe ser nuevo entre los miles de turistas que vienen por estas fechas cada año a tomar un buen vino, comer pescado y dejar sus cagadas en la playa. Esa persona tendrá cara de tonto, o quizá de listillo. Hasta podría ser algún vecino de aquí, que primero viajó hasta Murcia y después regresó, para despistar. Todas las hipótesis están abiertas. Hay que ser muy cautelosos con las huellas encontradas, ya que la gente se caga patas abajo antes de decir lo que realmente ha visto. ¿Continúo?

Andrés se había detenido de seco, cambiando de tercio; y sus ojos claros brillaron como el agua del mar bajo la lupa del sol. Su frente estaba sudorosa, y sus manos también.

—Bueno. Creo que lo has dejado todo claro, amigo. Tú y tus peculiares formas de trabajar siempre me han sorprendido. Veremos qué podemos hacer. Esta tarde se hará la autopsia y te informaré de los resultados. De cualquier manera, ibas a hacer lo que te saliera de los cojones. — El sargento cabeceó dos veces.

En el fondo, a dos metros, justo detrás del cordón de mierda, cuatro hombres estaban marcando el territorio con unos números, como si fueran a jugar al bingo.

Andrés sacó la mano del bolsillo. La derecha. Con algo entre sus dedos, estrangulado, como una lengua retorcida y blanca.

Jodidamente blanca.

Vio cómo se llevaron los despojos (por así llamarlo de alguna manera). ¡Qué cruel era este mundo! Y lo metieron en el ataúd grisáceo como de plástico. Juan, el que susurraba a los coches cada mañana en el puerto frente al Centro de Salud Mental, sentía cómo su corazón acelerado podía delatarle.

Aquellos dos hombres, vestidos como huracas, con la que caía desde el cielo, habían alzado la caja ya cerrada y la trasladaban entre trompicones hacia el coche fúnebre. Había gente todavía y el maquinista había sido traslado al cuartel de la Guardia Civil para declarar. El loco lo sabía, ya que la gente hablaba demasiado; y se alegró de que nadie viese nada.

Aunque le inquietó bastante el hecho de que habían tomado huellas, y pensó en que sus guantes quizá no le servirían para nada. No recordaba haberlos tenido puestos durante todo el tiempo. Solo pensaba en beber cerveza y dejar caerse de culo.

Entre la multitud se escondió tras su capucha azul, como un lobo bajo la sábana en una noche oscura, aunque en ese momento seguía brillando el sol en todo su esplendor.

Después de todo no era demasiado tarde.

Pero no tenía reloj para saber la hora que era.

23

—Será sangre de alguien. Creo que del loco —manifestó Manuel, mientras su uña raspaba la mancha seca—. El muy cabrón me dice que está limpio, pero yo no me lo creo. Todavía podía ver la jeringuilla colgando de su vena. Bueno, es un decir. Pero tenía callos, y creo que sangre. Debí rozarle sin darme cuenta.

—¿Tiene el Sida?

—Joder. Pues no lo sé, Carmen.

—Deberías tomar más precauciones y elegir el tipo de amiguitos que se acercan a ti.

—Fue al revés.

—Eso no importa ahora. Lo lavaré aparte. En la pila, y me pondré guantes.

—Ah, vale.

—¡Y deja de rascar la mancha! Que parece que has venido de pillar polvos.

—No. Vengo de la estación del tren...

—¿Cómo que la estación del tren? —le zanjó ella.

Manuel se escondió entre sus estrechos hombros.

—No. No he estado ahí.

—¿En qué quedamos?

—Lava la camiseta. —Manuel se la quitó, y sus sobacos expulsaron un olor casi a podrido. A manzanas podridas o, quizá, a algo mucho peor.

Carmen reuló un paso atrás.

El aire estaba rancio.

Esa noche, Andrés no pudo conciliar el sueño. Bueno, en realidad, de unos años para acá, desde que cumplió los cuarenta, no sabía lo que era dormir del tirón. Su ritual estaba en acomodar la cabeza en la almohada y ponerse un auricular en un solo oído para escuchar la radio. Principalmente deportes. Mientras que el otro oído, el izquierdo, por el que tenía más sordera, lo utilizaba para escuchar los maullidos de los gatos en celo en mitad de la noche; o, si se diera el caso, las pisadas, como botas de goma, de un posible ladrón en casa.

Nunca utilizó ese oído más que para escuchar a los jodidos gatos.

Y esa noche escuchó algo más que maullidos, ronroneos y ladridos de los perros de los vecinos. Escuchó crujir las tejas bajo los pies de los yonquis del barrio, que danzaban por los tejados, corriendo delante de un voraz can. Eso no importaba. Con los párpados cerrados y escuchando a Iñaki comentando el deporte (más concretamente las jugadas de su equipo de fútbol preferido, por el que solo daba una uña partida) siguió sopesando el asesinato sobre esos dos atropellos mortales.

Cuando al fin se rindió al sueño, la cabeza del tipo atropellado en la estación del Carmen de Murcia le miró a los ojos, con su mirada blancuzca y acuosa, pero eso no le hizo erguirse sobre la cama. Al revés: roncó como una locomotora.

Estaba en su casa, con sus padres y hermanos.

Las Gaviotas habían levantado el vuelo muy de mañana nada más salir el sol; por un lado del mar, como si este emergiera como el Poseidón, pero envuelto en llamas: apoteósico, inmenso e inquietante. El mar zozobraba en la orilla de la playa y mordía la oscura pared de hormigón del puerto, donde decenas de pequeños barquitos de madera y poliéster flotaban como cáscaras de nueces gigantes. Las velas ondeaban a media asta, como el si el sol que nacía en realidad acabara de morir allí mismo: ahogado en el mar y devorado su fuego por las aguas todavía oscuras.

Y allí estaba él, el loco, con su capucha encajada sobre su sucia cabeza, y las manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros raídos. El relente que caía allí, en esa zona, justo delante del Centro de Salud Mental, le hacía recodar el más duro invierno, ya que Águilas mantenía el mismo microclima en todo el año.

El camión de la limpieza urbana se arrastraba sobre el asfalto y se alejaba ronroneando como un gatazo hacia el final del puerto. Dos hombres, uniformados de fosforito, estaban agarrados a ambos lados del camión; sus manos, pegadas a unas barras. Podía verlos y sonrió porque les hacía gracia. Simplemente.

Cuando sus ojos se agacharon, escuchó el ruido de unos neumáticos quejarse sobre el

hormigón. Se estaba acercando el primer coche. Con extremado sigilo. Tenía los cristales mojados, y Juan pudo advertir que el tipo que iba detrás del volante no estaba solo.

El coche se detuvo a unos cuatro metros de él.

Juan corrió en su busca con la mano extendida.

—Señor. Un euro, por favor, y tendrá su coche seguro —dijo, como de costumbre.

El señor mayor, que sujetaba la portezuela del vehículo, frunció el ceño y cerró la puerta en un golpe seco. En el asiento de copiloto, Juan advirtió que había una señora mayor con el cabello blanco, rechoncha, y con unos labios tan estirados como la goma de recoger el pelo.

—No tengo dinero —respondió aquel hombre.

—Pues cuando vuelva, encontrará su coche rayado —acució Juan mientras mantenía la mano extendida. Parecía que su cuerpo se convulsionaba bajo la chaqueta azul.

—¡Serás mal nacido...!

—Tengo que ganarme la vida.

El hombre rebuscó en uno de sus bolsillos y, tras un tintineo de llaves, sacó la mano con algo apresado entre sus dedos. Era una moneda de veinte céntimos que todavía no brillaba bronceína esa mañana. El sol no terminaba de despegarse del mar.

—Confórmese con esto —rezongó.

—Gracias. Que Dios le ayude hoy.

—Sí, claro.

El hombre bordeó el morro del vehículo y sus dedos estrangulados en el aire asieron la palanca de la portezuela de su acompañante, que resultaba ser su mujer.

Cuando esta salió —no sin quejarse con desmañada facha—, dijo:

—Al final le has dado dinero.

—Me ha dicho que me encontraría el coche rallado.

—Siempre lo hace. Maldito sea. —La mujer alzó la vista por encima de techo del coche y añadió en voz alta—. ¡Ojalá te lo gastes en medicinas!

—Y a usted que la atropelle un tren —se apresuró a decir el loco.

La mujer soltó algo parecido a un eructo más que a un ruido extraño o un gruñido, atravesando su garganta reseca.

Y se alejaron de allí, caminando directos al Centro de Salud Mental.

Tenía el pie levantado en un ángulo de 90 grados. Su zapato estaba laxo sobre una teja y se apoyaba sobre su codo hincado en el muslo. El cigarrillo se consumía sin piedad mientras él no tenía otro afán más que observar cómo el sol le acariciaba su piel tensa y morena.

A un lado de Andrés estaba un Dóberman. Ladrando como una condenada, porque era hembra. Su nombre era Tara, y lo que hacía en realidad era llamar su atención para que la acariciara. Sus ladridos inundaron la calle que estaba al otro lado de la casa. Él estaba en la azotea. Junto al mástil de la antena más alta del mundo. Veinte metros de altura, quizá veintidós. No era bueno para recordar esas cosas.

Tara estaba mirándole con ojos lagrimosos y sus pezuñas arañaban el suelo de ladrillo. Manchas oscuras se deslizaban sobre el mismo, como sombras enganchadas como mocos. Mostraba unos dientes tan blancos como la nieve y una lengua larga pero rosada. Sus orejas, recortadas, apuntaban hacia un cielo azul, como los ojos de Andrés.

—Tara. Cállate ya. No puedo pensar.

Ella siguió ladrando con más fuerza; como diciéndole «joder, que quiero que me acaricies».

Desde el patio de abajo, pegado a la cocina de la vivienda, se escuchó una voz que gritaba en la distancia:

—¡Tara, cállate!

Pero la voz era amortiguada por los ladridos y Andrés no escuchó a su padre, que terminaba diciendo: «¡Pijo!»

—Jajaja. Este es mi padre —susurró él mientras el cigarrillo ya era una colilla entre sus dedos, ligeramente amarillentos en las uñas.

Era su segundo día de vacaciones.

El hombre de la maleta se despertó a las nueve y cuarto. Sus ojos vieron primero una neblina y, después, una cegadora luz que le hizo parpadear varias veces. Estiró aquellas manos que habían hecho algo y bostezó como un animal. Perezosamente se irguió de la cama. Aquel hombre no tenía pesadillas y no se ponía del derecho —como empujado por un resorte situado en su espalda—, sino que se despertaba como si estuviera emergiendo de un gran sueño que hubiera durado todo un invierno.

Sus pies desnudos chocaron contra el suelo caliente de la habitación del Hostal y se tiró un

pedo matutino. No sonrió. Ni siquiera se había dado cuenta de que se le había escapado algo bajo sus calzoncillos y el pantalón de pijama, porque dormía con todo eso puesto; aunque chorreará de sudor.

Puso los brazos en cruz y despegó de su garganta una especie de aullido de lobo que sale tras de los árboles. Se puso de pie y se encaminó hacia el retrete, que estaba al lado de la puerta, abierta, del cuarto de baño. A la derecha. No sentía retortijones para hacer de vientre, de modo que se podía decir que le costaba cagar, y así había estado sucediendo desde hacía algunos meses.

Apretaba y solo ventoseaba.

Entonces, de sus labios salieron las primeras palabras de su segundo día en Águilas.

—Bienvenida, tierra de Murcia. Tierra de tomates y locos.

Estaba sentado en el retrete, hundido en sus hombros, y con la cara roja. «Un cuadro», diría Dalí si estuviera vivo.

28

—Ayer la tuve gorda con mi mujer —dijo Manuel mientras se rascaba la cabeza. El pelo, que caía sobre sus hombros, se mecía en el viento como los tirajos de una fregona.

—¿Y eso? ¿Cuándo no es Pascua para ti? —inquirió Juan. Tenía la mano sumergida en el bolsillo del pantalón y sus dedos jugueteaban con varias monedas. Una de ellas de un euro.

—Una puta mancha de sangre, amigo. Ya ves...

—¿Sangre? —Le interrumpió el loco. Sus ojos parecían perder la mirada en busca de otro coche que buscara aparcamiento en la explanada del puerto.

—Bueno, sí. Creo que era sangre. No sé exactamente cómo llegó hasta mi camiseta —mintió Manuel haciendo una mueca con la boca o, quizá, en todas las facciones de su cara.

—¡Ah! Vale. tío.

—Tuve que dormir en el sofá.

—Muy bien. Yo en un portal.

—No me habla, ¿sabes?

—Yo hablo con el tele-portero. ¿Lo sabías?

Aquello parecía una conversación surrealista. Uno frente a otro. El loco —es decir, Juan —, con la chaqueta azul y la gorra encajada en su cabeza; y Manuel, con los dedos por el interior del cinturón. Solo le faltaba el palillo rodándole entre sus macilentos dientes.

—Y yo no me tomé las pastillas anoche.

—¡Ah! Vale —Volvió a repetir el loco. Su expresión era de: «déjame en paz, tío»—. Esta mañana no tengo ganas de cháchara, ya que ayer hice una cosa que... que...

—Juan. ¿Te has dado cuenta de que eres plano?

—¿Y eso qué es?

Manuel desenfundó los dedos del cinturón como si fueran dos revólveres del antiguo oeste y dijo:

—Pues que te repites mucho. Que no expresas sentimientos. Que no hablas de forma coherente.

—¿Y todo eso te lo explica tu Psicólogo?

Manuel no contestó de inmediato.

Arrugó la nariz.

Sus manos cayeron inertes a ambos lados de su torso.

—¿Tú qué crees?

—Yo nada.

—¡Vaya idiota! —bramó Manuel girando la cabeza. Aquello era una locura.

El loco sacó la mano de su bolsillo. Entre la pinza creada con su pulgar e índice se encontraba atrapada la moneda del euro.

—Mira quién habla. ¿A dónde vas ahora?

—A que me pinchen. Estoy muy nervioso. Esa sangre...

—Yo lo vi... bueno... —ocultó algo.

Los dos mentían y ocultaban algo.

—Buenos días, señorita. Soy el nuevo Psiquiatra —se presentó el hombre joven con gafas de montura y pelo rizado. Era alto y delgado. En sus manos llevaba un maletín tan negro como el gato de una hechicera, salvo que este no ronroneaba. Olía a colonia; una para bebés.

La mujer de ojos claros y gafas oscuras dijo:

—Buenos días, señor. No sabía de la incorporación de un nuevo profesional, pero le doy la bienvenida. —La mujer, de unos cuarenta años mal llevados, estaba sentada en una silla con ruedas, que no frotaban el suelo en esos instantes. Tenía las manos sobre la superficie de la mesa,

que quedaba al otro lado del mostrador. Bizqueó y descolgó el teléfono de sobremesa.

El hombre sonrió levemente.

—Isabel. ¿Sabes algo de un Psiquiatra nuevo? Es que se ha presentado un hombre y...

—Sí, claro. Es el que cubre la plaza vacante —le cortó aquella voz de pito—. Dile que puede pasar a la consulta cuatro. Saldré a recibirlo en cuanto termine con mi paciente.

Y colgó.

Carmen se quedó mirando el auricular del teléfono como si nunca lo hubiera visto. Después de ponerlo sobre la base, se dirigió hacia el señor, buscándolo con la vista. No se levantó por dos motivos: porque era vaga y porque tenía un trasero que ocupaba toda la silla. Y eso no significaba nada.

—Señor. Le recibirá la Psiquiatra Isabel. Puede esperar al comienzo del pasillo. —Su dedo señaló al fondo y el hombre giró sobre sus talones.

—Gracias —dijo el del maletín al volver la vista hacia ella—. No nos hemos presentado. —Sus ojos, expresivos, parecían esperar algo. Una respuesta. Tenía los labios finos y parecía una cremallera cerrada. Lucía una barba rala y su nariz era puntiaguda.

—¡Ah! Perdone, señor. Me llamo Carmen y soy la que da las citas y pierde los historiales aquí —sonrió.

El hombre arrugó la frente.

—Yo soy Javier.

Le tendió la mano. Una mano enorme y con los dedos abiertos como las cuchillas de *Freddy Krueger*.

Ella alcanzó a rozar la mano de Javier sin levantarse de la silla y se la estrechó con una piel húmeda y algo fría para ser de una mujer.

Él, sin embargo, tenía la mano ardiendo como las ascuas.

De repente, como si tuviera un altavoz pegado en la oreja, escuchó o explotó un ruido que venía de atrás, del engranaje de la cerradura de la puerta, de algún lugar del final del pasillo, como si bajarán el puente de un castillo, y, después, el taconeo respondiendo en las paredes del pasillo. Se dio la vuelta y solo vio cómo una leve sombra avanzaba por delante del ruido. Al final, apareció una mujer alta, con una bata blanca, el pelo largo, lacio, y unas botas con tacón. Detrás de ella, bamboleándose, se arrastraba —por así decirlo—, como un zombi, su paciente, que mostraba unos ojos apagados y los labios hinchados, como si hubiera salido de un cuadrilátero de boxeo.

Manuel entró en la sala de espera, entre el nuevo Psiquiatra y el taconeo. Miró en derredor y se puso a la cola, donde esperaba una mujer obesa con los pelos como si se hubiera echado pegamento. Tenía las puntas de los cabellos rotos y apuntando a todas direcciones, como los rayos

del sol, pero no brillaba. Sus párpados le pesaban y tenía la lengua medio sacada de los labios.

—Buenos días, señor. Soy la Psiquiatra Isabel —dijo, mientras una mano estrecha y alargada se había extendido, como un remo al aire antes de entrar en contacto con el mar.

—Buenos días. Soy Javier. El nuevo —sonrió el hombre, habiéndose pasado el maletín a la mano izquierda. Ambas manos se fusionaron de forma efusiva y esta, la de Isabel, sí estaba caliente. Ardía.

El joven, con ojos casi acuosos y la boca abierta, los bordeó para ir a la cola. Sus pies se arrastraban por el suelo y, de paso, lo fregaba con las suelas de sus chancas. Los dedos de sus pies estaban ensangrentados porque tenía las uñas encarnadas. Javier lo miró de soslayo y comprendió.

—Le voy a enseñar su consulta —añadió Isabel, soltándole la mano con suavidad. Como si no quisiera despegarla nunca de la de aquel extraño hombre nuevo.

—Está bien —acució Javier, pasando de manos el maletín.

Y ella empezó a caminar hacia la parte izquierda de la sala de espera. Había una puerta blanca y un pomo bronceado, esperando como una rata oculta detrás de un agujero, salvo que aquí no había ojos enrojecidos.

Ella abrió la puerta y le sonrió con sus labios húmedos.

Él hizo lo mismo.

Manuel estaba ya apoyado sobre el mostrador.

30

—Hijo. Te va a dar diarrea si tomas tanto café —aseguró Ángel, el padre de Andrés. Su boca hizo una mueca y sus ojos brillaron, después de todo. Era un hombre chistoso y alegre, y cuando alguien venía de un sitio, él había ido ya tres veces—. Pijo. Caminarás cagando como los gatos, arrastrando el culo por el suelo —y soltó una carcajada.

Andrés sonrió y sus labios sellaron el borde del vaso con café. Su padre era el único que conseguía arrancarle una sonrisa, y recordaba siempre lo que decía: «no os parecéis a mí ni en las uñas de los pies»; y levantaba la pierna para tirarse un pedo como una motosierra. Eso era, sí. Es cierto. Ángel siempre ventoseaba delante de quien fuera. Y hacía gracia, con sus diminutos ojos brillando hasta en la oscuridad, cuando todos sus hijos se despertaban, porque creían que se había hundido el techo, y solo era un pedo.

—Papá. No me hagas reír, que me atraganto. Y lo sabes —Andrés sorbió más café entre una risa floja que hizo que el líquido marrón recorriera sus comisuras hasta la barbilla.

—Jué. No es para tanto. ¿Hay algún médico *sacapeos*?

Andrés se encogió de hombros, hundido en una risilla socarrona. Conocía bien esa pregunta. Era el hombre que inventaba más palabras extrañas del mundo. Y pensó en la R.A.E. Su padre no entraría. *Sacapeos*.

—Tú levanta la pata y ya está —dijo.

Todos los días eran iguales, pero uno se divertía con esos ruidos estomacales y anales. Andrés López, serio en absoluto, tenía que dejarse rendir por la sonrisa. Aunque en este caso estaba, en buena parte, pensando en los dos atropellos de tren. Estaba seguro de que habían sido asesinatos premeditados por una mano de verdugo. Eso no se le iba de la cabeza.

Y, aunque estaba de vacaciones, su padre y el mismísimo sargento Antonio sabían que empezaría a investigar por su cuenta. Con sus prácticas poco habituales. Su peculiar forma de ser le convertía en su ser obstinado y obcecado.

—Eso es lo que hago, hijo.

Y Andrés dejó el vaso sobre la encimera de la cocina, en un ruido seco de cristal que duró menos de medio segundo.

—Voy a pasear —dijo Andrés, bordeando a su padre, y le miró sonriendo.

Después, su gabardina, flotando en el denso y pegajoso aire del pasillo, desapareció tras salir a la calle.

—Ay, gorrión de tejado bajo —exclamó su padre desde la cocina—, pareces *la pantera rosa* metida en un saco de basura, jajaja...

Y su risa resonó incluso después de salir de casa y poner el pie en la calle.

31

—¿Qué te pasa, Manuel?

—No me encuentro bien. Si no es mucho pedir, ¿podría charlar un poco con mi Psiquiatra? —balbuceó, casi comiéndose las palabras.

—Tu Psiquiatra está muy ocupada esta mañana. Pero, si es una urgencia, puedo hacer que te vea el nuevo...

—¿Nuevo? —la interrumpió Manuel.

—Sí. Desde hoy contamos con un profesional más. —En esos momentos se estaba levantando de la silla y fingió no dolerle el hecho de abandonar tan cómoda silla. Estaba jodida por dentro. Bordeó el mostrador y salió del habitáculo por un estrecho hueco que hizo que sus caderas rozaran de forma carnosa ambos lados del hueco—. Sígueme.

Manuel cerró los ojos y tragó saliva, especialmente porque no se sentía el tacto en la cara.

Era como si millones de hormigas le recorrieran toda su piel tensa.

—Gracias.

Manuel giró sobre sus talones como si estuviera sobre un patinete. Seguía teniendo puesta la camiseta manchada de sangre. Por la noche se la había arrebatado a la boca de la lavadora, que lo miraba efusivamente.

Carmen iba arrastrando sus zapatos —ya que no se escuchaba ningún taconeo—, encaminándose hacia la puerta de color gris. ¿Por qué era gris y las demás blancas? Eso no se lo preguntó nunca. Con sus nudillos tocó levemente la puerta, produciendo un escaso ruido, y su mano se cernió sobre el pomo para abrirla. Sin ningún chirrido, la boca de la consulta enseñó sus entrañas.

Una mesa con un ordenador y un tipo con gafas.

Javier.

—¿Qué sucede? No recuerdo bien su nombre...

—Carmen —le cortó ella con una voz afligida—. Este chico viene de urgencia. Dice que se encuentra mal. Es su primer paciente, hasta que le hagamos la lista nueva para mañana.

Una mano lánguida se izó en el aire.

—Está bien. Que pase.

—Perfecto.

Manuel le estaba oliendo el cogote cuando ella se dio la vuelta para invitarle a entrar y se encontró con el aliento matutino del paciente. Tuvo náuseas y dejó salir un «uff» desesperado.

—Lo he oído —dijo el muchacho a la recepcionista, enfermera, o lo que fuera.

Ella lo miró fijamente, y sus cuencas se dilataron para dejar sus ojos al vacío; y se evadió de aquel aliento. Ahora sí se escuchaba su taconeo.

—Hola, soy Javier. ¿Quién eres?

Había algo en los ojos de aquel hombre. No sólo el brillo; era algo detrás del brillo. Algo inquietante.

—Bueno, soy... soy Manuel —clamó el joven. Le tendió la mano; y Javier, que se había levantado de su silla produciendo un ruido rasposo, se la estrechó.

—Javier González.

El tipo le agitó la mano e hizo un vago ademán en dirección a la pared. Eso le extrañó mucho a Manuel. ¿Qué había de interesante allí? ¿Una mosca? ¿Una jodida araña?

Por un momento, la sonrisa de Manuel titubeó levemente, y sus ojos se entornaron con suspicacia. Estaba pensando y evaluando, al mismo tiempo, la posibilidad de ser engañado en ese

apretón de manos. Observó el rostro ingenuo y anhelante de aquel hombre, en busca de señales reveladoras de posibles argucias y, luego, Manuel formuló la pregunta venenosamente perfecta:

—¿Es usted Psiquiatra?

No obtuvo respuesta.

Solo una sonrisa despectiva e inquietante.

32

Se dio un paseo hasta la estación del tren por el camino paralelo a las vías, que comúnmente era llamado «Trinchera». Era un atajo que permitía llegar más deprisa y sin esfuerzo. La volanta de la gabardina lamía todo el polvo y, tras de sí, esa misma nube de polvo se dispersaba en el viento cálido que soplaba del Este.

Con el cigarrillo humeando delante de sus ojos y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, su vista no paraba de clavarse en el destello de los raíles, a pesar de la humareda. Todo era tan recto como una regla de colegio y se preguntó, muchas veces, por qué el maquinista no había visto al pobre desgraciado en la vía, o la mano que mecía la cuna, es decir: al verdugo. Porque estaba seguro de que no era casualidad «dos veces seguidas».

El paso a nivel estaba abierto y ya solo faltaban unos veinte metros de vía; todo recto. El polvo ya se había encaramado hasta media gabardina, como si se hubiera manchado de barro salpicado por la rueda de una bicicleta. Él no lo veía; pero la gente con la que se cruzaba, sí.

Aquella cara, esos rasgos: ese hombre era quizá un conocido por muchos de los ancianos con los que se había cruzado sin saludarlos. «Era él, no había duda», pensaba uno mientras temblaba sobre el bastón de madera. «Sí, es el mismo», resonaba otro en su memoria, desde una silla y sin camisa.

Andrés López llegó hasta la mancha de sangre. Bueno, varias manchas de sangre. Y al lugar donde habían olvidado un guante de látex y trozos de cinta blanca y azul; ¿o era verde? Era daltónico, pero solo a veces. Eso era muy raro; tanto como acertar el grupo sanguíneo con solo olerlo, pero la sangre estaba seca y eso ahora le importaba un bledo.

Lo que quería era averiguar cómo narices había llegado aquel hombre a situarse bajo las ruedas de la máquina del tren.

No tenía autoridad para realizar investigaciones.

Pero eso también le importaba un bledo.

Se agachó en medio de los dos raíles, que ahora soplaban humo denso hacia el cielo azul. El sudor de su frente resbaló hacia la punta de la nariz, colgando como un moco.

Y empezó a rumiar.

Dos días después, y bajo las sombras del ya casi amanecer de un miércoles 13 de agosto, falló el paso a nivel.

El estruendo fue tan estrepitoso que parecía que el suelo se había rajado en dos bajo sus pies. El vehículo, atestado de jornaleros, salió despedido en decenas de trozos, como si alguien hubiera pulsado antes de tiempo el botón de la lanzadera y el cohete hubiera estallado antes de despegar. Bolas de fuego iluminaron el campo y los ojos engrandecidos del maquinista. Trozos de hierro o chapa, doblegados y rayados, arañaron con ansias el aire y se estrellaba después en la gravilla del suelo sobre los matojos y las vías del tren.

La máquina del tren desvió su rumbo hacia fuera de los raíles y descarriló como si se hubiera muerto de repente, llevándose por delante el semáforo y la valla, que ya no brillaba ni con el reflejo de las luces. Casi como un enorme gusano, enterró la cabeza veinte metros más adelante del impacto. Los vagones primero y segundo hicieron la tijera y uno de ellos volcó, saliendo despedida, por una de las ventanillas resquebrajadas, el sueño de una chica que se encontraba durmiendo en el momento del choque. Su cabeza se estampó contra una roca a unos diez metros de la ventana y su cráneo se fracturó en tres partes, produciendo un ruido seco que nada ni nadie pudo detener.

Murió al instante.

Sin ni siquiera parpadear.

El motor del vehículo impactó sobre el pecho de dos de los que viajaban en el coche siniestrado. Hundiéndose y perforando, o peor aún: aplastando todos aquellos huesos y el mismísimo corazón. Debajo de aquella masa de hierro palpitante había crecido una gran mancha de sangre, que se desbordaba como un río por debajo de la pesada combinación de acero, aleación de *a saber Dios qué* y cables. Y creció tanto que el color rojo se extendió junto a las sombras hasta dos metros de largo. El sol en ese momento asomaba la coronilla, y esa parte del cielo se volvía grotesca y aterradora a la vez.

Un anciano, que se estampó contra la puerta del vagón tercero, sufrió un infarto justo después del *Boom* y su mano arañó su pecho, pero ya era demasiado tarde. Sus ojos, casi fuera de sus cuencas, estaban llenos de dolor y pánico. Cayó fulminado al suelo.

Los gritos y lloriqueos, así como los ataques de ansiedad y los mocos revueltos con la sangre de muchos de los pasajeros, ocuparon el segundo acto de la película. Los cristales de las ventanillas de los vagones afectados se convirtieron en grandes telarañas que pugnaban por salir fuera. Y detrás de ellas había un pequeño martillo y un gran pie empujándolo con fuerza.

El aire era denso y pegajoso, y ácido.

Una mujer vomitó en el segundo vagón sobre la cara de un anciano, que se aferraba con

todas sus fuerzas en un borde del asiento delantero. Su piel estaba tensa; y sus ojos, desencajados. El vómito le llegó a la lengua y se quedó quieto. Sencillamente. Sin decir nada, con la mirada perdida.

Las manos del conductor del vehículo seguían aferradas al volante doblado, pero el resto de él había sido despedazado como si un Oso le hubiera dado el abrazo más grande de su vida. «Ven aquí, cariño mío», decía una fotografía que caía desde la altura, como una hoja perenne. Nadie se dio cuenta de ese detalle. Y la fotografía estalló en llamas antes de caer al suelo.

Un asiento del vehículo apareció sobre la copa de un árbol que dormía esa mañana, como siempre, a treinta metros del paso a nivel, y sus ojos se apagaron por primera vez. Si alguien hubiera puesto el oído en el tronco, lo hubiera escuchado respirar.

La mano del verdugo que había cortado los cables del semáforo, y de la propia barra de paso a nivel, estaba escondida entre la oscuridad y empezaba a relucir como las cenizas.

Era un tipo con chaqueta azul y una capucha.

34

El sonido del televisor estaba alto. Sus hermanos (José, Ángel y Mario) estaban boquiabiertos delante de lo que estaban viendo y Andrés se preparaba para fumar su cigarrillo de la mañana, aunque ya lo había hecho antes: a la hora de cagar.

Su padre, Ángel, estaba apoyado sobre el respaldo de una silla del comedor. Sus manos, huesudas y morenas, parecían querer romper la madera. Tenía un palillo entre los dientes y, al morderlo, se pinchó en la lengua. Sintió un lacerante dolor que le hizo abrir la boca de repente.

Carmen, su mujer, estaba voceando desde la cocina:

—Ángel, ven aquí.

—Ya va, mamá —exclamó el hijo Ángel.

—Tú no. El padre. Ángeelll...

Y la voz retumbaba en el pasillo, como los altavoces de aquel televisor Panasonic: tan grande como un ropero cubierto con una lona oscura.

—Me cago en tus muertos, Carmen. Vaya. Que no puedo ver nada en la televisión. Si no hay ninguna mujeeerrr...

—Calla, papá —bramó José mientras el mando a distancia del televisor temblaba como una pluma en su mano. Sus ojos estaban circunspectos ante la pantalla, como si hablaran.

La chica del micrófono hablaba con rapidez y cierta ansiedad. Sus ojos no brillaban y sus

labios se retorcían como dos gusanos luchando el uno contra el otro. Su cabello era rubio, pero a las ocho de la mañana, cuando el sol ya cegaba con su resplandor, su cabello se convertía en grisáceo, o quizá platino. Detrás de ella, en el fondo, se podían ver los vagones tumbados y algunas partes del vehículo; y, cómo no, los agentes de la Guardia Civil y unos hombres flotando en bolsas blancas o una especie de mono. Llevaban mascarillas.

Ángel salió del comedor: encorvado y maldiciendo. El palillo viajaba de un lado a otro en la boca y se pinchó de nuevo. Se quejó y soltó un impropio más, seguido de: «a mí me vas a engañar, Carmen».

En total: ocho muertos que iban en el coche *Ford*, y otros dos o tres que viajaban en el tren. Todo era muy confuso. Y Andrés López encendió la cerilla con la uña del dedo gordo. Mantenía el temple, pero por dentro se corroía.

—¿Por qué será que me están jodiendo las vacaciones? —La pregunta quedó en el aire, que fue engullida por la histérica voz de la periodista. Andrés soltó al final un graznido; que tampoco fue escuchado.

Después, todos se quedaron en silencio.

Excepto la televisión, que parecía atragantarse en sus propios altavoces, como una banda de *rock* a la que se le parten las cuerdas del guitarrista.

Tres veces en la misma semana.

Andrés inspiró su duodécima calada desde que había salido el sol.

35

Cuando las Gaviotas dejaron sus cagadas olvidadas en el suelo de hormigón del puerto, el loco no estaba allí. No cesaba el trasiego de coches aparcando en batería o en paralelo, pero Juan (el del susurro del loco, el que decía estar limpio, y el amigo de Manuel) no tenía la palma de la mano extendida como una cruel balanza inclinada hacia el lado del rico porque, sencillamente, no estaba.

No. No estaba.

Manuel tampoco.

36

—Antonio, ¿qué piensas de todo esto? Tres accidentes de tren en la misma semana. ¿Te parece normal?

Andrés estaba flotando en su propio humo amarillento, con las piernas cruzadas y luciendo una bota brillante con puntera, aunque era negra como el azabache.

El sargento movió sus manos sobre la superficie de la mesa. Como si le temblaran. Su semblante era serio, como un mono cabreado. Sus ojos oscuros penetraban las retinas de Andrés.

—Tienes razón. Esto no se parece a la casualidad. Aunque ha sucedido en tres lugares distintos...

—Pero dentro de la misma región de Murcia —aclaró Andrés, echándose ligeramente hacia delante. Sabía que Antonio no soportaba el humo de tabaco, y menos el aliento a nicotina. Lo sabía, pero aún así se había inclinado lo suficientemente para adelante como para vomitarle aquellas cosas—. Perdona. Te he interrumpido.

—No pasa nada, amigo.

—Bueno, al menos sé que te jode y que no lo dirás nunca —reveló *un Andrés* ahora repantigado en la silla. La gabardina parecía la sábana de una cofradía. No cualquiera. Esa.

—Siempre tan cabrón —y mostró una fría sonrisa.

—¿Qué hay de los dos accidentes anteriores? ¿Alguna jodida huella?

—Sí. Polvo de acero en la carne destrozada.

—Vaya. Veo que es directo.

—Sí. Ya sabes cómo me pongo cuando me cabreo.

—¿Me lo dices a mí? —Andrés abrió sus piernas, mostrando el paquete a la mesa. Antonio estaba apoyado sobre sus manos, sopesando el peso de su cabeza.

—Bueno, tú eres extraño. Algo raro. Solo metes tus narices en todos los sitios, aunque no sea de tu incumbencia...

—Todos los crímenes son de mi incumbencia —apostilló Andrés, cortándole la frase con un cuchillo de sierra atrapado en sus labios.

—Claro, claro. Eso no hace falta que me lo digas. Te recorres toda España de punta a punta, buscándote líos...

—Líos que resuelvo —le interrumpió de nuevo. El humo ocultaba sus ojos claros.

—Sí. —Antonio levantó la cabeza y buscó la mirada de Andrés—. Hay que joderse, pero así es.

—Y ahora voy en busca de un asesino. —Andrés caló el cigarrillo, esperando a que la nicotina pudriera todos sus bronquios, y añadió—. Quizá sean varios.

—¿Qué?

—No me haga mucho caso, pero estos accidentes no son tales. Hay un verdugo esperando

en la sombra para cortarte los huevos. —Arrugó sus labios, y la colilla se estrechó como un palillo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—¿Por qué dudas de mí?

—¿Siempre acabas haciendo tú la pregunta?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

El sargento de la Guardia civil, tan verde como la piel de un lagarto expuesto al sol en una cantera, apretó los dientes hasta rechinar.

—He abierto el caso del accidente que ha ocurrido aquí —dijo, y añadió—: Todos mis compañeros están trabajando sobre la hipótesis de accidentes intencionados.

Andrés escupió la colilla sobre la mesa, y esta cayó junto a un montículo de papeles amarillentos y deslavazados.

Sonrió.

37

La joven de aspecto desaliñado y labios hinchados dijo:

—¿Está Javier...?

—Todavía no ha venido —respondió la mujer de cabello oscuro que estaba de pie detrás del mostrador del Centro de Salud Mental. Sus manos volaban sobre los informes de los enfermos mentales y tenía la cabeza en dos sitios a la vez. Número 1087, Javier, 4004, Javier, 3342.

Los ojos legañosos de aquella joven se clavaron en la mirada de la enfermera.

—Pues yo quiero verlo.

—Tendrás que esperar. ¿Tienes cita?

—¿Quién?

—Tú.

—No lo sé. Estoy mal.

El obeso cuerpo de la joven se apoyó sobre los codos en el mostrador, hundiendo la carne en la madera. Vestía de negro y tenía puestas unas botas de cazador (o quizá de militar) de un hermano suyo en el pasado; o quizá rebuscadas de algún contenedor.

—Siéntate un poquito ahí. —La mujer alta señaló un banco en el que había tres chicos

encorvados hacia adelante; como si les pesara la cabeza como un bolo de billar. «La horda zombi», pensaría alguien normal; pero, lo peor de todo, es que todos aquellos desgraciados eran gente normal, solo que algo no acaba de encajar en sus mentes ocultas y perturbadas.

La joven también era normal.

—¿Pero vendrá Javier? —La joven estaba señalando a los chicos del banco.

—Pues claro, mujer. Si te encuentras mal, avisa a la enfermera y te sedará un poco.

—Ah, vale.

Y se despegó del mostrador. Como si fuera una enorme ventosa, no sin antes decir algo.

—Hay muchos muertos... debajo de las ruedas del tren..

A la enfermera se le cayeron todos los informes que tenía en su regazo.

38

El viernes por la tarde, cuando el sol parecía un huevo frito con salsa de tomate en las faldas de las montañas que daban al Este, Andrés recibió una llamada de teléfono. El condenado despertó al Dóberman, que ya dormía en su caseta de madera en la terraza, aunque de madrugada sus ojos fueran dos cámaras ocultas en las sombras.

Se llevó la mano al bolsillo de su gabardina —«no te la quitas ni para cagar», le decía su padre—, y sus dedos rozaron el trozo de ladrillo que estaba vibrando, en esos momentos, como si bailara al ritmo del timbre. Su sordera le impedía elegir una melodía que no despertara a los vecinos.

—Dime, primo.

—Ya tengo los resultados del atestado y las autopsias de los fallecidos. —La voz de Antonio sonaba áspera en el teléfono móvil.

Andrés levantó el pie derecho y lo apoyó en el tercer escalón, pues estaba en el patio de debajo de la casa; justo al lado de las escaleras de cemento, bajo un naranjo de tres metros de altura. Toda una proeza de la Naturaleza.

—¿Y cuál es el número premiado?

—Ninguno.

Andrés se metió la otra mano en el bolsillo de la manta negra y rebuscó en el fondo. Lo encontró y lo sacó, mostrándoselo al sol, más apagado todavía; y como si estuviera despachurrado, porque un pie gigante lo hubiera aplastado y le hubiera sacado las entrañas.

Era un jodido cigarrillo.

Doblado.

—Está bien. Eso quiere decir que ha sido un accidente, ¿es así?

En el otro lado de la comunicación parecía verse mover la cabeza del sargento, como la figura de un payaso sujeto a un muelle, y no le hizo ninguna gracia.

—Ajá.

—Mierda.

—No hay dos sin tres...

—Ni un tonto como tú —le espetó Andrés alzando un poco el tono de su voz que, ya de por sí, era grave. Tenía el cigarrillo entre sus labios, pero no estaba encendido. No encontraba la jodida cerilla en sus bolsillos. Siempre debía haber, al menos, una. Incrustada en el tejido, en el dobladillo; pero siempre había una.

—Primo. No te alteres. Todos nos podemos equivocar. Solo te daré la razón si mañana descarrila otro tren.

Le pareció escuchar una sonrisilla malévola.

Pero eran los chasquidos que, repentinamente, se mezclaban con las palabras; y a veces —o casi siempre— en mitad del silencio.

—Yo solo me equivoco al mear. No puedo apuntar bien dentro del retrete y es imposible dejar las jodidas gotitas fuera del tiesto, ¿sabes? —Parecía pretencioso con lo de «Yo solo me equivoco», pero es que el cabrón tenía razón.

Al otro lado de la conversación, se escuchó —esta vez sí— una clara carcajada. Sin embargo, Andrés tenía arrugas en toda su cara, y sus ojos miraban al sol, engullido por la oscuridad, con profunda tristeza.

—Andrés, el paso a nivel falló por un corte de energía. Los cuerpos presentan importantes signos de...

Pero Andrés colgó y no escuchó lo que seguía.

Escupió el cigarrillo y apretó el puño izquierdo; tan fuerte que sintió cómo sus uñas se clavaban en la carne, en medio de un gran dolor. Dos heridas en forma de medialuna empezaron a sangrar.

Tara lo miraba, con la cabeza inclinada, desde el final de las escaleras. Atenta y con unos ojos enrojecidos.

El lunes, el hombre del maletín puso los pies en suelo seco y caliente. Se encaminó hacia el lavabo y se sacó la chorra para echar una meada. Con toda pulcritud, meó dentro del hoyo. Parecía un torrente; como un grifo abierto en un cubo de agua; como la lluvia de otoño cayendo de forma furiosa.

Se miró al espejo, que reflejó su espantosa mirada, y dijo:

—El tren.

40

José, el hermano de Andrés, fue quien lo llevó a la *zona cero* esa mañana del miércoles en su viejo *Ford Scort* de color gris metalizado, pero con cien caballos debajo del capó. Siseando sobre la carretera. Y, después, quejándose sobre la tierra de grava, llegaron al lugar del accidente, bajo un insultante sol de agosto. Estaban sudorosos; y, hasta por la raja del culo, húmedos.

El motor enmudeció sin dar una mísera sacudida, ni tampoco se elevó una nubecilla de humo del tubo de escape. El único humo en aquel lugar era el del cigarrillo de Andrés.

Empedernido donde los haya.

—Bueno, bueno. Ya estamos aquí —dijo Andrés con templanza. Sus ojos se clavaron en algunos restos de metal retorcido que habían dejado olvidados más allá de las vías del tren—. No lo han recogido todo. Me apuesto un huevo a que se han dejado un ojo en cualquier parte.

—Por Dios, Andrés. No digas eso —acució José, alarmado. Giró la cara para no mirar al suelo, por si lo que decía su hermano era verdad.

Después de esto, resonaron los golpes de las portezuelas del coche al cerrarse. Fueron golpes secos que arrebataron el silencio del lugar. En ese instante no pasaba ningún tren. Miró su reloj *Festina*, que brillaba como un diamante bajo el radiante sol y calculó que faltaban al menos unos cuarenta y cinco minutos para que un torpedo llamado tren de cercanías volara sobre los raíles.

—José. Hay que estar preparados para todo en esta vida.

Sus zapatos oscuros se hincaron en el polvo del camino y se mancharon. Algunas piedrecitas crujieron bajo sus suelas y Andrés sintió como una especie de vibración bajo sus pies.

—Ya, hermano, pero... —dijo José a un metro de distancia y se calló de repente. Sus ojos se movieron como dos canicas en unos absurdos agujeros, y selló sus labios.

Al llegar al primer raíl, Andrés se puso en cuclillas, y la gabardina se restregó sobre toda aquella tierra (como un crío que se revuelca en la arena de la playa). Una nubecilla de polvo se elevó a solo un palmo de altura y fue arrastrada por el suave viento que soplaba del lado derecho.

—La sangre casi ha desaparecido. Las alimañas las habrán lamido con sus bífidas lenguas

—aseguró el inspector de la UCO en vacaciones.

José arrugó la frente y se volvió de nuevo.

—Joé. Qué bruto eres.

—Hay cosas peores, hermano. Mucho peor.

—Ya, pero... —y calló de nuevo. Su corazón estaba latiéndole algo más deprisa. Como si estuviera excitado; no sexualmente, sino ansioso. La palabra correcta era: algo nervioso.

—Los muy capullos se han dejado hasta los guantes. Hay trozos por todas partes. Si a algún cabrón le diera por darle un puntapié a unos de estos trozos de metal y cayera sobre un raíl, tendríamos otro nuevo espectáculo. Inútiles.

El sol brillaba en sus cabellos, y el chorreante sudor los empapó mientras el segundero de su reloj avanzaba como lo hacía el sol; y entonces vio algo.

Unas putas tijeras.

41

Al final de semana, Manuel se apoyó sobre sus codos sobre el mostrador de nuevo. Estaba sudando, y el aire acondicionado de la sala le despertó un escalofrío que le cubrió desde la cintura hasta el cogote. Había sido como una chispa electrizante que le había atravesado todo el cuerpo, salvo que no sentía dolor alguno; solo frío.

Esta vez había otra señorita, sin gafas, y con unos ojos tan claros como el cielo azul, la que estaba detrás del mostrador. Su sonrisa despertaba un interés libidinoso en él. Sin embargo, Manuel estaba atrofiado de cintura para abajo por las jodidas pastillas azules, blancas y amarillas. No sentía su escroto ponerse duro solo de ver aquellos labios tan rojos, húmedos y tan perfectos. Y mientras la observaba con detenimiento, recordó que ya no le hacía el amor a su mujer desde hacía meses. Muchos meses. Su polla solo servía para mear. Casi le da la risa, pero solo pudo expresar una morcilla sobre sus labios, como si de repente se hubiera hinchado como un muerto.

—Señor. ¿Cómo se llama?

Aquella voz le había obligado a hundirse literalmente en sus hombros.

—Manuel. Expediente 1001.

—¡Ah! Si sabe el número de su expediente —exclamó aquella señorita de pechos redondos. Como balones.

La chica de cabello ondulado y castaño rebuscó con sus finas manos en un montón de carpetas amarillas que había apiladas en una mesa a su derecha. Casi al lado de la silla grisácea

que se movía sobre unas ruedas silenciosas, aunque llena de pelos en los huecos que rodaban.

—Sí. El número es fácil de recordar. —Manuel expresó ahora una leve sonrisa y sus labios parecieron estirarse un poco, adelgazando la consistencia de los mismos.

La chica le mostró una sonrisa más abierta mientras se doblaba como una muñeca de goma, por la forma en que hizo el giro de su cuerpo al intentar escharbar en los informes y mirarlo a la vez.

—¿Tiene cita hoy, verdad?

Manuel, que solo escuchaba el zumbido del aire acondicionado, no contestó de inmediato. Ella se volvió hacia los informes y, con sus dedos de la mano derecha, se apartó un mechón de la cara.

—Sí. Con Javier. El nuevo.

—Yo también soy nueva.

—Sí, ya veo. Cambian mucho últimamente de personal aquí. ¿Qué sucede?

—Contratos precarios. Vacantes...

—¡Ah! Claro.

Ahora la señorita de bata blanca le mostraba el trasero, curvilíneo y perfecto. Manuel se relamió los labios. Su mujer ya no era tan *sexy* como le parecía aquella enfermera, recepcionista o lo que fuese. Esto último no importaba.

La mujer tiró con fuerza de uno de los archivos amarillos y dijo:

—Ya lo tengo. El Psiquiatra no se ha llevado el informe. Voy a llevárselo. Después comprobaré su cita y tendrá que esperar su turno.

Aquellas palabras le sonaron a música celestial a Manuel. Su mujer —creía recordar— graznaba como un pato la mayor parte del tiempo.

—Perfecto.

Ella se volvió con el informe en el regazo. «Ahora sus tetas estaban ocultas de mi mente», pensó. Tras una cartulina del color de la mala suerte, pero su sonrisa no se borraba de su cara ni con aguarrás. Se dio la vuelta hacia la pequeña portezuela, que estaba a su izquierda, y salió por ella bordeando el mostrador. Una agente de seguridad (una mujer rubia, pero no agraciada) estaba empalada como una estaca, justo en una esquina del mostrador, con la mirada inquisitiva.

Y, mientras la nueva señorita caminaba taconeando hacia la puerta número (no se veía cual), él la siguió con la vista clavada.

—Dame un cigarrico, Andrés —dijo Ángel, extendiendo la mano de dedos largos y fuertes; callosos.

—Papá. No tengo más que dos cigarros. Si te doy uno, me quedo con el mono...

—Jué. Eres más agarrado que un borracho en los barrotes de una ventana —dijo jocoso Ángel, al tiempo que sus ojillos brillaban detrás de los cristales de aumento. Solo dos segundos después se pasó la yema de uno de sus dedos por el ojo.

—Pero si no puedes fumar...

—¡A la mierda! ¿Para qué he tenido tantos hijos? —Ángel había asido la mano en el aire y se dio la vuelta hacia el pasillo largo y oscuro.

Justo en ese momento, empezó a sonar la chicharra de Andrés. Y vibraba junto a sus pelotas.

—Toma, papá. El cigarrico. —Con voz temblorosa y acento Murciano, extendió la mano con el cigarro brillando en la penumbra.

—Métetelo en el culo —bramó Ángel. Su silueta delgada se había confundido con la oscuridad y su voz pareció arrastrarse por la pared.

—Papá.

—Mierda. —La voz sonó como un resquicio en el pasillo, como si se hubiera desconchado parte de la pintura. Un ruido tan sutil como inaudible para Andrés.

Dos de sus hermanos, que estaban en el salón, soltaron una carcajada.

—Hola, primo —contestó al teléfono Andrés mientras buscaba con la vista algo interesante en el techo del pasillo.

—Andrés. Estamos de suerte. Había una huella en las tijeras... y...

—Y no me digas más. ¿Te has pajeado al sol? —le interrumpió Andrés con su voz grave, serena y pausada.

—Que cabrón eres, primo. —Hubo un instante de silencio que parecía un zumbido, de tan profundo que era—. A lo que iba. Y además, tenemos identificado al presunto verdugo. —Después, se escuchó una carcajada, como si alguien estuviera riéndose a lo lejos, en la esquina de la calle.

—¿Quién es?

—¿Conoces a todo el pueblo de Águilas?

—Prueba.

—Está fichado por tres veces por pequeños hurtos y un escándalo público. El tipo no anda

bien de la azotea, por eso le llaman *el susurro del loco*.

Andrés empezó a rumiar.

—Buen título para una novela. ¿Ese es su apodo? ¿Tan largo?

—Bueno, el loco, pero va por ahí diciendo *el susurro del loco*, de ahí el nombre.

—¿Cuál es su nombre real?

—Juan Escarabajal.

—¿Lo habéis detenido ya?

—Todavía no.

—Capullos. Yo me lo habría fumado ya.

—Acabo de recibir la orden de arresto. Está caliente como un pan...

—Está bien. Quiero verlo.

Y colgó.

En ese mismo momento, Manuel estaba hablando con el Psiquiatra.

43

—¿Sabes cómo se quita la vida la mayoría de la gente cuando se encuentra deprimida?

Manuel no daba crédito a lo que había dicho el Psiquiatra. Lo tuvo que mirar dos veces a la cara para asegurarse de que era él. Que no estaba bosquejando ninguna sonrisa. Estaba erguido, recto, con el abdomen presionado en el borde de la mesa y las manos laxas sobre la misma.

—No.

—El tren.

—¿Qué?

—La gente deprimida elige el tren para quitarse la vida en un sesenta por ciento. El otro restante se divide entre las pastillas, la soga y un disparo en la cabeza. Y un pequeño número de personas se lanzan al vacío desde una azotea.

Manuel sentía cómo la espalda se le estaba humedeciendo.

—No... No lo sabía —tartamudeó el paciente.

Javier lo miró con semblante serio. No parpadeaba y ni siquiera mostraba un rictus en una esquina del labio. Sus ojos eran oscuros como la maldad de un asesino, pero era el doctor. El

especialista que le ayudaría. Pensó que aquello era solo anecdótico.

—Y tú, ¿qué elegirías?

El Psiquiatra se había inclinado hacia adelante. Su frente brillaba bajo la luz Led. En aquella consulta había una ventana, pero la persiana estaba bajada del todo y los rayos del sol solo podían filtrarse por unas finísimas rajadas, como agujas de anchas.

—Yo... yo... no elegiría nada.

—¿Tienes miedo a la muerte?

—No —mintió.

—¿Por qué vienes aquí? ¿Por qué te encuentras mal?

—Son cosas mías. —Manuel sopesó la idea de levantarse y marcharse de allí, sin más dilación, pero no lo hizo—. Solo siento que me encuentro mal. Eso es todo.

—¿Escalofríos? ¿Sudor? ¿Miedo? ¿Pánico?

—Algo así.

Ahora el rostro del Psiquiatra era como una mala pesadilla frente a los ojos de Manuel, que sudaba de forma abundante. Su corazón le estallaba dentro del pecho, y el dolor lacerante ocupaba desde la sien derecha hasta la izquierda; como un calambre que viaja de un lado para otro.

—¿Escondes algo que no te deja vivir?

—No —mintió Manuel con los ojos muy abiertos.

Javier adelantó más su cara redonda. Ahora parecía un payaso malvado.

—Soy como un cura. Puedes confesarme todo. No diré nada. ¿Te dijo algo mi compañero Víctor de lo que te arrepientes haber hecho de forma errónea?

—No —mintió una vez más.

Los ojos del Psiquiatra brillaron como los de un ser maldito.

—David y Carlos. Preparad el vehículo patrulla. Tenemos que detener al que se dice llamar *el susurro del loco*.

—¿Susurro, señor? —David, el cabo, no tendría más de veintiocho años. Estaba rapado y tenía una estatura de un metro ochenta y cinco. Era algo delgado, pero estaba musculado. En esos momentos, estaba quieto delante de la puerta del despacho del sargento porque había sido llamado

junto a Carlos, su compañero, segundos antes.

—Bueno, un delincuente conocido con ese apodo.

—¿Qué largo, no?

—Vaya —rezongó Antonio mientras se apoyada sobre sus nudillos en la mesa en el acto de levantarse de la silla—. Llevas aquí tres meses. ¿Esperabas conocerlo? Cuando seas lobo comerás carne, hijo. —El sargento bordeó la mesa algo convulso y posó su mano sobre el hombro de David cuando lo alcanzó—. Tenemos prisa.

—Sí, señor.

Y los tres salieron del despacho como fantasmas arrastrándose entre la densa y pegajosa nube de calor de ese jodido mes de agosto. Uno de los peores de los últimos años.

45

En Águilas, el verano de los membrillos comenzó el 20 de agosto de 2019. Ese día se interrumpió la estación más cálida de los últimos veinte años. Llovió en la noche anterior y se podía oler el mar a treinta kilómetros al oeste de las playas.

Juan, el loco, estaba cerca de una de ellas, la del puerto. Codeándose con los modelos de coches más caros de marca, mientras extendía su mano con la palma hacia los ojos del sol, como si nunca hubiera pasado nada.

A lo lejos, la puerta del Centro de Salud Mental brilló como un diamante al abrirse. Y de ella surgió el rostro agrio de Manuel. Juan no lo alcanzaba a ver. Era una simple burbuja en una lavadora.

Y desde ese día, junto con la noche llegaba la bruma, que se deslizaba, callada y blanca, por las angostas avenidas, calles y arterias del pueblo que ya era conocido como una ciudad. Los árboles centenarios de la Plaza del España asomaban entre ella como dedos; y flotaban, lerdos como el humo de un cigarrillo, bajo el camino contiguo a las escaleras que llevaban al Castillo de San Juan de las Águilas, que fue bombardeado durante la Guerra Civil. Todo esto, junto a la brisa constante y las Gaviotas históricas, hacía que las cosas parecieran desquiciadas, extravagantes, mágicas.

Y los coches seguían alcanzando la grada del puerto, rechinando los neumáticos como si aplastaran pequeños caracoles que vagaban en un sitio equivocado.

Todo se volvió turbio, exasperante y precipitado hacia un final que pondría fin a todo.

El cabezón de Manuel se acercaba y acercaba con un rostro enjuto, que se veía borroso como el vapor de una caldera que se lo llevaba el viento.

Juan lo divisó como un fantasma del pasado que quiere tirar de ti hasta arrastrarte hacia el

mismísimo infierno. Como un vampiro que no se refleja ni en el mismo aire. Como una silueta dibujada por una mano temblorosa.

Pero Manuel, en cambio, se encontraba sumergido en un mundo silencioso y embozado de blanca niebla movediza, y sólo oía sus propias pisadas y el golpeteo de las cagadas de las Gaviotas. Su mente rumiaba y su corazón se confesaba a Dios mientras avanzaba paso a paso hacia la multitud, los vehículos y la sal del mar, suspendido en el aire que lo atragantaba.

—¿Qué tal, Juan?

Le tendió una mano lívida y temblorosa.

—He visto que venías. Estás casi todos los días en el Centro de Salud. ¿Tan mal te encuentras?

Los ojos de Manuel centellearon. Uno podría encontrarse con la salida de un duende detrás de uno de aquellos vehículos del aparcamiento, deslizándose por la niebla y rayando el aire con sus uñas largas. Pero Manuel había desaparecido, se había esfumado, y lo había remplazado un brumoso panorama de arrugas en toda su cara.

—Es... que he hecho algo. —Agachó la cabeza y cerró los ojos—. Mi Psicólogo y mi Psiquiatra están locos, ¿sabes? No fui yo. Estaba sedado y de repente...

Se calló.

Los ojos de Juan, el loco, se abrieron como platos, dado que el rostro de su amigo Manuel estaba tan blanco como el yeso y casi se le caían los párpados en un pestañeo involuntario.

—Lo sé —dijo el loco sin más, como un golpe seco.

El coche patrulla aparcó delante de la casa de la calle Calafría 18. Las luces azules destellaban en las blancas paredes y hubo una suerte de tiovivo rodando en aquellas fachadas. El sonido del claxon hizo que los vecinos, todos, se escondieran tras las persianas de sus ventanas y, tras las mirillas de sus puertas, como ratas de cloaca.

Andrés López salió a la puerta con el cigarrillo al borde de sus labios, pero no se caía porque parecía estar pegado con la propia saliva, que se había convertido en un pegamento natural: como la sangre.

Bordeó el vehículo con el faldón de la gabardina volando como Harry Potter y se apoyó en el hueco de la ventanilla. Detrás del volante estaba Antonio, sonriendo.

—Lo tenemos, primo. —Una mano ardiendo tocó el dorso de la mano de Andrés.

—Yo no lo veo —advirtió Andrés. Miraba a través de los cristales como un avieso gato.

—Está aquí. En este barrio. Solo es cuestión de tiempo.

—Algo me dice que está mucho más lejos —aseguró el inspector Andrés, vomitando una columna de humo.

El sargento movió una mano delante de su propia cara y el humo se encaramó al techo del coche patrulla.

—Todos los maleantes y locos están aquí.

Andrés agachó la cabeza.

—Pero creo que este no.

—¿Sabes acaso quién es?

—No.

El sargento lo miró moviendo la cabeza en sentido de nones.

—Siempre has sido tan extraño...

—Venga. Me subo y vayamos en su búsqueda.

—¿No debería mirar primero aquí?

—No. Los de aquí están esperando la muerte por sobredosis. El que buscamos está en otra parte.

—¿Tan seguro estás?

—Sí.

—Está bien. Sube al coche.

Andrés escupió lo que quedaba del cigarrillo y, como una bala humeando, se detuvo en el suelo asfaltado de la calle, con el morro aplastado. Abrió la portezuela del vehículo y se sentó en la parte de atrás.

—Señorita. ¿Tengo algún paciente más? —Javier tenía el dedo en alto, como si apuntara a las luces del techo. Con la otra mano estaba agarrado a un borde del marco de la puerta abierta.

La enfermera desvió la cara, como si el cuello fuera de goma, y dijo:

—No. Tiene la mañana libre. Ya no hay más citas.

El Psiquiatra sonrió.

—Yo he hecho algo malo —confesó Juan, el loco, pero *el susurro* fue arrastrado por la brisa del puerto y amortiguado por el canto de las Gaviotas, por no decir otra cosa.

—¿Qué? —Manuel tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta azul y la capucha puesta. De repente le había dado frío y se había asegurado de tener bien cerrada la cremallera hasta la nuez de Adán, que subía y bajaba lentamente como un moco por una estaca.

—Venga ya. Te lo he dicho ya. Y tú con esa capucha encajada en tu sucia cabeza. Estoy sudando nada más verte. —Juan movía sus manos como dos remos remando al viento.

—¿Y tu chupa? —preguntó Manuel cambiando de tercio.

El loco dirigió los ojos hacia un lado y cabeceó.

Sobre un capó de un *Seat Ibiza* había una chaqueta azul con capucha. Laxa y tostándose al sol.

—Vaya, qué original. Igual que yo. —Sonrió.

—Tío, me encuentro mal por lo que he hecho —insistió el loco. Sus manos estaban inertes, ahora, a ambos lados de su torso.

—Yo también me encuentro mal conmigo mismo.

Entonces, la mano del loco se posó sobre el hombro de Manuel, y dijo:

—Creo que los dos estamos ocultando algo.

—Venga, inútiles. Ya sabéis de sobra quién es el loco. Encontradlo ya. Me duelen las pelotas de dar vueltas por el pueblo. Quiero a todas las unidades buscándolo.

Andrés, que vio reflejado sus ojos en el espejo retrovisor, se marcó un rictus.

Estaba ansioso por vez primera.

Era la primera vez que se sentía así desde que trabajaba en el cuerpo de la OCU, pero se suponía que ahora estaba de vacaciones. Con una mosca cojonera detrás de su oído susurrándole: «Inspector, por donde pisas siempre suceden cosas malas».

—¿Te acuerdas del accidente de tren en la parada de Águilas? —Los ojos de Manuel estaban entornados. Casi bizqueando. Sus manos seguían en lo más profundo de aquellos jodidos bolsillos. Y, a pesar de estar flotando dentro de esa sucia chaqueta, sentía un frío extenuante en su espalda húmeda.

—Bueno, no lo sé muy bien. Creo que algo escuché. ¿Qué sucede con ello? ¿Algún idiota se ha suicidado?

El loco estaba inquieto.

—Fui yo —declaró Manuel.

Y el silencio reinó entre ambos durante lo que fue toda una eternidad, que resultaba ominosa. Creían que, si se daban la vuelta, todas las fuerzas de seguridad estarían apuntándoles con sus armas. Pero también había hueco para los Psicólogos y Psiquiatras del Centro de Salud Mental. Unos dedos inquisidores los delatarían como enfermos mentales o perturbados. Bueno, al menos uno de ellos.

Finalmente, Juan rompió ese absurdo silencio:

—Yo lo hice peor. Corté esos cables del paso a nivel...

—¿Qué paso a nivel?

—El tren se llevó por delante el coche haciéndolo pedazos y vi gente volar como Superman, solo que eran trozos de ellos. ¿Sabes? No puedo vivir con esto.

Manuel sintió cómo se le dormía la cara con un entumecimiento agresivo. Miles de hormigas recorrían su piel tensa.

—¡Vaya! ¿Y quién fue el de Murcia del Carmen?

—¿Es que pasó algo parecido?

—Creo que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Me están comiendo la cabeza estos putos Psicólogos y Psiquiatras. Ellos me lo susurran tantas veces que, a veces, cuando salgo de la consulta, sigo escuchando sus voces en mi cabeza. —Manuel estaba tirándose ahora de la piel de la cara, creando un monstruo a los ojos de Juan.

Los vehículos aparcaban y salían con total libertad, porque el loco no estaba detrás de ellos con la palma hacia arriba y lloriqueando.

Ahora los ojos del loco estallaban en lágrimas, de las de verdad.

Necesitaba emborracharse. Lo deseaba con tantas fuerzas que sintió cómo aquel líquido

amarillo y espumoso corría fresco por su garganta. Hasta eructó.

—¿Qué nos está pasando? —preguntó al mundo y vio cómo el coche de la Guardia civil se acercaba hacia ellos.

De una de las ventanillas salía tanto humo como de la chimenea de un tren.

51

El hombre de la maleta se levantó de la silla, haciéndola casi estrellarse contra la pared. Su turno había terminado. Cogió la maleta con los dedos bien apretados y miró la hoja de consultas del día siguiente. Tenía tres pacientes.

Uno de ellos se llamaba «Galletas». Le llamó la atención especialmente ese nombre y pronto supo, con toda certeza, que era un mote, pero atisbaba una mente frágil donde los trenes podrían hacer un buen papel en su vida. Solo tenía que susurrárselo al oído varias veces.

Cuando estuviera en trance.

Salió de la consulta y abrió la puerta, que no chirrió al hacerlo. Cabeceó dos veces ante una enfermera y dijo adiós.

—Hasta mañana, Javier —dijo esta mientras trotaba hacia los aseos.

Javier la siguió con la mirada, y un rictus apareció en una esquina de su boca.

52

—El tren de Murcia. Fue él —dijo Andrés López.

Supo de la locura colectiva cuando Juan, el loco, dijo que él también había hablado con el mismo hombre que Manuel.

Nada tenía sentido.

Era *el susurro del loco*.

Faltaba coger al susurro del loco; no bastaba con Juan.

Pero eso era fácil.

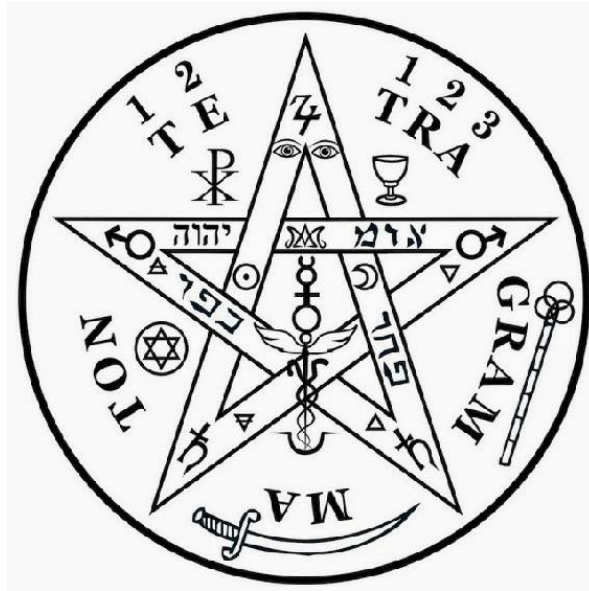
Solo tenía que preguntar en el Centro de Salud Mental.

Sin embargo, dejó volar el tiempo en silencio.

Confusión en su interior.

Y empezó otro cigarrillo mientras observaba a una Gaviota levantar el vuelo. Y después se cagaba.

FIN



Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspense y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "El hombre del láudano", "Aquel frío invierno", "Fin de cordura", "Pido perdón", "Solemn La Hora", "La mujer del Secreto", "El hombre que caminaba solo", "El asesino del año Boreal", "Lifey", "Una cura" y "Confidencias de un Dios". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año. Hay más años. Muchos más.

^[1] Aluvión de palabras o gritos de reprobación.

^[2] a desgana, a regañadientes, con desgana, con disgusto, de mala gana, reaciosamente, relucientemente.

^[3] bordear, ceñir, circundar, circunscribir, limitar, orillar.

[4] Hueco que queda al descubierto en una cosa o un lugar cuando falta alguna de las partes que lo forman; especialmente, el hueco que queda en la dentadura al caerse un diente.

[5] Persona que es extranjera.